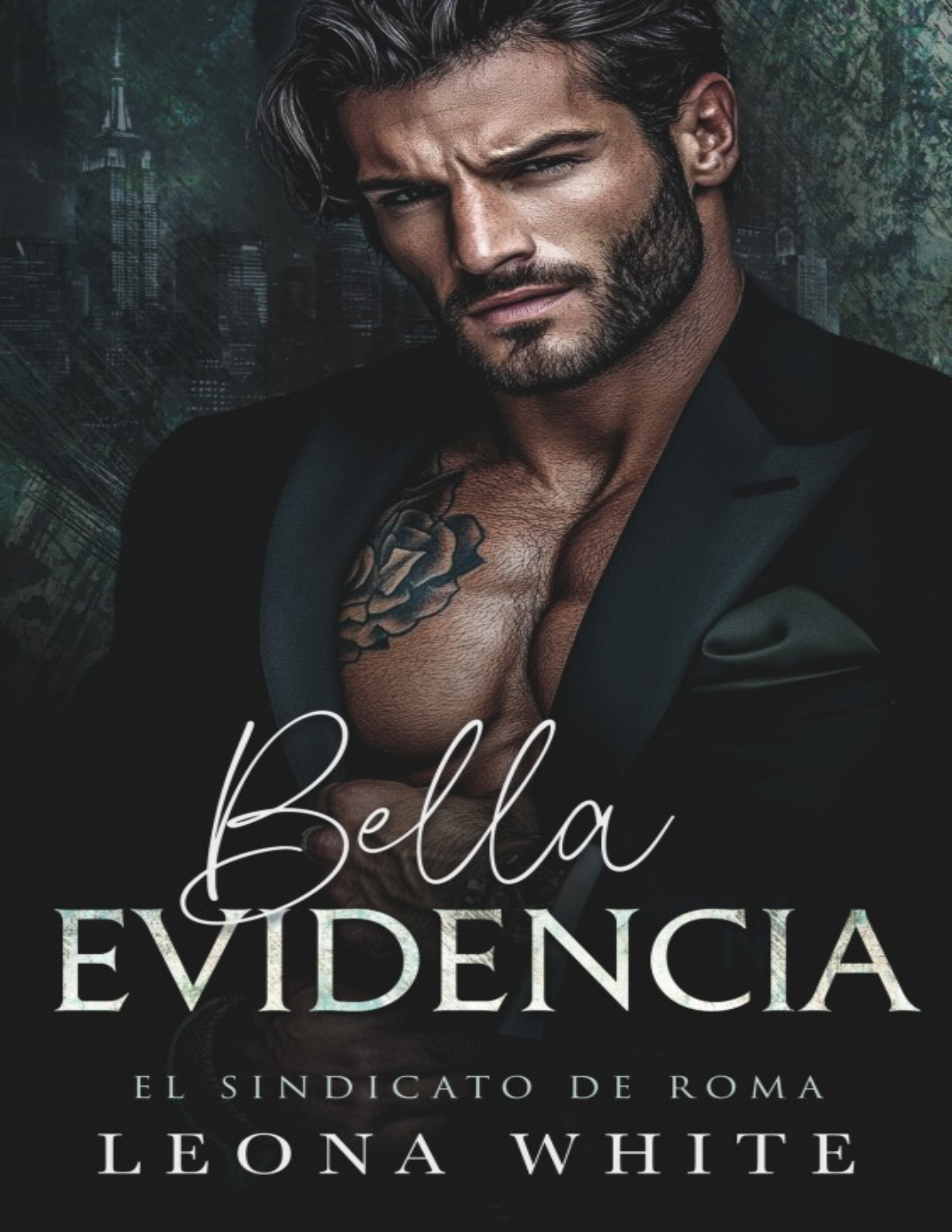

Bella
EVIDENCIA
EL SINDICATO DE ROMA
LEONA WHITE

BELLA EVIDENCIA

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Sinopsis

1. Alessia
2. Vincenzo
3. Alessia
4. Vincenzo
5. Alessia
6. Vincenzo
7. Alessia
8. Vincenzo
9. Alessia
10. Vincenzo
11. Alessia
12. Vincenzo
13. Alessia
14. Vincenzo
15. Alessia
16. Vincenzo
17. Alessia
18. Vincenzo
19. Alessia
20. Vincenzo
21. Alessia
22. Vincenzo
23. Alessia
24. Vincenzo
25. Alessia
26. Vincenzo
27. Alessia
28. Vincenzo
29. Alessia
30. Vincenzo
31. Epílogo

SINOPSIS

Está aquí para encerrarme.
Pero sus ojos dicen *que quiere devorarme.*

Vincenzo Morelli: ejecutor del sindicato,
y ahora, mi sombra personal... y mi pecado.

Le dijeron que no me tocara.
Así que lo hizo con la lengua.

Soy la hija de un traidor.
El único secreto por el que vale la pena matar.

Me protege como si fuera frágil.
Pero me rompe como si fuera su arma favorita.

Cada vez que dice mi nombre,
suena como una plegaria... o una amenaza.

Yo desentierro pruebas. Él entierra cuerpos.
Pero ahora ambos nos ahogamos en la misma mentira.

Cuanto más cerca estoy de la verdad,
más me enamoro de mi enemigo.

Y cuando finalmente descubra lo que todos temen...

¿me salvará... o me cortará la garganta mientras susurra que me ama?

Nota de la autora: Un romance mafioso oscuro y ardiente de combustión lenta donde la obsesión se convierte en deseo. Si te gustan los héroes torturados, las heroínas inteligentes y un amor que destruye antes de sanar... Entonces bienvenido a ***Bella Evidencia.***

1

ALESSIA

No hay hoja de ingreso, ninguna firma registrada, solo un cuerpo metido en una bolsa de vinilo negro que apesta a desinfectante. No es la primera vez que aparece un cuerpo sin identificar y probablemente no será la última. No dudo ni me detengo a pensar. En su lugar, me lavo las manos, preparo mis instrumentos y me concentro en la tarea que tengo por delante. Este es mi trabajo: metódico, controlado y libre de sentimentalismos. Cada movimiento forma parte del procedimiento y yo acepté este trabajo.

La camilla ya espera en mi sala cuando atravieso las puertas de la morgue. La luz parpadea ligeramente desde el techo. Mi identificación se mueve contra mi pecho mientras camino, con un suave golpeteo en cada paso. La uso para acceder a la zona segura.

El aire frío golpea mi piel, saturado de lejía y disolvente cítrico, pero bajo la superficie, el olor a sangre y descomposición se entrelaza. La muerte nunca se limpia por completo; se aferra.

Una técnica de la morgue a quien no reconozco se está quitando los guantes. Levanta la mirada hacia mí y los arroja al cubo de basura mientras me acerco, luego asiente hacia la camilla.

—No hay documentación, y el cuerpo fue transferido desde Monteverde. Llegó sin identificación, sin efectos personales. Está

siendo registrado como un John Doe, y necesitan que lo proceses antes del mediodía.

Quienesquiera que sean «ellos», no es la policía ni ningún hospital. Es el otro tipo de autoridad: la que tiene dientes, la que tiene bolsillos profundos, la que tiene el poder de hacer desaparecer los problemas antes de que surjan las preguntas. Hombres como mi padre.

Miro la bolsa y ya siento las náuseas enroscarse en mi estómago. El reconocimiento llega antes de que la cremallera se abra para revelar un rostro: Matteo Vescari. Un soldado raso de la familia Bianchi, un mensajero. Lo vi una vez, fumando fuera de un almacén mientras mi padre negociaba influencias a puerta cerrada. Entonces parecía aburrido. Ahora, parece un presagio.

—Gracias —gruño a la técnica y fuerzo una sonrisa plástica mientras ella sale por las puertas batientes dobles y me quedo sola.

Suspiro profundamente y miro fijamente la bolsa medio abierta. Dejé esa vida atrás hace mucho tiempo y aun así encuentra formas de volver y atormentarme. No es la primera vez que tengo que hacer la autopsia a una víctima así, pero eso no significa que me sienta cómoda con ello.

Su cara está destrozada, el labio inferior partido. Tiene sangre coagulada a lo largo de una oreja. Sus párpados están hinchados y amoratados. Marcas de ligaduras rodean sus muñecas, la piel debajo rota y roja. Sus antebrazos están cortados con heridas defensivas. Un dedo se dobla en la dirección incorrecta, roto por el nudillo.

No va a ser fácil documentar todas estas lesiones y estoy segura de que encontraré más a medida que procese el cuerpo completo. Hombres como este rezuman secretos mientras se desarrolla el trabajo. Me pregunto qué secretos tiene Mateo para compartir conmigo.

La cámara del techo parpadea en rojo. La miro brevemente y me recuerdo que todo lo que hago aquí queda registrado. Está diseñado para protegernos: a mí, a las instalaciones, a los cuerpos. No hay privacidad en este tipo de trabajo, y quizás sea lo mejor.

Me pongo los guantes, me recojo el pelo y respiro profundamente para calmarme antes de comenzar. Mis herramientas

están dispuestas en filas perfectas, cada una brillando bajo la luz: bisturí, pinzas, sierra para huesos... todas esterilizadas y listas.

Abro la cremallera de la bolsa lentamente y levanto los bordes por los lados de la camilla. Su piel está fría, pálida, moteada con signos tempranos de lividez. Reviso sus bolsillos: vacíos, como esperaba. Tomo muestras para detectar rastros y registro cualquier residuo externo antes de comenzar el examen externo quitándole la ropa. Cuando raspo debajo de sus uñas, recojo sangre seca: pequeñas escamas oscuras que caen en la bandeja en un patrón irregular. No es suya. El ADN pertenecerá a otra persona.

Después de terminar las notas preliminares, lavo el cuerpo. Lo he hecho cientos de veces. El agua está tibia, el paño suave contra una piel que ya no reacciona. Mientras lo lavo, el paño arrastra sobre algo inesperado. Me detengo y ajusto la luz, estrechando mi enfoque.

Allí, en la superficie de su abdomen, hay una marca tallada en la piel. Es superficial, limpia, colocada con intención. No parece obra de frenesí o un accidente. La profundidad es medida, justo lo suficiente para dejar un mensaje sin causar una pérdida fatal de sangre. Es intencional. Un símbolo que reconozco al instante, tallado como una tarjeta de visita.

El grabado forma un círculo, dividido por una línea vertical, con un arco irregular que los cruza a ambos. Me quedo paralizada mientras mi respiración se tensa, cada nervio tensándose con el reconocimiento.

Mis pulmones se contraen. He visto esto antes. Un recuerdo enterrado tan profundamente que no debería haber salido a la superficie, pero lo hace. Tenía doce años cuando vi a mi padre tallar esa misma marca en el pecho de un hombre y dejarlo pudrir en el campo. Él pensaba que yo estaba dormida. Nunca supo que lo observé.

Nadie ha utilizado ese símbolo en más de una década, al menos no que yo sepa. Pertenecía a una parte del sindicato que se creía muerta desde hace tiempo. Un pedazo del pasado destinado a permanecer enterrado.

¿Por qué traerlo de vuelta ahora?

Documento la herida. Mis manos tiemblan ligeramente mientras fotografío los ángulos y mido la profundidad. Los cortes no fueron apresurados. Fueron lentos, meticulosos, destinados a ser entendidos. Esto no parece venganza por traición. Se siente más antiguo, más personal, como un recordatorio enviado para saldar una cuenta pendiente hace mucho tiempo, una advertencia grabada en la piel para mantener vivo el pasado.

Inquieta, paso a sus manos para relajarme un poco. Las muñecas están desgarradas donde las ataduras se apretaron más allá de lo cruel. Los moretones forman pulcros semicírculos, dejados por cuerdas o bridas. No parece la restricción calculada de profesionales. Estas marcas se sienten personales, impulsadas por la rabia, afiladas por el impulso, dejadas por alguien que quería que sufriera antes de morir.

Mi voz sale en un susurro mientras me conecto con la humanidad de este hombre y me anclo en la realidad de que una vez fue una persona viva y respirante.

—¿Contra quién estabas luchando, Matteo? —Sacudo la cabeza y me doy cuenta de que no puedo seguir aplazándolo. Tengo que volver al trabajo real, así que me sumerjo de nuevo en su cavidad torácica.

Mi bisturí corta a través del tejido y los tendones. Uso la sierra para huesos y el retractor torácico para mantenerlo abierto, y luego comienzo mi investigación interna.

Su corazón muestra signos de ruptura, los hematomas circundantes son consistentes con un golpe agudo y concentrado. En su estómago, encuentro restos de pasta y salsa de tomate, lo suficientemente descompuestos como para sugerir una comida reciente. Hay alcohol en su sistema —vino tinto barato— pero ningún rastro de sedantes u otras drogas. Sea lo que sea que le pasó, estaba completamente consciente cuando ocurrió.

Cierro la incisión con puntos, aunque sé que es solo por aparentar.

El hilo se tensa. Su pecho se frunce ligeramente debajo de cada bucle. La luz del techo sisea, el zumbido espeso como estática. Esterilizo la mesa y desinfecto el espacio de trabajo, trabajando

metódicamente para eliminar cualquier rastro del procedimiento. Pongo su ropa en una bolsa de pruebas y la sello, luego etiqueto la muestra de sangre y la coloco con las otras para refrigeración. No genero un informe y no introduzco su nombre. Tengo que pensar cuidadosamente cómo manejar esto primero.

Me quedo con el expediente abierto durante mucho tiempo, con el nombre mirándome fijamente: texto provisional, nada real todavía. No introduzco nada y no finalizo el registro. En cambio, cierro el archivo sin guardar y bloqueo el cajón de muestras yo misma.

Matteo Vescari no aparecerá en ningún sistema. Su nombre no activará una búsqueda. Oficialmente, nunca pasó por mi laboratorio... todavía.

Antes de que pueda salir de la sala, la puerta cruje detrás de mí. Me giro para encontrar al Dr. Luca Bernardi en la entrada, con su bata aún medio abotonada y un espresso recién hecho en una mano. No entra. Las ojeras bajo sus ojos sugieren otra noche sin dormir. No pregunta en qué estoy trabajando.

—Termina rápido con ese —dice, con un tono cortante pero lo suficientemente casual para parecer una sugerencia. No lo es—. Quieren que se registre y se acabe. Sin investigaciones profundas ni segundas reflexiones. Simplemente procesa lo que tienes y sigue adelante. —Está siendo más frío de lo normal, pero quizás él también entiende quién es este hombre. No le cuestiono, pero tal vez debería hacerlo.

Su mirada se desvía hacia el cajón cubierto detrás de mí, y luego vuelve a mi cara. —Y no hagas preguntas. —Se ha ido antes de que pueda responder, y la puerta se cierra detrás de él.

Me quito los guantes, los tiro a la papelera y salgo de la sala de examen. Mis piernas están rígidas por estar de pie demasiado tiempo, y flexiono mis dedos varias veces para que la sangre fluya de nuevo. El pasillo está tranquilo, la morgue todavía en ese tramo temprano de silencio antes de que el resto del mundo despierte. Paso por el último conjunto de puertas dobles y me dirijo a la oficina que apenas se siente como mía: solo una habitación con mi nombre y un escritorio sencillo.

Un sobre me espera en mi silla, fuera de lugar en el orden estéril de la habitación. No hay franqueo, ni sello, solo mi nombre, garabateado a mano. Miro alrededor para ver si hay alguien cerca moviéndose o si tal vez puedo ver quién lo dejó, pero no hay un alma en este lugar excepto yo todavía. Me recorre un escalofrío mientras me inclino para recogerlo. El papel cruje ligeramente cuando abro la solapa y saco una única fotografía.

Fue tomada ayer.

Estoy fuera del café en Via Natale del Grande. Mi abrigo está torcido en el cuello. Mi pelo cuelga húmedo por la lluvia. A mi lado, inconfundible con su corpulenta estructura y postura torcida, está mi padre. Nunca lo vi allí. Nunca supe que estaba allí...

Doy la vuelta a la foto, ya segura de que el reverso estará en blanco. No necesita decir nada. La foto en sí transmite el mensaje, afilado como una hoja presionada contra mi cuello. La advertencia está en la propia imagen, en el hecho de que existe. El significado se asienta como ceniza en mi garganta, ahogándome.

Lo saben...

La llevo al fregadero. Cojo el mechero que uso para encender velas en mi oficina para ayudarme a olvidar el olor de la carne en descomposición, y lo enciendo. La llama lame el borde de la foto. El papel se enrolla rápido, los bordes se ennegrecen, la imagen desaparece. Primero mi cara, luego la suya. Luego nada más que cenizas.

Ahora temblando, me lavo las manos otra vez porque el calor del agua podría devolverme a mi cuerpo. El shock recorre mi piel y me produce náuseas. Alguien me ha estado observando. Alguien poderoso y peligroso, y enviaron a Mateo aquí por una razón. Algo me dice que esto se va a poner muy feo rápidamente. Me sacudo pero no puedo salir de este estado.

La presión en mi pecho no se alivia. El peso se asienta más profundamente.

No tengo idea de lo que vendrá después. Solo que algo viene.

Y que me condenen si voy a quedarme sentada y dejar que suceda.

2

VINCENZO

Lo llaman daños colaterales, como si alguna vez fuera a haber un final limpio para el desastre de los Vescari.

El cuerpo de Matteo apareció hace menos de veinticuatro horas, y los altos mandos ya están intentando controlar la narrativa. Nadie quiere admitir la posibilidad de que Gordo Costa haya actuado contra los Bianchi, pero el silencio en torno a su desaparición hace que la traición parezca real. Cuando la gente desaparece sin aviso, no es porque sean inocentes.

Emilio está sentado tras su escritorio en la parte trasera de la trattoria, removiendo su espresso con mano lenta y serena. No me mira de inmediato, pero su ira contenida hierve bajo la superficie. Siempre me impresiona cómo puede embotellar esa rabia y enmascararla con tanto control deliberado. Los hombres como él son tremendamente peligrosos.

—Sabes quién es su hija... —sus palabras son punzantes, aguijoneando mis oídos. La hija de Gordo Costa no tiene elección en el asunto. Afortunadamente para nosotros, eligió una gran profesión, y es lo bastante ingenua como para pensar que cambiarse el apellido la ocultará de nosotros. Mujer insensata...

Asiento con la cabeza y él continúa.

—Es la que abrió en canal a Vescari —dice Emilio en voz baja—. Si hay algo en ese cuerpo que merezca ocultarse, ella ya lo ha visto.

—Entonces está en posición de jodernos —respondo—. Aunque no se dé cuenta de lo que está viendo. —Pensar en cómo Gordo traicionó a su hermano me hace hervir la sangre. Emilio es nuestro don, el hombre al que media Italia rinde cuentas. Gordo ha desaparecido tras esta muerte, y o detenemos el derramamiento de sangre y corregimos sus errores, o toda la maldita ciudad arderá.

Emilio asiente una vez con mirada pétrea. —Vigílala. Anticípate a esto antes de que se convierta en otro incendio que no podamos apagar. —Sonríe levemente, todavía sin mirarme a los ojos, y asiente a la nada—. Ya sabes qué hacer.

Me levanto cuando hace un gesto de despedida; la conversación ya ha terminado en su mente. No queda nada que aclarar. Le doy un breve asentimiento y me dirijo hacia la puerta, mientras el trabajo ya va tomando forma en mi cabeza.

El expediente llega encriptado a mi correo electrónico menos de una hora después. Dra. Alessia Leone, nacida Alessia Costa. Se cambió el apellido al cumplir dieciocho años. Obtuvo su Licenciatura en Medicina y su Doctorado con becas del gobierno y noches sin dormir. No tiene hermanos, solo una tía viva, ni hijos, ni pareja. Su mejor amiga figura como persona de contacto en caso de emergencia en su documento de identidad electrónico. Todo en ella susurra tranquilidad, deliberación y control: una mujer que ha construido su vida en torno a la rutina en un mundo que se alimenta del caos.

Su apartamento está en Trastevere, tercer piso, sin ascensor. Tiene un dormitorio, un baño y un pequeño balcón. Probablemente sea del tipo que cierra con llave por la noche sin darse cuenta de que hombres como yo tenemos formas de eludir las medidas de seguridad tradicionales. No tiene ni idea de lo que se le viene encima.

Leo su expediente tres veces. Después construyo su jaula.

Aparcamos la furgoneta a media manzana de su edificio, escondida tras una floristería abandonada. Traigo un equipo de dos hombres para turnarse —hombres en los que confío para vigilar sin

interferir. No se les informa sobre quién es ella, y no ofrezco explicaciones. Están aquí para observar, no para especular, y lo mantengo así.

Los dispositivos de escucha van primero: su coche está limpio. Instalo un pequeño micrófono bajo la columna de dirección y dejo el interior intacto. Detrás del contenedor cerca de su edificio, monto otro, camuflado para que se confunda con los tornillos oxidados. En la esquina del callejón coloco uno más para vigilar ambos ángulos de sus idas y venidas.

Alessia sigue en el trabajo cuando me cuelo en su apartamento. La cerradura cede en segundos. He entrado en suficientes apartamentos como para conocer el ritmo. Su casa es tan estéril como sugiere su expediente: encimeras limpias, zapatos perfectamente alineados junto a la puerta y libros apilados en un preciso orden temático.

Instalo las cámaras rápidamente. Una sobre el espejo del pasillo, otra dentro de una estantería, con la lente oculta entre dos revistas médicas. Bajo la estructura de la cama, aseguro un micrófono activado por movimiento. Su portátil está cerrado y su teléfono no está aquí; se lo llevó consigo. Significa que no puedo clonarlo.

No dejo rastro.

Para cuando regresa, ya estoy de vuelta en la furgoneta con la transmisión en directo. Entra en el apartamento y enciende una luz, luego cierra la puerta con llave, girando los dos cerrojos. Sus movimientos parecen cautelosos, como si estuviera tensa o asustada. No mira al espejo ni comprueba la estantería, pero algo cambia en su postura. El ajuste es leve, pero noto el temblor de su mano cuando va a por una copa de vino.

Apaga su teléfono y lleva la copa de vino al dormitorio.

Entra en la habitación y deja el vino en la mesita de noche, luego desabrocha su camisa. La blusa se desliza de sus hombros y baja por sus brazos. Bajo ella, su piel es suave y pálida, intacta por el sol, todo músculo esbelto y líneas limpias. No hay cicatrices visibles, ni piercings, ni distracciones, solo la forma serena de una mujer que mantiene bien su físico.

Se mueve con gracia y elegancia, su postura erguida incluso cuando desabrocha su sujetador y se quita los pantalones. Nada en ella es descuidado ni ostentoso. Y sin embargo, la manera en que se detiene frente al espejo durante una fracción de segundo —desnuda, a contraluz por la luz del pasillo— contiene algo que no puedo nombrar.

Estudio la línea afilada de su columna vertebral, la forma en que parece flotar sobre el travertino. He vigilado objetivos durante semanas sin pestañear. Pero ella se mueve de manera diferente a los hombres que normalmente observo. Y su cuerpo es excitante, por decir lo mínimo.

Se acuesta justo antes de medianoche y abro el expediente sobre Gordo para repasar el caos familiar. Su traición comenzó hace meses. Movió activos sin permiso, retuvo pagos, desvió productos por canales no aprobados. Todos pensaban que se estaba volviendo descuidado. Tal vez lo estaba. Pero quizás estaba planeando algo más grande.

El problema es que nadie sabe por qué desapareció de la familia. Si dejó algo —cualquier evidencia— incluso sin intención, podría romper lo que queda de nuestras alianzas. Los Bianchi quieren a alguien a quien culpar. Los Costa quieren distancia. Y yo estoy atrapado en medio, vigilando cada uno de sus movimientos, esperando un paso en falso.

Hasta ahora Alessia no ha cometido ningún error, y me digo a mí mismo que es porque es inteligente. Porque es la hija de su padre. Pero algo sobre el silencio en su apartamento se me mete bajo la piel. Debería haberse horrorizado al ver a Vescari llegar a su mesa. Debería estar huyendo a estas alturas. Pero duerme apaciblemente...

Apago la transmisión y cierro el portátil. La imagen de ella de pie junto a la ventana permanece más tiempo del que quiero admitir.

Esta mujer ya se me ha metido bajo la piel y ni siquiera me he presentado todavía.

3

ALESSIA

El aire está impregnado con el calor del pan recién horneado y el amargor del café recién hecho. Me recuesto en mi silla y presiono el borde de la taza contra mis labios, dejando que el sabor amargo perdure antes de darme cuenta de que el café se ha enfriado. Lo dejo sobre la mesa metálica desportillada, observando cómo se balancea ligeramente sobre el platillo bajo la sombrilla a rayas. A nuestro alrededor, el murmullo de las conversaciones de primera hora de la tarde y el tintineo de los cubiertos resuenan por el patio empedrado, donde las sillas del café rozan suavemente contra la piedra y la luz del sol se filtra a través de los enrejados cubiertos de vid.

La voz de Chiara corta a través de mi nebulosa bruma.

—Así que ahora el Dr. Mancini cree que conseguirá el puesto de jefe interino. Por favor. No ha dado un palo al agua desde que se divorció —dice, poniendo los ojos en blanco.

Asiento, tratando de seguir la conversación, pero mi cerebro sigue en la morgue donde se llevó el susto de su vida. El tenue olor a formol se adhiere a mi chaqueta como siempre. Viene con el trabajo. Han pasado más de veinticuatro horas desde la autopsia, y me he lavado las manos cinco veces, pero la imagen del símbolo

tallado en el estómago de Matteo Vescari sigue apareciendo tras mis párpados.

—Tierra llamando a Alessia —dice Chiara, agitando su mano frente a mi cara—. ¿Me estás escuchando siquiera?

—Más o menos —digo mientras vuelvo a fijar mi mirada en ella —. Lo siento. Solo estoy cansada. —Mentir a mi mejor amiga no me resulta fácil, pero forma parte del territorio. Ella no sabe nada de mi educación o vida pasada. Es mejor así, más seguro para ella.

Me lanza una mirada —mitad preocupación, mitad molestia— y se sube las gafas de sol hasta lo alto de su cabeza. Sujetan su pelo hacia atrás, dándome una vista completa de sus cálidos ojos marrones que me taladran con curiosidad.

—Has estado cansada toda la semana. No es propio de ti estar tan ausente —dice.

Hago girar la última gota de café en la taza, pero la cerámica nunca abandona el plato que tiene debajo.

—No es nada —respondo en voz baja. ¿Qué podría decirle? ¿Que mi padre es un pez gordo de la mafia italiana y que lo dejé atrás, pero ha vuelto para atormentarme? Eso caería como un plomo.

—No es nada. Estás más nerviosa de lo normal. Y ni siquiera te has quejado de la nueva técnico —señala. Casi me arranca una risa, porque es verdad que me quejo mucho de esa técnico.

Sonrío levemente.

—Dejará el trabajo el mes que viene. Siempre lo hacen —digo.

Chiara sonríe.

—En serio, si algo va mal, puedes contármelo —añade. Sus dedos rodean la taza de té frente a ella en su propio plato de cerámica, pero no hay manera de que pudiera abrirme aunque quisiera. La estoy protegiendo de cosas que desconoce por completo, y ni siquiera lo sabe.

Evitando su escrutinio, miro hacia la calle, dejando que mis ojos se deslicen por la multitud sin enfocar... hasta que caen sobre un hombre que está medio oculto tras un carro de un vendedor cargado de naranjas. Lleva un abrigo oscuro y tiene el pelo negro. No finge no mirarme. Me observa directamente, como si estuviera esperando algo.

Me muevo en mi asiento y golpeo impaciente mi cuchara contra el platillo varias veces. Chiara levanta una ceja y luego frunce el ceño.

—Detrás de mí. Al otro lado de la calle. No lo hagas obvio —digo en voz baja. Luego desvío la mirada hacia el frente del café, donde mi camarero se afana llenando las tazas de café de los clientes. Me gustaría agitar el brazo para llamar su atención, pero no quiero que el hombre se dé cuenta de que estamos a punto de irnos. No quiero que me siga.

Ella se estira como si estuviera ajustándose la espalda, echando un vistazo por encima del hombro.

—No veo a nadie —dice, frunciendo el ceño. Luego vuelve a colocar los brazos frente a ella, pero en lugar de cruzarlos sobre la mesa como estaban antes, alarga la mano hacia su bolso.

Miro de nuevo, pero ahora ha desaparecido, lo que hace que mi ritmo cardíaco aumente unos cuantos puntos. Un hombre vigilándome es peligroso. Un hombre que me estaba vigilando y que ahora es invisible resulta mortal.

Chiara frunce el ceño.

—¿Qué se supone que tengo que estar mirando? —pregunta. Y esta vez, mientras abre su bolso y saca su cartera, se gira de manera obvia y mira en esa dirección general. Adiós a la discreción.

—No importa —digo mientras levanto mi taza de nuevo, alzándola para hacer señas al camarero. Me ve y asiente.

—¿Un mirón? —pregunta, volviéndose y sacando algunos billetes de su monedero. Los deja sobre la mesa y coloca la esquina de su platillo sobre ellos para que no se vuelen con la brisa.

—Quizá —respondo, manteniendo un tono casual, aunque la nuca me hormiguea—. Quizá solo te estaba mirando a ti. —Mis palabras pretenden ser juguetonas, tranquilizadoras, pero mi voz se quiebra traicionando mi tensa ansiedad.

—Estás nerviosa —observa, y sus hombros se encogen—. ¿Seguro que todo va bien?

Me encojo de hombros. —Solo estoy cansada —repito, pero sé que no estoy siendo muy convincente. La verdad es que estoy cansada. Exhausta, de hecho. He pasado la mayor parte de mi vida

adulta escondiéndome de los hombres que mi padre llama su familia. Corté lazos con todo lo que se pareciera a una relación de sangre cuando descubrí quiénes son. Lo que hacen... y cuán profundo sigue siendo su alcance.

El pensamiento me pone la piel de gallina, pero intento quitármelo de encima.

—Oye —dice Chiara, dándome un suave codazo—. ¿Seguimos con el plan de ir a la Via del Corso este fin de semana? Necesito zapatos nuevos, y no voy a comprar nada sin tu aprobación.

Sonrío levemente, agradecida por la normalidad. —Por supuesto. ¿El sábado por la tarde?

Ella asiente. —Mándame un mensaje. Tomaremos un helado después.

Luego escaneo la acera dos veces más antes de levantarme para irme, metiendo mi cartera bajo el brazo mientras lo hago.

Chiara saca su teléfono y mira la hora. —Tengo ronda en veinte minutos. ¿Me acompañas? —pregunta.

—Claro —digo.

Dejo unas monedas bajo mi taza, sabiendo que sus billetes cubrirán ambos almuerzos, y me dirijo hacia arriba de la manzana junto a ella. Mantengo la barbilla alta, pero voy escaneando todas las superficies por las que pasamos: cristaleras, puertas de coches pulidos, cualquier cosa que pueda reflejar movimiento. El hombre ha desaparecido, borrado como tiza bajo la lluvia, pero la sensación de ser observada sigue enroscándose en mis entrañas. El temor sigue subiendo pesadamente por mi espalda, susurrando que lo que vi no fue un truco de la luz.

—Oye —dice Chiara, dándome un suave codazo—. ¿Seguimos con el plan de ir a la Via del Corso este fin de semana? Necesito zapatos nuevos, y no voy a comprar nada sin tu aprobación.

Sonrío levemente, agradecida por la normalidad. —Por supuesto. ¿El sábado por la tarde?

Ella asiente. —Mándame un mensaje. Tomaremos un helado, pero solo después de que me encuentres el vestido perfecto para la gala benéfica.

En la siguiente esquina, Chiara se desvía hacia el hospital. —Llámame si quieres desahogarte sobre hombres extraños acechando en puestos de fruta —dice por encima del hombro con una risa, y de repente respiro más ligera, como si tal vez estuviera alucinando. Quizá el formol me afectó.

Sonrío. —Gracias —respondo.

Contra mi buen juicio, me dirijo de vuelta hacia el café, sin estar segura de por qué siento la necesidad. Quizá quiero comprobarlo de nuevo. Quizá quiero demostrarme a mí misma que no me lo inventé. La acera está ahora abarrotada de furgonetas de reparto, turistas y un grupo de monjas riendo con vasos de plástico de helado en la mano. Todo parece normal, ruidoso y seguro.

Está ahí. No al otro lado de la calle esta vez, en la sombra de los carros o escondido entre la multitud. Está a plena vista, a dos pasos de la mesa que dejé atrás. Su postura es demasiado relajada, como si estuviera esperando a un viejo amigo. Y tiene las manos enterradas en los bolsillos de su abrigo, lo que me asusta. Podría tener un arma.

Su mirada se fija en la puerta del café como si hubiera estado clavado al lugar, esperando. Cuando me ve, sonríe —una curva silenciosa e ilegible de la boca que transmite un escalofrío. No es amistoso. No es curioso. Es la sonrisa de alguien siniestro que ha sido descubierto y no le importa.

Mis pies se detienen sin permiso, mi respiración volviéndose más fina mientras lo observo, con el instinto gritando bajo mi piel, aunque me encuentro conteniendo la respiración en lugar de pedir ayuda.

No se mueve hasta que estoy a su alcance. Entonces da un pequeño paso hacia adelante. No está lo suficientemente cerca para tocarme, pero sí lo bastante para que registre su presencia.

—Alessia, ¿verdad? —dice, con un tono suave y seguro. Es alto, delgado e inquietantemente tranquilo, con pelo negro corto que no se mueve con la brisa y ojos negro tinta que transmiten intimidación. Una fina línea de barba incipiente ensombrece su mandíbula, pero son los tatuajes los que atrapan mi mirada, apenas visibles bajo las

mangas de su abrigo y en el hueco de su cuello justo donde se encuentran las clavículas.

Parece el tipo de hombre que sabe dónde vive cada monstruo, que ha hecho cosas terribles con las manos limpias.

Mi corazón da un vuelco. —¿Le conozco? —pregunto, con voz cautelosa.

—Vinny —responde y ofrece una mano, pero no parece sorprendido de que no la tome—. Su nombre surgió en una conversación. Pensé en presentarme.

—¿Qué conversación? —pregunto, manteniendo mis ojos fijos en los suyos. A nuestro alrededor, el café pulsa con vida —los vasos tintinean, los cubiertos rascan, una pareja en la mesa de al lado estalla en carcajadas—, pero no me permito perder la concentración.

—Amigos en común —dice con un encogimiento de hombros, como si esto fuera un encuentro casual y no un acercamiento cuidadosamente calculado—. Trabajo en seguridad privada. Principalmente evaluaciones de riesgos e investigaciones internas.

No digo nada y dejo que el silencio se alargue. El ruido a nuestro alrededor parece lejano, como si estuviera ocurriendo tras un cristal, o con un silenciador puesto. La gente se mueve, pero mis ojos permanecen fijos en la serpiente frente a mí, enroscada para atacar.

Señala hacia la mesa. —¿Puedo? —pregunta.

Dudo, luego me siento. —No —le digo secamente. Estoy lista para alejarme ahora y rezar para que no me siga.

Sonríe de nuevo, pero no le llega a los ojos. —Justo —dice.

Lo estudio. Parece tener poco más de treinta años, con complexión delgada y un abrigo a medida. No veo ningún arma visible, pero su postura sugiere entrenamiento. Sus ojos son demasiado agudos para alguien que casualmente trabaja en seguridad.

—¿Qué quiere? —pregunto.

—Conocerla. Asegurarme de que está bien —dice.

—Estoy bien —respondo, manteniendo mi expresión ilegible. ¿Asegurarse de que estoy bien? ¿Es esa alguna forma jodida de decir que mi padre está vigilándome? Porque es eso, ¿verdad? Mi padre me envió ese cadáver, y ahora está enviando a sus soldados

para hacer un seguimiento y asegurarse de que obedezco. Es repugnante. Me muevo para pasar junto a él, pero me toma suavemente la muñeca y aparto la mano de golpe.

—Algunas personas no están contentas con su implicación en casos recientes. Pensé en hacer una visita —dice con calma, pero hay algo terriblemente aterrador en la forma en que me mira, como si yo fuera la próxima víctima.

Me tenso. —No está con la policía —digo—, así que aléjese de mí.

—No —responde simplemente—, no soy polizia.

—Entonces, ¿por qué le importaría? —pregunto. Ahora mi pecho palpita con adrenalina, preparándome para luchar. No tengo mi espray, ningún arma para defenderme. Incluso si la tuviera, él es el doble de mi tamaño y está entrenado para matar, y yo solo soy una maldita médico forense.

Se inclina ligeramente hacia atrás. —Porque a un amigo le importa... —gruñe tan bajo que estoy segura de que es el mismo diablo proyectando las palabras en mi cerebro.

Lo miro fijamente. —Es usted muy insistente para ser un hombre que quiere tranquilizarme —digo.

Ríe quedamente. —Es usted inteligente. No necesita que le deletreen los detalles, ¿verdad?

No respondo nada, pero dejo que mis ojos se aparten de él y miro hacia la parte trasera del autobús donde las monjas están subiendo con tazas de espresso y sonrisas ahora.

Me da una palmada en el hombro y luego dice: —Cuídese, Alessia. Las cosas se están moviendo rápido.

Luego desaparece, alejándose, deslizando las manos en sus bolsillos con facilidad de nuevo.

Espero un minuto completo antes de exhalar. Luego me doy la vuelta y camino por la ruta larga de regreso al laboratorio, mirando por encima de mi hombro cada pocos minutos.

Para cuando regreso, estoy temblando. Las luces fluorescentes parecen más duras de lo habitual, y cada tintineo metálico resuena a través de mi cuerpo haciéndome estremecer. Termino mis informes restantes en un estado de aturdimiento, apenas registrando el

papeleo o las conversaciones murmuradas del personal que pasa. Mi abrigo está puesto y salgo por la puerta antes de que alguien pueda detenerme, con el corazón aún acelerado por algo que no puedo racionalizar. Eso no fue una alucinación. Fue un mensaje que escuché alto y claro.

Cuando llego a mi edificio, el crepúsculo está cayendo sobre Roma. Me detengo antes de abrir la puerta. Todo parece normal: el mismo romero en maceta sigue muriendo en el alféizar de la ventana. La ranura del correo está medio atascada con folletos y facturas. Nada parece fuera de lugar a primera vista.

Pero en el momento en que entro, sé que algo va mal. El aire se siente alterado. No parece que alguien haya entrado a la fuerza, pero se siente como si alguien hubiera pasado recientemente.

Mi apartamento está limpio porque así lo mantengo, quizá inconscientemente para saber si algo está fuera de lugar. Años de terror me enseñaron eso. Pero reviso el dormitorio y el armario. No falta nada. Nada parece haber sido robado. Me agacho y miro debajo de la cama. Los patrones de polvo están alterados y claramente desplazados. Alguien ha registrado el lugar en algún momento.

No llamo a la policía porque no hay nada que puedan hacer, no cuando no falta nada, nada está roto, y técnicamente no ha pasado nada. No hay pruebas, no hay señales de entrada forzada, ni siquiera un pelo fuera de lugar.

Pero sé lo que sentí en cuanto entré. Sé lo que significa cuando el aire sabe mal, cuando los objetos están demasiado perfectos, cuando el silencio resuena más fuerte de lo que debería. Quien quiera que sea, estuvo aquí. Y cada respiración que tomo ahora es más fría por ello.

"Vinny" fue un mensaje, frío y directo, y no sé qué se supone que significa. Pero sé que no es bueno.

Cierro todos los cerrojos de la puerta y corro las cortinas completamente. Luego me siento en el borde de la cama y finalmente dejo que mis manos empiecen a temblar.

4

VINCENZO

Alessia no me ve, pero yo lo veo todo. Desde mi posición al otro lado de la calle, parcialmente oculto por el toldo de un escaparate y la luz mortecina del atardecer, sigo su reflejo en el cristal de la farmacia. Está de pie frente al mostrador, escuchando mientras la cajera le explica algo sobre disponibilidad. Sus dedos tamborilean un ritmo silencioso contra la correa de su bolso.

Compra algo pequeño y lo guarda en su bolso antes de volver a salir a la acera. Su camino no la lleva hacia las calles más transitadas cerca del hospital. En cambio, se desvía por un callejón estrecho, uno de esos atajos que los lugareños utilizan sin pensar. La calle no está iluminada, no está concurrida y es lo suficientemente silenciosa como para que si gritara nadie la escucharía.

Eso me viene perfectamente.

La sigo a distancia. Mi paso refleja el suyo, ni apresurado ni perezoso. Las suelas de mis zapatos no hacen ruido contra las piedras irregulares, y las pocas personas que me cruzan no me miran dos veces. Esta parte del trabajo es mecánica; seguir a un objetivo es pan comido para mí. Y a esta ni siquiera tengo que esconderme porque no está huyendo asustada ni llamando a las autoridades. Inteligente hasta cierto punto, pero peligroso.

Se mueve con comodidad, aunque de vez en cuando mira por encima del hombro. Es casi tan precisa que puedo calcularlo y esconderme cada vez. La forma en que baja la barbilla y sus ojos se deslizan hacia los lados me dice que no está segura de lo que siente, solo que es incómodo. Sus instintos son buenos, pero no lo suficientemente buenos.

Llega a la curva donde el callejón se estrecha entre dos tiendas cerradas. Me muevo rápidamente, deslizándome por un camino lateral y rodeando la manzana, cortándole el paso cuando dobla la esquina. Cuando ella entra en el estrecho espacio entre edificios, yo ya estoy allí, quiet y esperando.

Se sobresalta violentamente, su bolso se balancea ligeramente mientras su mano se sumerge en él. Aspira bruscamente, el sonido cortando la quietud entre nosotros como una cuchilla, su cuerpo congelado a mitad de movimiento como si se preparara para el impacto.

—Alessia —digo, manteniendo mi voz baja y uniforme mientras levanto ambas manos en la señal universal de alto.

Entrecierra los ojos y aprieta el agarre sobre su bolso. —¿Qué demonios estás haciendo? —exclama sorprendida. Puedo ver su pulso retumbando en su cuello, los ojos abiertos de miedo.

—No estoy aquí para hacerte daño —respondo, manteniéndome firme.

—Me estás siguiendo —replica y su postura se endurece mientras se prepara.

—Te estoy vigilando. Hay una diferencia —digo, bajando las manos lentamente. No quiero asustarla y hacer que huya porque no me apetece sudar ahora mismo.

Sus ojos se entrecierran aún más. —¿Crees que eso me va a hacer sentir mejor? —Se sube la correa del bolso más arriba en el hombro y me fulmina con ojos de fuego.

—Necesito que no indagues —digo, con voz firme y mesurada.

Cambia su peso, plantando los pies. He visto a hombres adultos incapaces de defenderse en una pelea, y aquí está esta delicada belleza italiana plantada como si fuera a enfrentarse a mí. Alguien le enseñó bien. —¿Indagar en qué? —exige, desafiante.

—Matteo Vescari —le digo, observando su reacción. Hace una pausa, sus dedos apretando la correa de cuero. Sus ojos son pensativos e intensos, estudiándome. Sabe por qué tiene que dejar de indagar, lo que significa que hay algo sobre el cuerpo de Vescari que la asustó y le dio una pista.

—¿Quién te ha enviado? —espeta, y sus ojos se mueven nerviosamente.

—¿Importa acaso? —Manteniendo mi expresión ilegible, dejo que mis hombros se relajen y observo cómo cambia su expresión.

—Para mí, sí —responde con brusquedad, la mandíbula apretada. Tiene agallas; me gusta eso. Costa nunca me dijo lo impetuosa que era su retoño.

Me acerco lentamente y ella no retrocede, pero cada músculo de su cuerpo se tensa como si pudiera hacerlo. —Te estás metiendo en aguas profundas —le digo—. Estas cosas no se resuelven en laboratorios o en formularios de informes. Lo sabes, Bella.

—Si crees que puedes intimidarme... —comienza, elevando la voz.

—No pretendo eso —la interrumpo porque no estoy aquí para intimidar. Emilio me envió para observar y persuadir. Ella no puede estampar el apellido Costa en nada que nos señale, y tampoco puede agitar la mierda con los Bianchi.

El viento se levanta ligeramente, elevando su cabello sobre su mejilla. Sin pensar, o tal vez con intención, estiro la mano y aparto el mechón con mi meñique. Mis nudillos rozan su mandíbula mientras coloco el cabello detrás de su oreja y ella gruñe audiblemente.

Sus ojos se clavan en los míos con rabia y, por un momento, ninguno de los dos se mueve. Entonces, su mano se dispara y conecta con mi cara, con la palma abierta y rápida. El sonido es nítido en el callejón vacío y mi reacción es más rápida. Alargo la mano hacia ella, casi envolviendo su cuello, y luego me detengo y retrocedo.

—Vuelve a tocarme y te denunciaré —sisea mientras me empuja al pasar, su hombro chocando contra el mío.

Bufo y me río mientras me froto la mandíbula y le sonrío con suficiencia. —Entendido —digo, girándome para ver cómo su trasero

se balancea mientras sube por el callejón alejándose de mí sin decir otra palabra. Puede que este trabajo no sea aburrido después de todo.



Es pasada la medianoche cuando regreso al complejo. La villa parece tranquila, pero eso nunca significa que esté vacía. Los hombres en rotación nocturna asienten cuando paso. Las luces de la oficina siguen encendidas. Emilio no cumple horarios de banquero cuando puede derramarse sangre.

Llamo una vez antes de abrir la puerta.

Está sentado detrás del escritorio, mangas arremangadas hasta los codos, camisa desabotonada lo justo para mostrar la cadena alrededor de su cuello. Un vaso de amaro medio vacío descansa junto a su mano.

—¿Y bien? —pregunta, levantando una ceja mientras se inclina hacia delante. Luego vuelve a su recuento, montones de dinero del último negocio, alguna obra de arte de la que se encargó su hijo.

—Es cautelosa —digo, entrando. Cruzo la alfombra tejida a mano para situarme junto a su escritorio y meto las manos en los bolsillos —. Solitaria... No se comunica con nadie que conozcamos. Va a casa sola, pasa horas en el trabajo. Hoy se detuvo en una farmacia, pero nada inusual.

Emilio se reclina ligeramente y deja que su mano redoble sobre el escritorio. —¿Y Gordo? —pregunta, entrecerrando los ojos. Si el hermano de Emilio asoma su puta cara por aquí será la última vez. El bastardo ha sacudido el árbol equivocado.

—Ni rastro —digo, negando con la cabeza.

—Aun así... —Emilio coge su vaso y apura la bebida, luego lo deja con fuerza.

—Aun así —confirmo, pero es una palabra amarga de escupir. Gordo removió la olla que estaba hirviendo a fuego lento y ahora la ciudad es un pozo de pecado hirviente.

Exhala por la nariz con una respiración brusca y dice: —¿Hiciste contacto?

Asiento una vez y sostengo su mirada sin pestañear. —Brevemente —respondo—, y le advertí que no indagara... Aunque no estoy seguro de que vaya a escuchar. —Alessia Costa puede haber cambiado su nombre y conseguido una nueva profesión, pero no es estúpida. Sabe cómo trabajamos, y si sabe lo que le conviene, obedecerá.

—¿Se asusta fácilmente? —insiste, inclinando su vaso y observando la última gota en el fondo.

—No es ingenua, si es eso lo que quieres decir —respondo—. Sabía que alguien la seguía. Simplemente no sabía quién. —Me apoyo en el sillón de cuero frente a su escritorio y miro el retrato de su padre colgado sobre la chimenea al otro lado de la habitación. Ese sí que era un hombre que sabía cómo liderar una familia. Emilio tenía grandes zapatos que llenar, y su hijo continuará ese legado.

Emilio coge su vaso, lo gira una vez y luego apura las pocas gotas que quedan. —La dejaste marchar. —Hay una advertencia en la cadencia de su voz, pero sé que es solo su manera de ser. No voy a dejar que esta se me escape.

—No era el momento —digo, sosteniendo su mirada—. Si le corto las alas ahora mismo, toda la ciudad estallará. Bianchi quiere justicia por Vescari y la polizia estará vigilando. Un criminal muerto con sospechas relacionadas con bandas no aparece en una morgue sin ser detectado. Están vigilando. Tomé una decisión.

—No siempre será tu elección, Vincenzo. Si hace ruido... —comienza.

—Me ocuparé —interrumpo con tono cortante, sopesando cuidadosamente lo que digo. No es un hombre fácil para quien trabajar, pero no quiere hombres sumisos. Quiere soldados inteligentes entrenados para pensar por sí mismos y tomar decisiones sobre la marcha.

Me observa un momento más, luego asiente. —Mientras tanto, mantente cerca. Mantenla calmada. No necesitamos que huya. Necesitamos que esté callada. —Su última palabra está impregnada de significado velado.

—Entendido, señor. —Salgo de la habitación sin esperar a que me despida. Fuera, la noche ha adquirido un frío intenso. En algún lugar del patio, alguien se ríe demasiado alto. Pero mi mente no está aquí.

Está de vuelta en ese callejón, donde todo cambió.

Está fija en la forma en que me miró, como a un extraño que casi reconocía, como si ya supiera que yo volvería.

Y no puedo esperar para volver.

5

ALESSIA

El laboratorio tiene el mordisco agudo del etanol y el peso de viejos recuerdos en los que preferiría no tener que pensar más. Una nitidez química se aferra al aire que resulta familiar y extrañamente reconfortante. He pasado suficientes noches aquí para saber qué microscopio parpadea al encenderse y qué cajón se atasca por desuso. Este lugar es mío de formas en que ningún otro espacio lo ha sido jamás. Es limpio, metódico y obediente, completamente diferente a todo lo demás en mi vida.

Y quizás por eso me gusta, porque es el único lugar que hasta la última semana ha sido mío, sin rastro de los dedos negros de mi padre intentando alcanzarme.

Sello la nevera portátil y la llevo a través de la puerta lateral del laboratorio, asintiendo con la cabeza al único conserje que está abrillantando las baldosas del pasillo. No levanta la mirada, lo cual es bueno. No quiero preguntas sobre adónde voy o qué estoy haciendo. Saber que mi padre está detrás de esto ya es bastante malo.

El laboratorio forense privado de la universidad —donde solía ayudar durante mi residencia— está tenuemente iluminado cuando entro. Mi acceso todavía funciona, un milagro o un descuido, no estoy segura de cuál. Coloco los tubos en la centrífuga y programo el temporizador. Pronto, comienza a zumbar mientras hace girar las

muestras de sangre que extraje de la arteria femoral de Matteo. Ya he comparado su ADN con las bases de datos de Interpol y las nacionales. No hubo sorpresas allí, pero el perfil parcial que no pude clasificar, eso es lo que me ha traído aquí esta noche.

Me acomodo, poniéndome los guantes. La máquina emite un pitido de disponibilidad. Respiro la quietud y dejo que me calme. Luego empiezo a ejecutar la prueba de nuevo, esta vez introduciendo secuencias mitocondriales y comprobándolas con registros antiguos que las bases de datos gubernamentales no tocarán. Los resultados comienzan a aparecer en la pantalla. Si mi extraño acosador misterioso es alguna indicación, la mafia está metida en algo que no quieren hacer público, y hacer cualquier cosa en una base de datos gubernamental los atraerá hacia mí como moscas a la mierda.

La universidad se siente más segura, o al menos eso es lo que me dejo creer, justo hasta que escucho una voz que me pone la piel de gallina.

—¿Todavía escondiendo cadáveres en tu tiempo libre, Leone? — la voz de Luca disecciona el silencio sobresaltándome. Nunca oí sus pasos acercarse.

No necesito girarme para ubicarla.

—Dr. Bernardi —digo, sin perder el ritmo mientras ajusto el monitor y dejo que mi mano en el ratón se mueva suavemente como si no acabara de hacerme orinar un poco—. Suponía que estaría por ahí encantando a comités de titularidad. —Mi antiguo profesor, ahora forense estatal, es mi jefe actual, que aparentemente también mantiene vínculos con este laboratorio.

Luca entra en la luz fluorescente, sonriendo con suficiencia mientras cruza los brazos. La malévola luz dibuja sombras oscuras en su rostro, dándole un aspecto mórbido.

—Se dejan encantar fácilmente. Tú, por otro lado... —dice con naturalidad. Mira la pantalla y luego la nevera portátil con escepticismo.

—No estoy aquí para ser encantada —respondo, apagando un interruptor sin mirarlo. Ya sabe lo que estoy haciendo; estoy segura

de ello. Pero no sabe de quién es la sangre que estoy usando ni por qué.

Camina trazando un arco lento a mi alrededor.

—No. Estás aquí fuera del horario laboral, volviendo a analizar marcadores forenses de un cadáver ya autorizado para la cremación. —Me estremezco ante la idea de que esté lanzando acusaciones sin pruebas, pero si quisiera las pruebas podría ordenarme que las revelara—. Eso me hace preguntarme: ¿qué estás buscando realmente? —Su voz baja mientras se apoya pesadamente en el mostrador opuesto, examinándome en busca de mentiras.

—Trabajo antiguo de clase —digo con tensión, fijando la mirada en la pantalla—. Pensé que podría consultar algunos de los casos mitocondriales para la conferencia que estoy preparando.

Se ríe suavemente, sacudiendo la cabeza.

—¿Así es como lo llaman ahora? —dice, curvando los labios—. Trabajo de clase...

No respondo, pero mantengo mi rostro neutral mientras recojo las impresiones y muestro una pantalla en blanco, fingiendo cruzar referencias de archivos mientras obligo a mi corazón a latir más despacio.

Espera, observándome como un halcón que rodea a un conejo acorralado.

—Ni siquiera estás intentando cubrir tus huellas —dice, con voz baja y teñida de desprecio—. ¿Crees que solo porque usaste tu antigua tarjeta de acceso nadie lo notaría?

Recojo otro papel de la impresora y mantengo un tono nivelado.

—¿Qué tengo que ocultar? Además, si quisiera tapar algo, ¿crees que lo estaría haciendo aquí? —Lanzo una mirada a su sonrisa sardónica y estabilizo mi respiración. No me hará perder los nervios si me mantengo centrada. No tiene pruebas de nada y, además, no es como si supiera quién soy realmente.

Resopla.

—Siempre pensaste que eras más lista que todos los demás. Pero esto es descuidado, incluso para ti. —La forma en que cruza los brazos casualmente y entrecierra los ojos se siente más como un

interrogatorio que como un gesto amistoso, pero vuelvo a mi trabajo e intento no molestarme por su presencia.

—Estoy preparando una conferencia —le digo de nuevo, pero siento que mis orejas arden más que Venus. Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en los dientes, pero mantengo mi expresión serena.

Se inclina hacia adelante, apoyando una mano en el escritorio, invadiendo mi espacio con su presencia.

—Me estás mintiendo, Alessia, y voy a descubrir lo que estás ocultando.

—Quizás solo estoy cansada —digo, volviendo mis ojos a la pantalla en blanco y haciendo clic en archivos sin sentido—. No todos podemos alimentarnos de rencor y sospecha, Dr. Bernardi... — Si no puede ver la sangre pulsando a través de las venas de mi frente, me sorprendería.

Suelta una risa sin alegría, sacudiendo la cabeza.

—Solo recuerda: si te atrapan haciendo algo ilegal, no te voy a cubrir. —Su voz comienza a desvanecerse mientras se aleja y me pellizco el puente de la nariz cuando me da la espalda.

—Entendido —digo en voz baja, con los ojos todavía en la pantalla, conteniendo la respiración hasta que finalmente está lo suficientemente lejos como para poder volver a encender el monitor.

Deambula hacia la otra estación de trabajo, todavía fingiendo desinterés, pero puedo sentir su mirada quemando la parte posterior de mi cuello.

El perfil se completa, y mi pulso se detiene. Hay una coincidencia del noventa y tres por ciento con mi cadena de ADN familiar. Es una que no está asociada con Matteo y no figura en ningún registro criminal. Pero conozco este marcador. Lo he visto antes, enterrado en mis propios análisis de sangre, hace años, cuando era lo suficientemente ingenua como para pensar que una persona podía limpiar su pasado.

Es de Gordo.

Mis manos se curvan alrededor del borde de la mesa mientras mis ojos examinan más resultados. No hay duda alguna de lo que esto significa y es la prueba que mi mente no quería ver. Estoy tan

contenta de haber realizado esta prueba aquí y no en el trabajo, porque al menos aquí no hay ningún vínculo con las muestras que pueda rastrearse hasta mí.

Mi padre estuvo allí en la escena. O alguien que comparte su ADN mitocondrial estaba allí, ¿quizás el tío Emilio? Aunque él ya no suele ensuciarse las manos, no desde que fue nombrado Don.

Me quito los guantes y apago la máquina con una serie de pulsaciones de teclas practicadas, mi mente ya va tres pasos por delante. Esto lo cambia todo, y explica demasiado. El hombre que me sigue, la extraña imagen que me enviaron con mi padre en el mismo lugar al mismo tiempo que yo, aunque no lo vi. Y sobre todo explica por qué sentí que alguien estaba en mi ático.

Después de limpiar el espectrómetro de masas y destruir las muestras, salgo del laboratorio por la puerta lateral hacia el aire fresco de la noche, acunando la carpeta de resultados bajo un brazo. Mi bolso pesa contra mi hombro mientras atravieso el patio del campus y salgo a la calle principal. Cuanto más me alejo de la universidad, más rápido camino, lo que eleva mi pulso con la actividad, pero la ansiedad tampoco ayuda.

Miro por encima del hombro solo una vez cuando llego al borde del campus, y es entonces cuando veo al mismo hombre de la cafetería, se hacía llamar Vinny. Está a varios pasos detrás, con la cabeza ligeramente inclinada como si solo estuviera dando un paseo, pero no me engaña. Me está siguiendo. Me doy cuenta solo ahora, con una sacudida de temor tardío, y sospecho que me ha estado siguiendo desde que salí del edificio. Quizás desde que salí del trabajo para venir aquí.

Sigo moviéndome más rápido ahora, cruzando la calle, luego por una acera más estrecha bordeada de árboles y viejos muros de piedra. Él iguala mi ritmo desde la distancia, nunca cerrando la brecha pero nunca quedándose atrás tampoco. Me aterroriza porque ni siquiera está tratando de ser discreto al respecto. Su audacia es una razón más para temerle.

Cruzo con un semáforo, me meto por un callejón y me detengo frente al escaparate de una farmacia para comprobar mi reflejo en el cristal: todavía me sigue, lo suficientemente atrás como para hacer

de la negación plausible su escudo. Pero ya he terminado de fingir que no lo noto.

Dejo de caminar, girando sobre mis talones para enfrentarme a él antes de que tenga la oportunidad de fingir que todo fue coincidencia. La luz de la calle se refleja en sus ojos mientras se ralentiza, como si estuviera considerando si fingir que no me estaba siguiendo o admitirlo abiertamente. Duda, solo por un instante, luego desplaza su peso hacia adelante y cruza la distancia que nos separa.

—Alessia... —Mi nombre en sus labios es a la vez escalofriante y seductor. Su acento veneciano es más suave que mi ronesco, y la forma en que se enrosca en su lengua me suaviza por los bordes incluso cuando quiero ser dura y fría.

Aun así, saber quién es hace que algo dentro de mí se erice.

—¿Me estás siguiendo? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—Sí —dice simplemente, sosteniendo mi mirada—. Te lo dije... Hay asuntos que te conciernen y estoy aquí... vigilando.

—Estuviste en mi apartamento, ¿verdad? —pregunto, cruzando los brazos sobre el pecho, mi voz tranquila aunque mi piel se eriza—. Revisaste mis cosas. Por eso ya no te molestas en esconderte.

—¿Me creerías si te dijera la verdad? —responde, con una leve sonrisa tocando su boca. La luz se desvanece rápidamente, pero incluso en la calma del anochecer que se asienta sobre Roma, noto la fuerte línea de su mandíbula, la curiosidad en sus ojos.

—Prueba —digo fríamente, negándome a ceder terreno. Cruzo los brazos sobre el pecho, en parte para ocultar el hecho de que me siento un poco nerviosa. Es atractivo, pero da miedo. Sé que mi padre nunca enviaría a alguien a vigilarme que realmente me hiciera daño, pero dejarme llevar por su encanto solo volverá para morderme más tarde.

Se acerca con pasos pausados.

—Tu padre me envió. Quiere ojos sobre ti —dice, y noto un destello en sus ojos, sin duda algún pensamiento pervertido que está teniendo sobre mí. Los hombres como él son todos iguales.

Mi mandíbula se tensa.

—Por supuesto que lo hizo —murmuro, levantando la barbilla. No necesitaba la confesión de Vinny para saber lo que mi padre está tramando. Me veré obligada a enterrar la verdad y poner en peligro mi carrera. Sabía que debería haberme mudado a París.

—No estás a salvo. —El tono que usa tiene un borde de advertencia, aunque no creo que realmente le importe un carajo ni yo ni mi seguridad. Le pagan por hacer un trabajo, y mientras su trabajo esté hecho, le pagarán.

—¿De quién? —me burlo, avanzando para igualar sus pasos. Él cree que puede acorralarme y hacerme sentir intimidada por él, pero no voy a acobardarme.

No responde. En cambio, me estudia con esos ojos oscuros e ilegibles como si estuviera catalogando la inclinación de mi columna y la inclinación de mi cabeza. Su lengua recorre su labio inferior; sus ojos parpadean lentamente. Luego dice:

—Necesitas dejar de hurgar, Alessia.

—¿Eso es una amenaza? —espeto antes de burlarme de nuevo y soltar una risa—. Porque estoy segura de que a estas alturas ya sabes quién es realmente mi padre y de lo que es capaz. —Miro directamente a sus ojos y sus palabras me recorren la columna vertebral con un escalofrío frío.

—No. Es una advertencia.

—No respondo bien a las advertencias —digo fríamente. Aunque por dentro, mi estómago está revuelto ahora. Si me está advirtiendo, quizás no está trabajando con mi padre. No puedo nombrar a todas las familias criminales de Roma, pero sé que los Costa no son los únicos.

Se acerca más y sus dedos se levantan y rozan el lado de mi mandíbula como si estuviera moviendo un cabello o secando mis lágrimas. Es un toque suave y gentil que me calienta hasta el pecho, luego se arrastra hasta mi vientre y lo calma. Los escalofríos que debería sentir vuelan a mi estómago para unirse a las mariposas que bailan y antes de pensar, actúo.

—No me toques —exclamo, apartando su mano de un golpe.

Vinny se ríe y me guiña un ojo antes de decir:

—Ciao, Bella... Intenta no soñar conmigo esta noche.

Paso junto a él, con la columna recta y la barbilla alta. Mis pasos resuenan en las piedras del patio. No miro atrás, pero no soy lo suficientemente tonta como para creer que me ha dejado sola. Quienquiera que lo haya enviado para intimidarme estaría muy decepcionado si lo hiciera, y por eso sé que cada vez que salga de mi apartamento a partir de ahora, él estará allí. Al menos hasta que el fiscal público tenga su sospechoso y el caso salga de mi expediente.

Más tarde, cierro con llave la puerta de mi apartamento y reviso dos veces cada ventana, aunque sé que hace tiempo que se ha ido, o al menos finge haberlo hecho. Las luces permanecen apagadas mientras entro en la cocina, desenrollando mi bufanda y arrojando mi bolso sobre el mostrador. No me molesto en comer. Estoy demasiado tensa. Mis dedos se contraen, como si todavía se estuvieran preparando para otro shock. Ya he tenido algunos hoy.

Me dirijo al baño y me salpico agua en la cara. Mis manos tiemblan de nervios y mi mente repite la conversación con Luca y luego la conversación con Vinny, cuyo nombre estoy segura de que es Vincenzo o algo estúpido. Pienso en todas las cosas que debería haberles dicho a ambos pero que no pude formular en el momento.

Cuando finalmente me quito la ropa y me hundo en la cama, las sábanas están frescas contra mi piel, pero mi mandíbula todavía hormiguea donde me tocó. Presiono el lado de mi cara contra la almohada, deseando que borre el recuerdo, pero no ayuda.

Su toque persiste como el calor después de una llama, grabado en terminaciones nerviosas que no puedo apagar.

Entierro mi cara en la manta y aprieto los ojos.

Y odio querer sentirlo de nuevo.

6

VINCENZO

La casa franca está en las afueras de la ciudad, escondida entre una hilera de edificios vacíos, sin nada que la distinga desde el exterior. Por dentro, todo es metal estéril, pantallas y silencio. He pasado demasiadas noches así, iluminado solo por el resplandor de una docena de monitores. Roma es como Nueva York: nunca llega a dormirse del todo, pero Alessia sí. Ahí es donde está ahora, acurrucada en su cama con su piel cremosa cubierta por una sábana de satén blanco, y sus suaves ronquidos llegando a través de las ondas.

Su apartamento parpadea en el monitor principal. La pantalla muestra imágenes en alta definición transmitidas en tiempo real, capturadas a través de la red de micrófonos que instalé por todo su apartamento la semana pasada, mucho después de que se eliminara el cableado original de Gordo cuando ella remodeló. No ha encontrado mi trabajo, o quizás lo hizo y se rindió tratando de luchar contra él, como con el resto del legado de Gordo Costa.

No se ha movido en casi diez minutos: no hay giros, ni inquietud, ni cambios repentinos. Solo el constante subir y bajar de su pecho mientras respira. Su pelo se derrama sobre la almohada como tinta, enredado por no haber sido cepillado, y me pica la necesidad de pasar mis dedos por él. Incluso dormida, es hermosa. Estudio su

rostro y veo cuánto se parece a Gordo e incluso a Emilio. Cómo cree que puede evitar ser reconocida está más allá de mi comprensión.

No le ha contado a nadie lo que sabe, ni un solo detalle ha salido de sus labios. No ha dicho una palabra sobre el extraño símbolo tallado en el pecho de Matteo, un detalle que debería haber planteado preguntas inmediatamente —uno que sólo conozco porque es la marca de Gordo. Tampoco ha mencionado nada sobre los análisis de sangre que realizó, ni los resultados oficiales y definitivamente no el segundo conjunto que la vi procesar en secreto en ese viejo laboratorio universitario. Es calculadora y deliberada, inteligente de maneras que hacen que personas como ella sean impredecibles y difíciles de manejar. Eso es lo que la hace peligrosa: heredó su ingenio de su padre.

Cambio las transmisiones en el sistema de vigilancia, dejando que la pantalla cambie con un suave parpadeo de estática. Paso a la cámara tres, que está dirigida directamente a la pantalla de su portátil, con zoom lo suficientemente cerca para captar los detalles. Está encriptado con una protección decente, pero he entrado en sistemas más seguros por razones menos convincentes.

Ha iniciado sesión en una unidad de investigación privada. No es el tipo de unidad que el departamento de TI de la universidad monitoriza o archiva; existe extraoficialmente, privada y oculta por alguna razón. Es algo más antiguo, probablemente anterior a su empleo, y parece personal, diseñado para mantener cierto trabajo separado de los registros oficiales. Tal vez sea suyo, un NAS casero o algo así, pero definitivamente hackeable.

Me inclino hacia delante, mis dedos rozando las teclas mientras atravieso el cortafuegos. Tardo menos de dos minutos en entrar y reflejar los datos. Los archivos revelan análisis de cadena mitocondrial, alelos detallados con referencias cruzadas y un perfil parcial de ADN masculino conectado a una tercera cadena genética no identificada. Me hace preguntarme quién es y por qué se tomó tantas molestias para ocultarlo.

Pertenece a alguien desconocido, un fantasma en el sistema sin rastro oficial. El ADN no pertenece a Matteo, lo que significa que lo

encontró en él —probablemente defensivo— y no se puede encontrar en ningún registro o base de datos oficial del gobierno.

—Joder —murmuro en voz baja. Me froto la palma de la mano contra la mandíbula, mirando fijamente a la pantalla como si la pura fuerza de voluntad pudiera cambiar lo que estoy viendo. Si lo relaciona con Gordo, estamos hundidos.

Esto confirma lo que Emilio temía. Había un tercer hombre en la habitación cuando Matteo murió, uno que el gobierno no ha identificado. Uno que podría vincular la escena a nuestra red más amplia. Si ese perfil llega a las manos equivocadas, el grupo de trabajo no solo tiene un cadáver. Tiene ventaja.

Gordo fue descuidado. Dejó que el cabrón lo tocara, y no solo eso, sino que le sacara sangre.

Toco el micrófono. —Tenemos un problema —digo, sabiendo que Emilio no apreciará el eufemismo. Me recuesto en la silla y hago crujir mi cuello. La tensión se asienta como un peso sobre mis hombros.

—Continúa —gruñe a través de la estática. Su voz zumba por el auricular como grava y noto el filo en su voz.

—Encontró un segundo perfil, ADN no identificado. Si Greco pone sus manos en eso, se abre el caso 416-bis —Reviso los archivos reflejados de nuevo, comprobando los marcadores para asegurarme de que no he malinterpretado los datos.

Hay un momento de silencio antes de que Emilio hable de nuevo. —¿Bernardi? —suelta. El nombre suena como un arma cargada saliendo de su boca.

—No se lo ha contado. Pero está husmeando —Miro hacia las imágenes de vigilancia, observándola darse la vuelta en la cama. Su pierna se extiende sobre las sábanas, revelando la curva de su cadera desnuda. Mis ojos quedan clavados al instante.

—Cállalo —Las palabras salen planas, automáticas, como si estuviera pidiendo una bebida, no un cadáver.

Dudo antes de responder, porque este es un momento delicado. No es cuestión de disposición —lo haré si es necesario—, pero el momento debe ser preciso o fracasará.

—Si se queda callado ahora, levantará más banderas de las que mata. Déjame manejarlo —Apoyo las yemas de los dedos en el escritorio, manteniendo mi voz nivelada aunque ya sé que Emilio odia los retrasos. Mis ojos se desvían hacia la forma de Alessia y me imagino cómo se ve debajo de esa sábana.

Deja otra pausa, como si estuviera pensando en lo que estoy diciendo, luego dice: —Tienes un día —Su voz se corta limpiamente, y sigue el silencio. La línea se corta, dejando tras de sí una miríada de cosas en las que pensar.

Sé lo importante que es tapar la olla para que las autoridades no relacionen a Gordo con la víctima, porque si lo hacen, los Bianchi no pararán hasta haber destruido a todos los hombres de Emilio, incluido yo. Pero no puedo simplemente eliminar al hombre responsable de ayudar a dirigir la investigación. Es estúpido en el mejor de los casos, mortal en el peor.

Mis ojos permanecen en su cuerpo, memorizando cada movimiento bajo las sábanas. Pero me aparto y vuelvo a desplazarme por los archivos reflejados, escaneando las cadenas de ADN y los marcadores mitocondriales con enfoque mecánico, como si la repetición pudiera calmar la inquietud en mi pecho.

Una vez que he confirmado los datos de nuevo, cambio de transmisión. Esta vez, pongo en cola las imágenes anteriores de la noche, el clip donde llegó a casa y se cambió. La veo desabotonarse la blusa y quitársela, doblándola con precisión inconsciente antes de alcanzar el dobladillo de su falda. La cámara lo capta todo: lo metódica que es, lo inconsciente. O quizá no lo sea. Tal vez sabe que estoy aquí, y esta es su forma de mantener el poder sin decir una palabra.

Rebobino el clip hasta el principio y veo toda la secuencia de nuevo: sus movimientos suaves, su postura tranquila, sus manos firmes. Examino la transmisión fotograma a fotograma, deteniéndome en el momento en que se quita la falda, el momento en que se agacha para recoger su ropa doblada, el momento en que los músculos de su espalda se mueven bajo su piel. Debería estar analizando las imágenes en busca de amenazas, de riesgos. Eso es lo que se supone que debo hacer. Pero no lo estoy haciendo.

Me acomodo en el asiento para estar más cómodo. La tensión en mi entrepierna hace que sea más difícil ignorar la forma en que mi cuerpo reacciona. Su espalda está desnuda mientras se mueve por la habitación, y no hay nada ensayado o artificial en ello. No posa ni actúa. Simplemente se desviste y se relaja porque cree que está sola y segura. Es impresionante sin intentarlo, y lo siento por todas partes. Presiono play de nuevo, dejando que las imágenes corran sin interrupción, y esta vez, no me molesto en fingir que es por vigilancia.

7

ALESSIA

El laboratorio está más tranquilo por la noche y hay menos posibilidades de que me encuentre con el Dr. Bernardi. La sala de examen está en penumbra, el pasillo exterior es estéril y vacío, y el habitual traqueteo de camillas y voces bajas se ha silenciado por la noche. No hay colegas rondando con preguntas que no quiero responder. Mantengo mi respiración medida mientras ejecuto el panel toxicológico por tercera vez, con los ojos fijos en el monitor mientras la máquina completa su proceso.

Me inclino sobre la estación de trabajo escaneando los resultados mientras se van mostrando línea por línea. La pantalla cobra vida y veo la misma lectura otra vez: cantidades mínimas de un compuesto sedante que no he visto en años. Sigo diciéndome a mí misma que algo no cuadra, pero sigo obteniendo los mismos resultados.

—Esto no puede estar bien —murmuro, entrecerrando los ojos. Presiono las yemas de mis dedos contra el borde de la encimera, intentando mantener la calma mientras los datos siguen parpadeando en la pantalla. He analizado la muestra tres veces ya, y no puedo creer lo que estoy viendo.

Comparo los resultados con la antigua base de datos que mantengo guardada en mi NAS. El compuesto coincide con la entrada en mis archivos. Aparece bajo varios alias, pero siempre

marcado como de uso restringido. Recuerdo haberlo visto una vez en una revisión de caso que Bernardi supervisó; no era mío, y nunca me informaron sobre su origen. No sé quién lo fabrica ni cómo circula, solo sé que es extremadamente poco común y no es algo que cualquiera use a la ligera.

Mi padre lo prohibió hace años, dijo que dejaba rastro. Fue una de las últimas conversaciones repugnantes que escuché de él antes de desaparecer de toda la familia y seguir mi propio camino. No debería estar viendo lo que estoy viendo, y no deberían ponerme en esta posición. Le dije que fingiera que estaba muerta, y en cambio está acechando mis horas de vigilia.

Si Matteo lo tenía en su sistema, alguien rompió el protocolo, o tal vez fue él. Quizás mi padre dio la orden y cambió de idea, o alguien más en su círculo íntimo actuó sin su conocimiento. La incertidumbre se retuerce en mis entrañas mientras intento reconciliar lo que sé de él con lo que estoy viendo frente a mí.

Camino de un lado a otro del laboratorio, con los brazos cruzados firmemente. La luz proyecta un baño estéril sobre las encimeras y el suelo que hace que todo se sienta frío e impersonal, pero yo me siento sucia. Mi piel me pica con malestar.

Cojo mi teléfono y busco el nombre de Chiara. Suena tres veces antes de que responda, y me siento mejor en cuanto oigo su voz.

—Estás despierta hasta tarde —contesta, con voz ligera. La oigo mover algo al fondo, probablemente la pila de libros que guarda junto a su cama.

Me siento en un taburete junto a la encimera con un resoplido.

—He encontrado algo. En el panel toxicológico de esta autopsia que estoy haciendo... —Cojo un bolígrafo y empiezo a garabatear en el margen de una carpeta ya llena de notas. Esto da a mis manos algo que hacer mientras estoy nerviosa.

Hay una pausa, y cuando habla de nuevo, su tono se suaviza.

—¿Qué necesitas de mí? —La voz de Chiara se vuelve más plana, pero la oigo moverse, probablemente sentándose erguida ahora.

—Si te envío algo, ¿puedes ayudarme a identificarlo? O más bien... ¿confirmar que estoy en lo cierto...? —Me sujeto el teléfono con más fuerza contra la oreja con el hombro y miro los informes

toxicológicos impresos; los números parecen nadar ligeramente mientras mis pensamientos corren. Me froto la nuca, sintiendo la ligera rigidez por el tiempo que he estado encorvada sobre mi trabajo—. Es un sedante.

—¿Qué tipo de sedante? —La voz de Chiara se agudiza ligeramente y sé que está más despierta. Me siento mal por interrumpir su sueño.

—M99... no está en el mercado. Es de uso controlado, y creo que tiene vínculos con el crimen organizado —Me recuesto saboreando las palabras amargas mientras las pronuncio, porque la verdad más profunda detrás de ellas es una que no quiero afrontar. Una que realmente no quiero que ella sepa sobre mí. Chiara no sabe nada sobre mi conexión con los Costa y me gustaría que siguiera así.

—Eso suena serio —dice Chiara lentamente. Puedo oír el cambio en su tono, todavía cautelosa, pero más centrada ahora—. Sabes que te ayudaré como pueda. Pero prométeme que tendrás cuidado. Esa mierda la usa gente bastante turbia. Sea quien sea el fiambre, podría ser peligroso.

—Lo tendré —digo, aunque no estoy segura de creerlo yo misma —. Es solo que... no puedo dejarlo pasar. Hay algo en esto que me está carcomiendo.

—No te estoy pidiendo que lo dejes —dice ella suavemente—. Solo que no lo hagas sola. Si estás viendo algo, habla con alguien que realmente pueda ayudarte, no solo conmigo. ¿No es bueno el Dr. Bernardi con estas cosas?

—No hay nadie más en quien confíe —admito, y me erizo ante su sugerencia. Bernardi sería la primera persona a la que acudiría, excepto que la forma en que ya cree que estoy ocultando cosas me pone los pelos de punta. Y si sabe que tengo una conexión personal con la víctima, todo mi trabajo será descartado. Pondrán a otra persona en este caso, y ese matón de la mafia que me sigue se acercará muy rápido.

—Bueno, esto te va a consumir. Simplemente pásaselo a ese técnico empollón.

Me presiono los dedos contra la sien, la tensión aumentando.

—Ya lo está haciendo.

Ella está callada un momento, luego pregunta:

—¿Quieres que vaya a tu casa?

Lo pienso un minuto y decido que no es lo que quiero. Tal vez una copa de vino y un baño caliente, no más preguntas, escepticismo o sermones.

—No —digo—. Solo hablar contigo ya ayuda. Simplemente necesitaba decirlo en voz alta.

—Entonces estoy aquí. Cuando quieras. ¿Y Alessia?

—¿Sí? —pregunto, sintiéndome un poco mejor y más lista para ir a casa e intentar dormir para asimilar esta nueva revelación.

—Ve a dormir un poco. O al menos túmbate —Sonrío ante su gentil intento maternal.

—Tú también. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgamos sin despedirnos. Me froto las manos por la cara y limpio el laboratorio. Nada ha cambiado realmente, excepto que ahora el nudo en mi estómago tiene un nombre: M99.

El camino a casa es corto pero tenso gracias a mi apuesto vigilante con el que ya puedo contar a estas alturas. Mis nervios vibran durante todo el trayecto porque me aterroriza que me acorrale y me pregunte qué he descubierto hoy.

El pasillo está silencioso cuando llego a mi planta, pero en el momento en que alcanzo mis llaves, siento una pizca de miedo deslizándose por mi espalda. La cerradura está arañada. La carcasa metálica ligeramente abollada, como si alguien hubiera intentado forzarla con una herramienta y luego se hubiera rendido. Me estremezco y paso el dedo por el borde.

Alguien ha estado aquí, intentando entrar en mi apartamento, y ha ocurrido hoy en algún momento. Juro que ese daño no estaba ahí cuando salí esta mañana.

Saco mi teléfono y escribo un mensaje rápido a Chiara para hacerle saber que estoy en casa sana y salva, pero miro por encima de mi hombro mientras lo hago, rezando para que quien fuera que estuviese aquí se haya marchado.

Alessia: 23:42: En casa. Hablamos mañana. Buona notte.

No espero una respuesta de ella porque estar de pie en este pasillo me hace sentir demasiado expuesta. Así que abro la puerta, entro y vuelvo a cerrar el cerrojo. Luego, busco en el cajón junto a la nevera y saco la pequeña pistola que guardo allí. Mi mano no tiembla, pero mi pulso se acelera mientras voy de habitación en habitación asegurándome de que estoy sola.

Reviso las habitaciones una por una: baño, dormitorio, armario. Nada está fuera de lugar, pero algo no va bien, o tal vez solo estoy demasiado asustada ahora.

Me quedo de pie en el centro de la cocina con la pistola en la mano, cambiando mi peso de un pie a otro, intentando decidir si estoy exagerando o no. No me gusta sentirme arrinconada en mi propio apartamento, pero algo sobre la cerradura me dice que no estoy imaginando lo peligrosa que es la situación en la que me encuentro. Agarro la pistola con más fuerza y miro fijamente la puerta intentando decidir si es seguro quedarme aquí.

Hay un golpe en la puerta. Los dos golpes sólidos están espaciados uniformemente y controlados, sin pánico ni prisa tras ellos.

Me quedo completamente inmóvil con la espalda rígida y mi mano apretada en la empuñadura de la pistola. El apartamento está en silencio, y escucho cualquier sonido posterior: un paso, una respiración, cualquier cosa, pero no llega nada.

Pasan unos segundos. Luego viene otro golpe, esta vez seguido de una voz.

—Alessia —La voz está amortiguada pero es familiar. Mis hombros se tensan mientras camino más cerca de la puerta y me pongo de puntillas para mirar por la mirilla.

Dejo escapar una ráfaga de aire de mis pulmones, un suspiro exasperado. No pienso ni por un segundo que Vinny fuera quien intentó entrar; es mejor que eso. Podría forzar la cerradura y entrar sin que yo lo supiera; casi podría apostarlo. Pero no me siento segura aquí ahora mismo, y él está aquí...

Abro la puerta pero dejo puesta la cadena.

—¿Qué quieres? —Mantengo mi postura firme, con los dedos curvados alrededor del tirador interior de la puerta, mi cuerpo

inclinado para cerrarla de golpe si lo necesito.

—Había alguien fuera cuando llegamos —dice—. Huyeron cuando doblé la esquina. Comprobé el perímetro, pero se han ido — Mantiene su voz nivelada, pero capto el destello de algo más frío en sus ojos: cálculo, o tal vez contención—. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Qué conveniente —murmuro, luego entrecierro los ojos a través del hueco en la puerta, mi pulso acelerándose mientras examino su rostro buscando el más mínimo signo de deshonestidad. Mi vientre se agita al recordar la forma en que me tocó la otra noche y pienso en por qué está en mi vida ahora mismo. Mi padre nunca enviaría a uno de sus hombres para vigilarme si pensara que podrían hacerme daño de alguna manera. Al menos sé que mi padre es civilizado en ese aspecto.

Él sí se preocupa, aunque sea de forma retorcida como lo demuestra.

Vinny encuentra mi mirada de manera uniforme.

—No estoy aquí para empezar algo. Solo quería asegurarme de que estabas bien —repite. Su postura no cambia, con las manos sueltas a los costados, como si supiera exactamente cuánto espacio ocupar para evitar ser amenazante. Sacudo la cabeza y suspiro.

—¿También me estás vigilando ahora? —pregunto mientras miro la cadena. La pistola en mi mano se siente como un peso muerto ahora.

—Sí. Ese es el trabajo —Su respuesta llega rápida como la de un soldado bien entrenado.

Cierro la puerta de nuevo y dudo, luego desenganchó la cadena y abro la puerta de par en par. Mis hombros están caídos en señal de derrota cuando digo:

—Pasa —Me hago a un lado con vacilación, aún sintiendo un hormigueo en la columna, pero saber que mi padre lo envió me da cierta tranquilidad. Un amigo violento es mejor que un enemigo desconocido. Si está aquí para protegerme de quien sea que mi padre piense que puede venir a por mí por este caso, puede hacer su trabajo mejor desde aquí dentro.

Entra sin comentarios. Cierro la puerta tras él, la vuelvo a cerrar con llave y coloco la pistola de nuevo en el cajón. Sus ojos siguen el movimiento, luego recorren toda la habitación antes de posarse en mí nuevamente.

—¿Siempre la mantienes cargada? —Su voz es más suave ahora, su mirada bajando al cajón mientras lo cierro con mano firme.

—Siempre... Sabes quién es mi padre —Me vuelvo hacia él lentamente, dejando que la implicación caiga donde debe.

Él asiente como si eso tuviera perfecto sentido, lo que solo me enfada más. No necesito más confirmación sobre por qué está aquí o qué le pidió mi padre.

Podría ser grosera y aparcarlo en el sofá mientras me ducho, pero decido que es educado ofrecerle una bebida. Así que me dirijo a la nevera y saco una botella de vino frío, luego cojo dos copas y las lleno.

—Si alguien quería asustarme, funcionó —Mantengo mi tono plano, incluso mientras levanto el borde frío de la copa a mis labios mientras le extiendo la segunda a él.

—¿Crees que ese era el objetivo? —Inclina ligeramente la cabeza, observándome con una quietud que me hace sentir vista y acorralada a la vez. Cuando toma la copa sus dedos rozan los míos y de nuevo recuerdo la delicada forma en que me tocó. Me hace acariciar inconscientemente mi mejilla y sus ojos siguen el movimiento.

—No. Creo que querían entrar y fallaron. Simplemente no esperaban que yo lo notara —Bajo la copa a la encimera y me recuesto cruzando los brazos sobre el pecho mientras lo observo sorber su vino.

Él cruza los brazos y se apoya contra la pared. Esto hace que sus bíceps sobresalgan bajo la camisa ajustada y mis ojos amenazan con salirse de mi cabeza.

—Tu padre nunca permitiría que alguien te hiciera daño —Lo dice como un hecho, no para consolarme, y me contengo antes de resoplar con risa.

Asiento con la cabeza.

—Lo sé —Exhalo lentamente y dejo ir la frustración de esa admisión.

—Y yo tampoco lo permitiría —Su mirada no se aparta de la mía y eso llama mi atención. Lo estudio cuidadosamente por un momento, notando una suavidad en su expresión que no estaba allí antes—. Sea lo que sea, no soy tu enemigo —Se inclina hacia adelante ligeramente, lo suficiente para cerrar parte del espacio pero no todo.

—Todavía no —Lo digo sin calor, pero no sin advertencia, dejándolo flotar entre nosotros como un desafío.

Él da una sonrisa corta, sin humor.

—Justo —Su boca se contrae, lo más cercano que he visto a una sonrisa que no fuera táctica.

Sorbo el vino de nuevo y miro el borde de la encimera. Hay algo en él que me desconcierta. Observa todo, dice poco, y sin embargo no siento realmente que me esté espiando o acechando.

—Puedes sentarte si quieres —digo, señalando la silla al otro lado de la habitación. Mantengo mi tono neutral y mi postura relajada, aunque mi pulso no se ha ralentizado desde que llegó.

Él la saca y se deja caer en ella, con los antebrazos apoyados en la mesa.

—Volviste a hacer el análisis toxicológico —No lo pregunta como una pregunta; ya sabe la respuesta y solo está probando cuánto admitiré. Me dejo caer en la silla junto a él sin darme cuenta de lo cerca que realmente está hasta que nuestras rodillas se rozan y él lo nota.

Levanto la barbilla mientras doy otro trago y pregunto:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque quieres respuestas, Alessia —Junta las manos sobre la mesa junto a donde deja su vino.

—¿Y qué crees que encontré? —Mantengo mi mirada en él, observando el más mínimo parpadeo de reacción en su rostro.

Él no responde. Dejo que la pregunta flote entre nosotros, sin terminar. No voy a divulgar mis secretos, pero no soy lo bastante tonta como para pensar que hombres como él no pueden acceder a algunos de ellos.

Es tarde. Mis extremidades duelen. El peso de todo lo que he descubierto presiona con fuerza contra mi cráneo, pero no le pido que se vaya porque en el fondo me siento más segura sabiendo que está aquí, incluso si mi padre lo envió.

Él tampoco se ofrece a irse, probablemente espeluznante en circunstancias normales, y Chiara me daría una bofetada, pero lo quiero aquí. Quiero dormir esta noche.

Cualquier tensión que queda entre nosotros no es afilada. No viene con dientes. Zumba bajo el silencio como algo esperando ser reconocido.

—Voy a ducharme... Puedes servirte más vino... —Poniéndome de pie, sorbo el resto de mi copa y la dejo en la encimera—. Y hay una almohada y una manta en el armario del pasillo, pero probablemente ya lo sabes, ¿verdad?

Mi pregunta está destinada a provocarlo para que admita que fue él quien estuvo en mi apartamento, pero él solo baja la barbilla y me mira a través de ojos entornados mientras me alejo, dejándome preguntándome si me estoy volviendo loca.

Al menos me sentiré lo suficientemente segura para dormir. Eso es lo que tengo que seguir diciéndome a mí misma.

8

VINCENZO

Me sirvo otra media copa de vino y la llevo conmigo por el pasillo, con los pies silenciosos sobre la madera. Pienso en el hombre en que me he convertido en los años que llevo en este trabajo: con qué facilidad sigo a la gente, entro en sus casas, aprendo sus costumbres y justifico todo esto como protección. Alessia no es tonta. Sabía que no solo estaba comprobando si estaba bien, pero me dejó entrar de todos modos. No porque confiara en mí, sino porque calculó el riesgo e hizo las paces con ello. Eso dice más de ella que de mí.

Abro el armario de la ropa de cama y cojo una almohada, luego la manta doblada de la estantería superior. Todavía huele ligeramente al detergente que usa, el mismo que he olido en ella cada vez que he estado cerca. Apenas registro el pensamiento antes de desecharlo y cerrar la puerta.

Entonces ella grita.

El vino se me escapa de la mano y cae al suelo, rebotando una vez antes de rodar bajo el radiador. Saco mi arma y corro. La puerta de su dormitorio está entreabierta, y no me molesto en llamar. La empujo, con el arma en alto, y entro a toda prisa.

Alessia está medio desnuda —sujetador, bragas, nada más— y se gira sobresaltada, con los ojos desorbitados. El vapor sale del baño

contiguo, la luz detrás de ella iluminándola como un halo que no tengo derecho a ver.

—¡Joder, Vinny! —grita ella, retrocediendo contra la cómoda—. ¿Qué demonios haces con tu pistola? —Sus ojos se dirigen al arma, luego a mí, su pecho subiendo y bajando como si estuviera lista para lanzarme algo a la cabeza.

—Gritaste —gruño, pero no bajo el arma hasta estar seguro de que estamos solos en la habitación y cualquier amenaza ha desaparecido. Reviso la habitación, luego la ventana.

El cristal está agrietado. No roto, pero fracturado en la base, justo en el pestillo donde alguien intentó forzarlo. Paso por delante de ella y me inclino para examinarlo. El cierre está torcido. Han utilizado herramientas recientemente. Quien intentó esto sabía lo que hacía, pero parece falto de práctica.

Ella agarra su bata de la cama y se la pone de un tirón, fulminándome con la mirada. —¿Crees que irrumpir en mi dormitorio mientras estoy medio desnuda va a ayudar? —Ajusta su bata más fuerte alrededor de su cuerpo y me lanza una mirada que podría cortar el cristal.

Enfundo el arma pero no retrocedo. —Quien intentó esto no estaba adivinando. Quería entrar. —Paso los dedos por el metal doblado, buscando marcas recientes, tratando de mantener mi atención lejos de cómo me está fulminando con la mirada vestida solo con una bata. Hace que mi pulso se acelere un poco y mi cuerpo está respondiendo a los trozos de piel desnuda que aún se ven. Todo en lo que puedo pensar es en verla desvestirse y meterse en la cama en ese monitor el otro día.

—Claro —espeta—. O tú lo preparaste. Otra táctica de miedo para que mantenga la boca cerrada. —Cruza los brazos, con los ojos fijos en los míos con aguda sospecha.

Enfrento su mirada directamente. —Si quisiera que guardaras silencio, habrías desaparecido antes de que alguien lo notara. —No levanto la voz, pero el aire cambia ligeramente entre nosotros.

La habitación crepita con tensión, y calor, por la proximidad. Su bata se desliza ligeramente de un hombro. No lo arregla. Dejo que

mis ojos disfruten por un momento antes de arrancarlos para encontrarme con su mirada furiosa.

—¿Es eso lo que es esto? ¿Eres inepto con las mujeres así que me acosas? ¿Mi padre te envió siquiera? —Alessia se mueve alrededor del pie de su cama y hacia la puerta del baño y la observo.

—Piensa lo que quieras, pero estoy aquí para ayudar. —Y aparentemente estoy aquí para conseguir una erección muy dura que estará muy disgustada cuando sepa que ella no quiere nada conmigo. Está furiosa mientras entra en su baño y oigo que cierra el agua.

Me ocupo inspeccionando de nuevo la ventana, que tendrá que arreglarse o no estará segura aquí. Puede que también necesite aumentar la seguridad o tendremos un lío en nuestras manos. Si Emilio piensa que está mal ahora, espera a que alguien mate a la hija de Gordo.

Alessia vuelve a entrar en la habitación resoplando y suspirando de manera exageradamente dramática. Es como si estuviera buscando una razón para estar enfadada y desahogarse, pero no sabe cómo estar enfadada o desquitarse conmigo personalmente.

Cruza los brazos. —Vinny. ¿En serio? —Planta una mano en su cadera, el filo en su voz contrastando con la curva de su boca como si estuviera tratando de no sonreír.

Arqueo una ceja. —¿Qué? —Levanto una ceja, más divertido que ofendido.

—Vinny es un nombre estúpido. —Lo dice sin rodeos, pero puedo notar que me está provocando.

Eso me hace reír. —Mis amigos me llaman Enzo —digo con naturalidad, pero observo su rostro en busca de una reacción de todos modos. Es definitivamente mi invitación para ella, pero sigue siendo antipática.

—No tienes amigos. —Se acerca más, y el fuego en su voz se siente menos como un insulto, más como un desafío.

—¿Tú crees que no? —Me encojo de hombros y cambio ligeramente mi postura, sintiendo el suelo bajo mis botas como si estuviera a punto de meterme en algo de lo que no puedo retractarme. Y quizás quiero hacerlo. Todo sobre esta situación es

una enorme bandera roja y me estoy precipitando hacia el acantilado sin paracaídas.

Ella se acerca más, ahora con ambas manos en sus caderas, y levanta una ceja hacia mí. —Eres el hombre más exasperante que he conocido —espeta.

—Deberías salir más —le respondo, cruzando los brazos solo para evitar alcanzarla.

—Eres arrogante, evasivo y me miras como si me estuvieras haciendo un favor solo por estar aquí. —Sus fosas nasales se dilatan y creo que es adorable.

—Estoy aquí porque alguien intentó entrar —digo—. Perdóname por no sonreír al respecto.

—Perdóname por no querer que me cuide un tipo con complejo de superioridad. —Sus ojos giran y yo resoplo con una risa.

—Nunca dije que fuera mejor que tú, mujer... —Su acusación hiere mi ego pero trato de reírme de ello. Quiere provocarme por alguna razón, y está empezando a funcionar mientras se acerca. Solo que no de la manera que ella cree.

—No tienes que hacerlo. Caminas como si fueras el regalo de Dios para las mujeres. —La mano de Alessia ondea en el aire, casi golpeándome, y agarro su muñeca y la sujeto con fuerza, manteniendo su mirada.

—Tú caminas como si fueras invencible pero estás caminando sobre suelos de cristal. —Mi agarre es firme pero no lo suficiente para dejar marca, y ella tuerce su muñeca para liberarse.

Se ríe, breve, afilada, molesta. —¿Sabes qué, Vinny...?

—Enzo —digo en voz baja.

Ella abre la boca para discutir de nuevo, pero no sucede. Se le corta la respiración. Su mano está a medio levantar como si fuera a abofetearme. En su lugar, agarra mi cuello y me atrae hacia ella. Su boca choca contra la mía antes de que alguno de los dos pueda decir una palabra más.

Suelto su muñeca y la agarro por la cintura, atrayéndola contra mí mientras sus manos se aferran al cuello de mi camisa. Sabe a vino, pero la parte embriagadora es cómo su lengua traza la línea de

mi labio mientras la aprieto contra mi cuerpo y froto mi dura erección contra su vientre.

Ella rompe el beso primero, respirando con dificultad. Su bata se ha deslizado completamente y la toalla está en un charco alrededor de sus pies.

Apoyo mi frente contra la suya. —¿De verdad crees que lo preparé? —Mantengo mi frente contra la suya, observando cómo sus ojos se mueven desde mi boca a la ventana rota y de vuelta.

No responde, pero se desabrocha el sujetador y un nudo se forma en mi garganta. Me besa de nuevo y esta vez sus dos manos están en las solapas de mi chaqueta tirando de mí hacia adelante mientras retrocede hacia su cama.

Su boca es más insistente, su necesidad palpable mientras se presiona contra mí. No dudo en levantarla y llevarla a la cama, dejando que sus piernas se envuelvan alrededor de mi cintura. Sus besos saben a desesperación y deseo, como si hubiera estado tratando de olvidarme tanto como yo a ella. Es como alimentar una adicción que nunca supe que tenía hasta ahora.

Mis manos recorren su cuerpo, aprendiendo cada curva y contorno bajo la fina tela de su bata. Puedo sentir su calor a través de la seda, y solo alimenta mi creciente hambre por ella. Su piel es tan suave, tan cálida, y no puedo tener suficiente.

—Enzo —gime, arqueando la espalda y exponiendo la hermosa extensión de su cuello. Gruño en respuesta, mi agarre en sus caderas apretándose mientras nuestros besos se intensifican. Ávidamente, recorro su clavícula con besos de boca abierta, dejando calor a su paso.

Mientras aparto el borde de su bata, la culminación de todas mis fantasías se revela ante mí. Sus pechos son perfectos, redondos y firmes, coronados con pezones endurecidos que ruegan por mi atención. Está acostada en la cama con su cabello esparcido salvajemente alrededor de su rostro mientras me arranco la chaqueta y luego la camisa. Sus manos alcanzan la bragueta de mis pantalones y la dejo desabrocharlos y sacar mi miembro duro.

Envuelve sus dedos alrededor de mi longitud, acariciándome hasta la completa atención mientras gimo de placer. Su mano

continúa trabajando mi extensión mientras me bajo los pantalones y me quito los zapatos antes de arrastrarme sobre ella, finalmente rompiendo su agarre sobre mí.

—Estás tan jodidamente buena, Alessia —gruño contra su piel. De repente necesito más de ella, tener cada centímetro de nuestros cuerpos presionados juntos. Pateo los pantalones y engancho mis dedos alrededor del elástico de sus braguitas negras de seda y tiro de ellas hasta que saca sus piernas y está expuesta para mí.

Deslizo mi mano por su estómago, causando que la piel se erice a su paso. Su respiración se entrecorta cuando alcanzo entre sus piernas, rozando sus húmedos pliegues. Está mojada y caliente para mí, y envía una sacudida directamente a mi miembro. —Estás empapada —susurro, mordisqueando su lóbulo de la oreja antes de morderlo ligeramente.

Sus caderas se arquean ante mi toque mientras froto su clítoris y extiendo la humedad. Lo que no daría por tener a esta fierecilla atada como mi juguete sexual toda la noche, pero si Gordo se enterara, nunca me dejaría en paz. Tengo que dejarla liderar.

—Fóllame... —respira, y tengo la sensación de que no es el vino hablando.

—Tan impaciente, *bella* —bromeo, pero no puedo culparla. Su aroma me está volviendo loco, y la necesito tanto como ella a mí. Paso mis dedos sobre sus pliegues calientes, introduciendo solo la punta de mi dedo dentro de su húmeda entrada. Ella gime, arqueando sus caderas hacia arriba, rogando silenciosamente por más.

Rozo mis labios contra los suyos. —Sabes tan bien, Alessia —gimo, queriendo saborear cada centímetro de ella—. Y te sientes aún mejor.

Sus uñas se clavan en mi espalda mientras trazo un camino pausado sobre su hinchado botón, hasta su entrada y más allá, luego de regreso. Puedo sentirla temblando debajo de mí, anticipando dónde irá mi boca a continuación. —Enzo —gime, y es lo más sexy que he escuchado jamás. Hace que mi sangre arda.

Me detengo ante su gemido, mi miembro palpitando de necesidad mientras miro su rostro. Sus ojos están cerrados, un rubor

se extiende por sus mejillas, y muerde su labio con placer. Quiero más de ese sonido. Más de ella.

Me coloco entre sus piernas, mi miembro engrosado anhelándola. Sosteniendo su mirada, rozo la punta contra su húmeda entrada, dejándonos sentir a ambos la electricidad entre nosotros. Observo cómo la realización amanece en sus expresivos ojos; esta vez, no hay forma de negar la lujuria entre nosotros.

—Joder —gruño, incapaz de aguantar más. Con pura fuerza de voluntad, entro en ella lentamente, centímetro a dolorosamente lento centímetro. Sus paredes me agarran con fuerza, ondulando a mi alrededor en placer y bienvenida. Ella gruñe y se arquea en la cama mientras llego hasta el fondo y comienzo a empujar.

Su humedad nos cubre, nuestros cuerpos moviéndose juntos en un ritmo que parece como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro. —Joder, se siente tan bien —gime, y es como gasolina en un incendio ya furioso.

Alcanzo para acariciar su pecho, rodando el pico dolorido entre mi pulgar e índice mientras continúo mi ritmo implacable. Sus ojos se abren sorprendidos antes de ponerse en blanco de éxtasis. —Oh, joder, sí —gime, sus dedos de los pies curvándose de placer—. Más.

Con un gruñido de hambre y necesidad, aumento mi ritmo, tomándola más fuerte, más profundo. Quiero estar profundamente dentro de ella para siempre, marcándola como mía. Mi mirada se encuentra con la suya mientras nos movemos juntos, nuestros cuerpos en sintonía con el ritmo del otro como si siempre hubiéramos sabido que este momento llegaría.

Deslizo una mano entre sus muslos, encontrándola mojada y dolorida por mí. Mi miembro palpita, pero me contengo, provocando su hinchado clítoris con la yema de mi dedo mientras continúo moviéndome dentro de ella. Un quejido escapa de sus labios mientras muerde su labio inferior. —Enzo... Más...

—¿Te gusta eso, verdad? —digo en su oído, deleitándome en su entrega.

—Dios, sí —gime, arqueando su espalda e invitándome más profundamente en su estrecho calor. Por mucho que quiera

complacerla, no puedo evitar sentirme posesivo, territorial. Ella es mía esta noche... y tal vez más si juego bien mis cartas.

Las uñas de Alessia se clavan en mis hombros, dejando rastros sangrientos mientras se retuerce debajo de mí.

Estoy perdiendo el control, su estrecho calor ordeñándome con cada embestida, y sus bajos gemidos de placer son la música más dulce para mis oídos. —Bella —gruño, mi voz un retumbo profundo mientras empujo más profundo, más fuerte. Está tan mojada, tan estrecha, y perfecta en todos los sentidos. No quiero soltarla nunca.

—Yo... —gruñe, y lo siento antes de que pueda expresarlo. Su coño se cierra con fuerza sobre mi polla, haciendo imposible embestirla. Está tan apretada que tengo que ser deliberado en la forma en que la follo, y eso me envía al límite.

El éxtasis me invade, y soy impotente contra él. Su nombre está en mis labios mientras vacío todo lo que tengo en ella, desplomándome sobre su forma empapada en sudor. Mi pulso late en mis oídos, y el suyo también, chocando contra el mío en un ritmo errático que lentamente comienza a normalizarse.

—Madre mía —jadea, y yo solo puedo asentir en acuerdo mientras recupero el aliento. Lentamente, me doy cuenta de que mi peso está sobre ella y ruedo hacia un lado, llevándola conmigo para descansar de lado. Mi mano acaricia distraídamente su cadera mientras mi ritmo cardíaco vuelve a la normalidad, pero la oleada de adrenalina se ha desvanecido. Todo lo que queda es un agotamiento saciado y una lujuria persistente en mis venas.

Alessia se acurruca contra mí suavemente y la sostengo, presionando un beso en la parte posterior de su hombro. No dice nada, lo que dice más de lo que ella cree, y cuando empiezo a alejarme, agarra mi muñeca y la devuelve sobre su cuerpo. Así que me acomodo, subiendo las sábanas por encima de nosotros, y me acuesto a su lado mirando al techo mientras ella comienza a quedarse dormida.

Han pasado muchas cosas cuando me han puesto a vigilar a un objetivo antes, pero acostarme con ellos no es una de ellas. He cruzado una línea que no puedo descruzar, pero no puedo decir que me arrepienta.

Gordo se enfadará.

Emilio no lo entenderá.

Pero lo hecho, hecho está.

Ahora tengo que convencerla de que me deje mantenerla a salvo o quien sea que intentó entrar aquí hoy podría conseguir lo que quiere.

9

ALESSIA

Me despierto con sábanas frías y el sonido del radiador retumbando por todo el apartamento. El lado de la cama de Enzo está vacío. Ni una nota, ni un mensaje. Solo la más leve hendidura en la almohada donde había estado su cabeza y el persistente aroma de su colonia.

Me obligo a levantarme de la cama cuando lo que realmente quiero es quedarme allí y darle vueltas a lo ocurrido y a lo que significa. El calor de la ducha me ayuda a despejarme un poco, pero lo que verdaderamente me ayuda es el rápido paseo por la ciudad.

Cuando llego al laboratorio, el día ya ha comenzado mal. La máquina de capuchinos está estropeada. La recepcionista me mira como si la hubiera ofendido personalmente. Luego abro la puerta de mi despacho y encuentro a Luca Bernardi apoyado en mi escritorio como si fuera el dueño de todo el departamento, aunque en realidad solo es el supervisor encargado. Los altos cargos no le ponen freno.

Levanta una ceja.

—Llegas tarde —dejo caer mis llaves en la bandeja junto al microscopio, permitiendo que el ruido metálico resuene por la habitación y no me molesto en disculparme. Si espera una, se llevará una decepción.

—Está usted en mi silla —le digo secamente, lanzando mi bolso sobre la encimera. Me muevo hacia él sin romper el contacto visual, obligándole a reconocer mi presencia. No es un mal jefe, pero este cadáver en el que hemos estado trabajando parece haber sacado un lado oscuro en él que choca con lo que mi padre espera de mí.

Se queda donde está, deliberadamente, así que tengo que caminar físicamente a su alrededor para conseguir una silla diferente. Su camisa está suelta por el cuello, y su bata de laboratorio no está a la vista, dándole el aire de alguien que piensa que las normas solo se aplican a sus subordinados, no a él. La sonrisa en su rostro es lenta y estudiada, pero no llega a sus ojos... espeluznante.

—He oído que has estado trabajando hasta tarde —dice Luca, hojeando distraídamente la pila de expedientes que dejé sobre mi escritorio—. ¿Semana estresante? —levanta un archivo y lo abre como si estuviera leyendo por diversión, no por su contenido. Sus dedos dejan leves manchas en la esquina de la carpeta, y hace que me pique la piel.

Me cruzo de brazos.

—¿Necesita algo de mí, señor? —mi tono es más cortante de lo que pretendía, y veo cómo su mandíbula se tensa. Los músculos de su cuello se flexionan como si estuviera conteniendo algo.

Me mira desde el archivo, con ojos ahora penetrantes.

—El grupo de investigación tiene preguntas. La Policía está esperando. Están impacientes por respuestas y creen que estás ocultando algo —deja el archivo lentamente, observando mi reacción como si estuviera midiendo mi pulso y respiración.

Lo miro fijamente mientras la tensión comienza a arremolinarse en mi pecho. No puedo leerlo bien ahora mismo, algo en lo que normalmente soy buena, pero acostarme con Enzo anoche me ha trastornado la cabeza. No sé ni dónde estoy parada.

—¿Me está amenazando? —no me estremezco, ni siquiera cuando cambia su peso como si pudiera acercarse más. Mi columna se mantiene recta.

Chasquea la lengua.

—Una advertencia amistosa. Pareces cansada. Deberías descansar más —señala despreocupadamente hacia mi silla, como si me estuviera haciendo un favor al mantenerla caliente. La arrogancia en ese movimiento me revuelve el estómago.

—Necesito espacio para hacer mi trabajo —digo, mirando hacia mi escritorio para no tener que mirarlo a los ojos. El aire entre nosotros se tensa, y capto el destello en sus ojos antes de que controle su expresión. Es confirmación suficiente de que tiene algo contra mí por alguna razón. Da un paso adelante, de repente todo profesional.

—Suficientes excusas. Necesitamos resultados —dice, con voz cortante—. Termina hoy mismo las pruebas de esas muestras restantes y finaliza tu informe. El grupo de investigación quiere avances antes de que este caso se enfríe, y no permitiré que piensen que mi laboratorio está arrastrando los pies —espera un momento para que asimile sus palabras; luego se levanta y se dirige hacia la puerta como si el asunto estuviera zanjado.

Sostengo su mirada un segundo más, luego me siento antes de darle una bofetada.

—Por favor, salga de mi despacho —señalo hacia el pasillo como si estuviera despidiendo a un técnico, no a mi jefe. Mi mano tiembla ligeramente, pero la mantengo firme.

Se marcha, pero no sin antes mostrar esa misma sonrisa fina que dice que sabe más de lo que me está contando. La puerta se cierra tras él y yo exhalo un suspiro de frustración, apoyando los codos en mi escritorio y cubriéndome la cara. Estoy siendo presionada desde ambos lados: Enzo, que quiere que oculte pruebas, sin duda, y Bernardi, que solo quiere que haga mi trabajo, que descubra la verdad.

Ninguno de los dos me da espacio para respirar. Un hombre quiere lealtad; el otro exige resultados, y estoy atrapada intentando servir a ambos sin perderme en el proceso. Me siento como un cable vivo tendido entre dos líneas eléctricas, a punto de romperse. No hay término medio. Nadie en quien confiar. Y cada vez que creo haber encontrado mi equilibrio, alguien mueve la línea otra vez. Odio

la sensación de que, sin importar hacia dónde me incline, estoy traicionando a alguien.

El resto del día avanza pesadamente y nada encaja. Estos expedientes se sienten más pesados cuanto más los miro. No dejo de pensar en lo que el Dr. Bernardi no dijo, en lo que insinuó. Cuando se le escapó la palabra "grupo de investigación", supe a qué se refería. No solo están buscando a un asesino; están tratando de construir un caso más amplio: Artículo 416-bis: asociación criminal con vínculos mafiosos. Si me equivoco, toda la investigación podría derrumbarse.

Pero si hago lo que Bernardi quiere, yo personalmente condeno a mi padre a una vida en prisión y probablemente también a hombres asociados con él... como Vincenzo. Como el tío Emilio...

Salgo del trabajo sintiéndome tan agotada que quiero derrumbarme. Para cuando llego a casa, me duelen los pies y hay un pulso intenso creciendo detrás de mis ojos. Me quito los zapatos y me froto las sienes, pero la presión no cede. El apartamento se siente demasiado silencioso esta noche. Como si él nunca hubiera estado aquí.

Quizás debería sentirme aliviada, porque, después de todo, huí de mi legado y del nombre de mi padre. Hasta que Enzo irrumpió en mi vida y ese cadáver llegó a mi mesa, yo era Alessia Leone, destacada médico forense. No Alessia Costa, hija de un sicario de la mafia. Dejé ese mundo atrás cuando cambié mi nombre, y Enzo durmiendo en mi cama amenaza con succionarme de vuelta a ese agujero negro del que escapé.

No me molesto en usar un vaso. Me bebo el último centímetro de whisky de un trago y me siento a la mesa de la cocina, contemplando las vetas de la madera. Mis ojos trazan cada línea, siguiendo el patrón arremolinado como un laberinto. Mis dedos golpean rítmicamente la base de la botella con un ritmo lento y constante, un metrónomo para mis pensamientos.

Mi teléfono vibra con un número encriptado, uno que he memorizado pero nunca guardado, aunque siempre supe que volvería. Es el único vínculo que queda, pero no puedo soportar romperlo aunque sé lo que significa. El sonido atraviesa la

habitación, y una sacudida me recorre como una chispa de electricidad estática, haciéndome sobresaltar.

—Diga —contesto. Mi voz suena más firme de lo que me siento. Me apoyo contra la mesa con una mano, la otra agarrando el teléfono como si pudiera dejarlo caer. Estas llamadas siempre me asustan y ni siquiera es que le tema. No tengo miedo de mi padre en absoluto. Tengo miedo de lo que significa mi futuro si él está en él.

La voz de mi padre suena, tensa y baja.

—Alessia, tesoro. Deja de indagar, figlia mia —la forma en que dice mi nombre me oprime la garganta. Escucho la emoción en su tono, la forma en que se preocupa por mí. Nunca he dudado que me quiere. Pero hay una aspereza ahí que no había oído antes.

Me siento más erguida.

—¿Dónde estás? —me levanto sin darme cuenta, ahora paseando con pasos cortos y bruscos. Las paredes parecen inclinarse hacia mí, tratando de derrumbar la vida que he construido para mí misma, y todo lo que él tuvo que hacer fue llamar para que sucediera.

—No importa, Lessi. Cuanto más sepas, peor se pone esto. Intenté mantenerte fuera de esto —hay frustración detrás de sus palabras y un cansancio que parece que está sopesando cuánto decirme. Como si quizás estuviera dependiendo de mí de maneras que sabe que no puedo ofrecerle.

Apoyándome en la barra, me froto la frente y suspiro.

—Entonces, ¿por qué enviar a Vincenzo? ¿Por qué fingir que me estás protegiendo? —mi voz se quiebra en los bordes y desearía no haberme bebido todo ese whisky.

—Yo no lo envié. Fue Emilio, figlia mia. No se suponía que te acercaras tanto. Te juro que le dije que se mantuviera al margen — exhala pesadamente, como si la admisión le costara algo, y cada palabra gotea resignación.

—¿Cerca de qué? ¿De la verdad? ¿De lo que le hiciste a Vescari? —me enderezo y miro por la ventana oscura, sin ver nada. Las luces de la ciudad se difuminan tras mi reflejo, pero sé que está ahí fuera en algún lugar, escondido en algún agujero que cavó para evitar ser responsable y hacer lo correcto.

Se mantiene firme con una actitud que conozco bien.

—No todo es lo que parece. Déjalo estar —sus palabras me golpean como solían hacerlo cuando era más joven. Nunca tuvo que ponerme una mano encima porque yo sabía que no debía enfadarlo. Ya ha decidido que voy a seguirle el juego y esto es una especie de aviso.

Hago una pausa, escuchando. Hay ruido de fondo: bocinas, tráfico, alguien gritando en un dialecto que no es romano. Pasos que resuenan sobre piedra.

—No estás en Roma. ¿Dónde estás? —presiono el teléfono más fuerte contra mi oreja, esforzándome por captar cualquier detalle. Mi corazón late una vez, con fuerza.

No responde.

—Papá... —apenas logro pronunciar la palabra antes de que el clic ponga fin a la llamada. Corta el aire —y mi corazón— como una cuchilla.

La línea se corta. Mi mano permanece congelada junto a mi oreja, con el teléfono presionado como si pudiera hacer que la conexión volviera a existir. Pero él se ha ido hace tiempo como un fantasma en la oscuridad y ahora tengo más preguntas que respuestas. Sabe que encontraré cosas y tiene miedo de que las use.

Me quedo allí durante mucho tiempo con el teléfono todavía en la mano. El aire de mi apartamento se siente más espeso y más difícil de respirar, pero todo está en mi cabeza. Sé que Vincenzo está sentado fuera en su furgoneta vigilando —él o alguno de sus hombres— y nadie puede acercarse a mí sin que lo vea. Y sé que mi padre no me hará daño, pero eso no significa que otros no lo intenten.

Cuando finalmente respiro, lo hago superficialmente. Rebusco en mis armarios con la esperanza de encontrar cualquier botella de vino o whisky y me quedo con las manos vacías, así que me resigno al hecho de que esta noche el sueño vendrá difícilmente.

Entonces cierro con llave todas las puertas, compruebo dos veces las ventanas y me siento al borde de la cama con las luces aún encendidas. Mi columna no se relaja, ni siquiera cuando lo intento.

No es la advertencia de mi padre lo que me asusta. Es que haya llamado. Y que él también esté huyendo.

10

VINCENZO

El hombre que espera en el callejón no deja de mirar su reloj como si llegara tarde a algo. Es delgado y nervioso, con ojos que no paran de examinar el espacio a su alrededor. Los informantes como este no duran mucho, no porque alguien acabe con ellos, sino porque siempre piensan que alguien lo hará. El miedo convierte tu cerebro en papilla con el tiempo, y este parece particularmente susceptible a ello.

Enciendo un cigarrillo y me apoyo contra la pared frente a él, dejando que venga a mí. Tengo tiempo, no todo el día, pero tampoco tengo prisa. La información que necesito es más importante que sacársela apresuradamente y obtener mentiras o hechos teñidos de miedo que están a medio cocer y son inútiles.

Se acerca a mí después de un minuto. Sus ojos siguen moviéndose nerviosamente por el callejón, pero al menos está haciendo su movimiento.

—No fue autorizado —dice, cambiando el peso de un pie a otro como si temiera que el suelo pudiera abrirse bajo él. Me tiene terror, y hace bien. Si me miente, lo mataré.

—¿Vescari? —mantengo mi voz uniforme, pero mis ojos se clavan en los suyos mientras le doy una calada a mi cigarrillo. Cuando Emilio me dijo que alguien había llamado para decir que tenían

información para mí, pensé que me reuniría con alguna figura sombría. Este imbécil probablemente sea un sicario contratado, alguien todavía en formación para cualquier posición que busque y, por lo que parece, está fracasando.

Asiente, tirando de la capucha de su sudadera hacia arriba como si pensara que ocultará su rostro.

—Lo trasladaron a una ubicación secundaria. No fue la policía, ni su familia. —Se frota la nuca, mirando por encima del hombro como si le estuvieran siguiendo. Me está contando mierdas que ya sé, excepto por lo de la ubicación secundaria. Eso es nuevo.

—¿Drogas? —entrecierro los ojos y doy un paso más cerca, observando el tic en su respuesta mientras sacudo la ceniza de mi cigarrillo encendido.

—Probablemente... no hay muchos detalles, tío. —Su voz baja, y encorva los hombros, volviéndose para comprobar el callejón de nuevo. Está demasiado nervioso. Nunca sobrevivirá aquí fuera.

Aplasto el dinero bajo mi bota.

—Y no sabes quién lo hizo. —Le doy otra calada y lo miro, escéptico de que esté siquiera sobrio. Parece que está colocado o algo así.

—No sé nada, colega. Vescari fue trasladado. Eso es todo lo que digo. —Me mira y luego aparta la mirada, como si se arrepintiera de haber abierto la boca. Después se inclina hacia mí—. Si tuviera que adivinar, extraoficialmente, no fue un ajuste de cuentas. Y desde luego no fue algo autorizado por los Bianchi. Yo diría que fue un crimen pasional. Alguien le dio una buena paliza y luego intentó hacer que pareciera que no habían sido ellos. —Su voz baja a un susurro, y retrocede hacia la sombra de la pared.

Mi mandíbula se tensa.

—Así que alguien lo trasladó sin permiso, lo interrogó fuera de los libros, y ahora está muerto. —Dejo que las palabras se asienten, observando su reacción más que esperando una respuesta.

Asiente.

—Y estás haciendo las preguntas equivocadas si solo estás mirando el cadáver. —Retrocede un paso, ya tratando de

desaparecer en el callejón—. Tienes que revisar todas las casas francas de Costa, tío.

Le lanzo más ceniza de cigarrillo, la aplasto y me alejo, y él no me sigue. Listo. Lo último que necesito ahora es tener que limpiar mi propia escena del crimen. Si cree que revisar las casas francas de Emilio es la manera de obtener más respuestas, sabe más de lo que deja entrever, o las personas que lo enviaron con información saben más.

Me meto en el coche, termino el cigarrillo en el cenicero y me incorporo al tráfico. Las palabras del informante resuenan mientras me dirijo a la oficina de Emilio, con el motor zumbando. No sé qué espero oír cuando se lo diga, pero sé que no le gustará saber que Gordo tuvo los cojones de interrogar a Vescari y golpearlo, luego trasladarlo y asesinarlo. Un lugar de limpieza ya es bastante malo, pero dos significa más trabajo. Si es que podemos encontrarlo.

Emilio está caminando de un lado a otro. Así sé que no está de humor para escuchar nada de lo que tenga que decir, pero se lo digo de todos modos porque me paga para llegar al fondo de las cosas. Cuando entro, se detiene y me mira fijamente. Su traje blanco está arrugado de haberlo llevado todo el día, y sus ojos tienen ojeras debajo.

—Lo mantuvieron en otro lugar antes de morir. Drogado, quizás, pero no fue su familia. —Hablo con calma, observando cada movimiento de Emilio mientras le doy la noticia.

Deja de caminar y se gira.

—¿Quién lo hizo? —Se detiene en seco y me mira fijamente, como si fuera a sacar un nombre de mi bolsillo como un jodido conejo, pero aún no tengo todas las respuestas. Está nervioso y entiendo por qué. Está tratando de demostrar que fue su hermano para tranquilizar su mente sobre por qué Gordo desapareció, y necesita protegerse en caso de que las autoridades reúnan suficientes pruebas.

—El informante no lo sabía, pero está seguro de que no fue alguien de nuestras filas jodiéndola. Y no fueron los Bianchis. —Me cruzo de brazos y me apoyo contra la pared, dejándole darle vueltas al asunto—. Es Gordo, tío. Tienes que dejarme trabajar en esto de la

manera correcta, jefe. Si la *polizia* pone sus manos en un mal informe, llevará a un 416-bis. Sabes que si eso ocurre, todos caemos. Ningún sicario en todo el país podrá hacer desaparecer tanta evidencia.

Emilio murmura algo entre dientes, luego refunfuña:

—Luca Bernardi. Ese pequeño cabrón está demasiado cerca de esto. Actuamos ahora. —Emilio golpea la palma de su mano contra el escritorio, haciendo temblar un vaso medio vacío de grappa.

—No podemos —digo, manteniendo su mirada y negándome a parpadear—. Todavía no. —Mantengo mi tono calmado, firme; alguien tiene que serlo. Estoy negando con la cabeza porque es demasiado impulsivo. Por esto es que su hijo necesita tomar el mando ya. Alguien tiene que controlar su impulsividad.

—El caso 416-bis está ganando terreno. No tenemos tiempo para esperar. —Comienza a caminar de nuevo, con una mano agarrando la parte posterior de su cuello. Puedo ver cómo se le hinchan los ojos y sé que está enfadado y perdiendo contacto con la realidad.

—Y si lo matamos ahora, le entregamos a Greco un mártir —contradigo, interponiéndome en su camino para hacer que se detenga y escuche—. Retenemos cualquier actividad adicional hasta que veamos la respuesta de los Bianchi. Lo tengo bajo control, jefe. Déjame ocuparme de Alessia. —Dejo que el nombre quede en el aire, observando el efecto que tiene en él.

—No puedes dejar que esto vaya a juicio. Sé que es mi sobrina, pero si matarla es la única manera de mantener las cosas en silencio...

—No —digo con firmeza—. Si la matamos, redoblarán esfuerzos. Investigarán su muerte y verán que está conectada, y eso les dará más pruebas. Esperamos y la presionamos para que haga lo correcto por nosotros.

—¿Y si no lo hace? —pregunta, entrecerrando los ojos. Puedo ver la furia detrás de ellos, pero a estas alturas está inclinándose hacia mi lógica.

—Lo hará...

Después de otros veinte minutos convenciéndole de que confíe en mí, me escabullo. El calor ha subido aproximadamente a la

temperatura del sol, y con Bernardi y Greco presionando para abrir su investigación 416-bis, necesito aplicar más presión sobre Alessia, así que ahí es donde voy. Su laboratorio a estas horas es una posibilidad remota, pero mis chicos fuera de su apartamento dicen que aún no ha vuelto a casa.

Alessia levanta la mirada en el momento en que entro en el laboratorio; sus ojos están oscuros de irritación, o tal vez sean nervios. No pregunta por qué estoy aquí, pero tampoco parece sorprendida de verme. Deja su bolígrafo y me mira mientras me acerco.

—¿Has oído si Bernardi está formando un grupo de trabajo? —Mantengo mi voz baja, observando el tic en sus dedos. Desearía que fuera tan fácil como explicarle lo que significaría si no falsifica ese informe antes de que sea demasiado tarde, pero el simple hecho de nacer en la familia no te hace leal. Trabaja para el enemigo número uno, y eso la convierte en un riesgo.

—No —dice, desviando sus ojos de los míos demasiado rápido. Su respuesta es plana e inmediata, un poco demasiado rápida para ser convincente. Vuelve a coger el bolígrafo y finge tomar una nota, lo que delata su ansiedad. Frotándome el puente de la nariz, pienso en cómo se desarrollará esto cuando se dé cuenta de que o nos protege o la matarán.

La observo por un momento.

—Abrirán uno pronto, y entonces las cosas se moverán más rápido. No podemos permitirnos ruido, Alessia. —Acercándome a ella, noto su tensión, la forma en que sus hombros están rígidos. Está atrapada en este lío sin razón propia, y sé que probablemente todo lo que quiere es que esto desaparezca.

—Gracias por la actualización —dice, tirando su bolígrafo sobre el escritorio—. Alertaré a la prensa. —Su sarcasmo apenas cubre la tensión en su voz.

—No hagas eso —digo con calma, acercándome más para que pueda sentir la advertencia en mi tono—. No te pongas hostil conmigo. Estoy aquí para ayudarte. Estoy tratando de protegerte. —Aunque eso es solo una verdad parcial, lo digo más en serio hoy que hace más de una semana cuando se lo dije por primera vez.

Acostarse con una mujer cambia la forma en que la miras, y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.

Se pone rígida, pero no levanta la mirada.

—Si estás aquí para intimidarme, esfuérzate más. No te tengo miedo. —Gira su silla ligeramente, probablemente para evitar mirarme, pero noto lo asustada que parece. Quiero extender la mano y frotarle los hombros, aflojar algo de esa tensión.

—No estoy aquí para asustarte, Bella. —Niego con la cabeza una vez, luego doy un paso más cerca—. Estoy aquí para decirte que lo único que te mantiene fuera de la mira en este momento es tu apellido, y hasta eso está empezando a desgastarse. —Cruzo el espacio entre nosotros para pararme detrás de ella. Huele a una extraña mezcla de perfume y productos químicos. Le aparto el pelo por encima del hombro y dejo que mi mano se demore mientras mis nudillos rozan su mejilla.

Eso consigue su atención. Su cabeza gira ligeramente como si estuviera mirando mis zapatos y luego a mí.

—Así que esto es sobre mi padre. —Su voz es plana, pero puedo ver más tensión subiendo a sus hombros.

—Emilio sabe que mató a Matteo. Nadie finge lo contrario. —No lo endulzo, ni parpadeo.

Exhala por la nariz, brusca y enfadada.

—Entonces, ¿por qué sigo aquí? ¿Por qué no me habéis arrastrado a la calle todavía? Tengo las pruebas. Hice la prueba. Sé cómo va esto. —Su voz vacila, pero aprieta los dientes con firmeza.

—Porque yo les dije que no lo hicieran. —Observo su cara mientras lo digo, sin saber cómo le afectará. Dejo que las palabras caigan—. Pero no puedo protegerte si dices lo incorrecto a la persona equivocada. Greco quiere un titular. Se lo das, y estás acabada. Emilio... él no quiere... —Mantengo mi voz baja, como si ya estuviera lamentando lo que viene después si la jode.

—Estás tratando de manipularme. —Se aparta del escritorio, con los ojos fijos en los míos con aguda desafío mientras finalmente se gira para encararme.

—No —digo, sosteniendo su mirada sin parpadear—. Estoy tratando de mantenerte con vida. —Mi mano se eleva para acariciar

su mejilla y ella desvía la mirada.

—¿Por qué me matarían? —Su labio inferior tiembla mientras hace la pregunta, pero sé que ya conoce la verdad. Las ratas en este negocio no son bienvenidas. Ella no está en el negocio, pero conoce las apuestas, y eso la convierte en carnaza para gatos.

—Alessia, confía en mí. Quiero que retrocedan, pero la única manera es si no les dices lo que sabes. Y o cambiamos las pruebas o tenemos que quemar el cuerpo. —Estoy en este tipo de trabajo, así que me sale de forma natural. Pero ella no. Es inocente de todo esto, habiendo huido antes de saber demasiado.

—Por favor, vete —dice con firmeza y yo suspiro y retrocedo.

Mi tiempo será mejor empleado manteniéndola a salvo de cualquier interés de los Bianchi por ahora. Ellos querrán la verdad pero tampoco querrán que se abra el caso 416-bis. Arrastrar el nombre de Vescari a esto significará la caída de múltiples familias romanas, y si ella no coopera, quedará fuera rápidamente.

La dejo sola para que procese lo que he dicho y no sé qué hará. Hasta ahora su vida ha quedado en paz porque Gordo puso una recompensa sobre cualquiera que se le acercara. Ahora quién sabe.

El viaje al otro lado de la ciudad es silencioso excepto por el zumbido del motor y el ocasional zumbido de un mensaje que ignoro. Mi ruta me lleva por las calles traseras del Trastevere, callejones estrechos y escaparates cerrados que pasan como una película que he visto demasiadas veces. Me detengo a una manzana de la última casa franca que dejamos de vigilar, un lugar que ni siquiera Emilio menciona ya. Si Gordo mantuvo a Vescari escondido en algún lugar fuera de registro, este es el sitio más probable.

La casa en Via Portuense es uno de los lugares tranquilos de la familia: sin marcar, raramente utilizado. No tiene cámaras en absoluto, ni seguridad importante. Tiene un teclado numérico y el tipo de aislamiento en las paredes que crea una atmósfera más silenciosa en el interior, no para bloquear el ruido de la ciudad, sino para mantener los sonidos de tortura dentro. Si Gordo iba a hacer algo, este sería el lugar.

Dentro, el lugar huele a lejía, pero el suelo cuenta una historia diferente. Hay marcas de arrastre en el suelo y una mancha de algo

oscuro cerca del desagüe en el fregadero de la cocina que podría ser sangre. Reviso las rejillas de ventilación, debajo del fregadero, las juntas de las ventanas, y no encuentro nada. Mis ojos examinan cada superficie, cada esquina, cada estante y armario. Parece que podría llevar horas desmontar completamente este lugar, pero mis ojos se fijan en algo.

El enchufe cerca de la habitación trasera está suelto, así que me acerco y lo abro con una llave. Dentro, encuentro un trozo de papel doblado y un teléfono desechable con la tarjeta SIM fuera, escondido detrás de cables expuestos. Cuidadosamente, los saco mientras uso mi llavero para mantener los cables con corriente a un lado. Quien escondió esta mierda aquí no estaba jugando. Creo que esperaban que alguien viniera a buscar y recibiera una descarga.

Meto tanto la SIM como el papel en el bolsillo de mi chaqueta sin pensarlo dos veces. Si hay un historial de llamadas en esa SIM, podré extraerlo, tal vez otras cosas también. Aunque si Gordo es inteligente, no habrá dejado tantas pruebas en ningún lado. Aun así, si existe la posibilidad de que fuera Vescari quien puso esto aquí, podemos usar lo que sea que haya en esto para ayudar a convencer a Alessia de hacer lo correcto.

Que Gordo trajera a Vescari de vuelta a una de las casas francas de Emilio no solo fue estúpido, fue imprudente: el primer error en una línea de enormes cagadas. Si no enterramos esto rápido, será la grieta que hará caer toda la maldita casa.

Vuelvo al coche con la SIM quemándome un agujero en el bolsillo. Quiero investigar esto y encontrar cualquier otro cabo suelto que haya por ahí para poder atarlos y colgar la investigación 416-bis de Bernardi por su flaco cuello y dejar esta pesadilla atrás.

11

ALESSIA

Transcurren tres días llenos de tensión y silencio, cada uno apretando más el nudo alrededor de mis nervios mientras espero a que caiga la siguiente bomba. Enzo o alguno de sus hombres me sigue hasta el trabajo y de vuelta, a las tiendas, a la peluquería para mi corte de pelo. Quisiera decir que me siento segura, pero no es así.

Incluso el trabajo no es normal. Nada se siente bien ya; el ritmo del laboratorio ha decaído, y todos lo saben. La gente habla en medias frases a mi alrededor, con tonos bajos y miradas evasivas. El Dr. Bernardi revolotea más de lo normal, y el depósito de cadáveres se siente más frío que de costumbre. Empiezo a preguntarme si soy yo o si todos saben que estoy retrasando deliberadamente este informe de autopsia para darme tiempo de decidir qué es lo correcto.

Ya está anocheciendo cuando salgo del trabajo esa noche. El cielo es como un suave moretón, y las farolas se encienden en parches. Empiezo a caminar por mi ruta habitual, pero Enzo no aparece para seguirme. Esta vez hay dos hombres, charlando entre ellos. Y me siento segura hasta que cruzo Via del Corso y puedo sentir que se acercan. Esa sensación de hormigueo entre mis

omóplatos se infiltra en mi sangre y hace que mi corazón lata de forma extraña.

Miro hacia atrás. No reconozco a estos hombres en absoluto. No están hablando ni revisando sus móviles como lo hacen los hombres de Enzo; me están observando. Me hace estremecer pero intento relajarme. Él metió su número en mi teléfono, pero si me detengo ahora para buscar su contacto, esos hombres definitivamente me alcanzarán.

Giro a la derecha, luego cruzo la siguiente intersección. Me siguen, acercándose cada vez más, y tengo la sensación de que le han hecho algo a uno de los hombres de Enzo que se suponía estaba aquí para protegerme. Esto es a lo que él se refería. No es protección contra Bernardi o mi padre. Sean quienes sean estos capullos, estos son los que Enzo piensa que podrían hacerme daño.

Lo intento de nuevo: a la izquierda esta vez, a través de un callejón con puertas cerradas, hacia el extremo sur de la plaza. Me detengo brevemente en un puesto de la esquina, fingiendo revisar mi bolso. Ellos también se paran. Siguen allí, con los ojos clavados en mí como si ya estuviera acorralada.

Mi pulso se dispara. No tengo arma, ni placa, ni nadie en quien confíe lo suficiente para llamar. Roma es un lugar enorme y aterrador, y tengo que atravesar varios lugares oscuros antes de llegar a casa. Mi mente divaga con la idea de que estos son los hombres que intentaron entrar en mi apartamento, los que rompieron mi ventana.

Me deslizo entre la panadería y la vieja librería, dejando que el callejón se estreche a mis espaldas. Mis pasos resuenan en el espacio angosto, con la piedra húmeda reflejando una débil corriente de aire. Paso por detrás de un edificio tapiado y salgo cerca del cine cerrado. Cuando vuelvo a mirar, han desaparecido.

Se han esfumado, desapareciendo en los rincones de Roma como si nunca hubieran estado allí.

Apoyo una mano contra la pared, respiro hondo. Quiero pensar que los he despistado. Quiero obligarme a creerlo.

Pero no me lo creo ni por un segundo.

Solo son dos minutos caminando hasta la casa de mi tía Rosa, y lo hago rápido. Me escabullo por calles laterales y entradas traseras, ignorando el dolor en mis pantorrillas y el ardor en mis pulmones. Cuando llego al callejón detrás de su apartamento, me siento medio loca y medio congelada, y las piernas y la parte baja de la espalda me duelen por haber corrido prácticamente con tacones.

Llamo dos veces y hago una pausa, y escucho voces de hombres que vienen por la acera. Son pasos apresurados y respiraciones entrecortadas. Saben que me han perdido y ahora están buscando, y afortunadamente estoy aquí.

La cadena de seguridad se desliza contra el marco metálico, y la puerta se abre. Los ojos de Rosa se ensanchan cuando me ve. Mi corazón late con fuerza y las lágrimas asoman a mis ojos. Estoy tan aliviada de encontrarla en casa. Nunca me he presentado sin llamar. La hermana de mi madre ha cortado todos los lazos con los Costa desde que mamá murió, y apenas hemos hablado.

—¿Alessia? —Sus ojos escanean la calle detrás de mí antes de abrir del todo.

—¿Puedo pasar? —Mi voz sale tensa, apenas más fuerte que el zumbido de un coche que pasa por la calle detrás de mí.

Asiente y cierra la puerta, luego desengacha la cadena por completo y abre. Entro, al calor y al aroma a lavanda y al olor más tenue de cáscara de naranja. Solo he estado aquí unas pocas veces, pero su apartamento siempre huele a una receta recién terminada.

Su figura rotunda me envuelve y la abrazo mientras dejo escapar algunas lágrimas suaves y sorbo por la nariz contra su peluca rizada. No quiero soltarla porque tengo miedo, pero sé que estoy a salvo aquí dentro. No me encontrarán, y puedo intentar contactar con Enzo.

—Siéntate. Prepararé té. —Se dirige a la cocina con la misma gracia decidida que siempre ha tenido y yo hago lo que me dice. La silla cruje bajo mi peso, y me doy cuenta de que mis manos están temblando mientras me siento y la observo moverse por el espacio abierto.

La tía Rosa no comenta sobre mis nervios. Probablemente asume que sabe lo que está pasando, que esto está relacionado con mi

padre, y no se equivoca. Pero vierte agua en la tetera y enciende la estufa.

—Parece que has venido corriendo. —No lo dice con maldad, sino con esa franqueza de Rosa que no deja lugar a la pretensión.

—Creo que me seguían —le digo—, desde el depósito. Dos hombres. Pero los perdí cerca de la plaza sur. —Mi voz es firme, pero mis dedos no dejan de aferrarse a la tela de mi abrigo. Todo esto se ha descontrolado por completo. Podría haber presentado el informe y terminado con esto, pero después de lo que Enzo me contó, tengo miedo de hacerlo. Si miento al respecto, el Dr. Bernardi vendrá a por mí. Si digo la verdad, puede que lo haga cada sinvergüenza de esta ciudad.

La espalda de Rosa se endereza, y coloca una taza frente a mí y deja caer una bolsita de té en ella.

—¿Te amenazaron? —No pestañea al preguntar, pero yo tampoco lo hago al responderle.

—No. No hizo falta. —Niego con la cabeza y me ajusto más el abrigo alrededor de los hombros—. Pero estoy asustada.

Regresa a la cocina cuando la tetera empieza a silbar suavemente y luego vuelve. Después de llenar mi taza con agua caliente, se sienta frente a mí.

—Entonces tienes que ir a las autoridades. Ahora. —Se inclina hacia delante y empuja la taza hacia mí, pero deja una mano sobre mi rodilla.

Dejo escapar un breve suspiro sin humor.

—¿Crees que no lo he considerado? Ni siquiera sé quién me está vigilando. Podrían ser los Bianchi. Podrían ser los hombres de mi padre. Demonios, podría ser alguien en quien ni siquiera he pensado. —Me paso una mano por el pelo, respirando profundamente por la nariz.

—¿A quién puedes llamar? ¿Alguien que realmente pueda ayudarte? —Rosa empuja la taza hacia mí de nuevo y yo suspiro y la recojo.

Aparto la mirada, avergonzada de lo complicada que se ha vuelto esta situación y algo personal.

—Es... complicado. —Bajo la vista, trazando el borde de mi taza con la punta de un dedo. No me gusta el té. Soy más bien una chica de vino. Pero no quiero ser maleducada, así que me lo acerco a los labios y doy un sorbo.

—Culpo a tu padre —dice, chasqueando la lengua—. Necesitas alejarte de ese trabajo. Sé que te gusta, pero está demasiado cerca, *tesora*. Sé que te encanta la ciencia, pero pueden usarte, manipularte.

—No sé qué otra cosa haría... —Mi voz se quiebra, y odio lo pequeña que me hace sonar. Presiono la palma contra mi frente mientras pienso.

El ADN sigue siendo no concluyente, pero eso ya no es lo que me mantiene despierta por la noche. Lo que importa es la nueva marca de tiempo en un marcador de fluidos. Matteo tenía un sedante en su sistema, y se metabolizó demasiado lentamente para haber sido administrado justo antes de su muerte. Lo que significa que alguien lo drogó antes. Alguien lo mantuvo en algún lugar. Y eso lo cambia todo. Significa que no fue un crimen pasional, fue premeditado. Y si fue mi padre, eso cambia la forma en que lo veo.

Doy un sorbo al té, principalmente para ganar tiempo mientras intento eliminar el temblor de mi voz. Pero no puedo fingir estar bien frente a la tía Rosa.

—Bueno, no voy a dejarte salir sola. Te llevaré en coche. —Va a levantarse, pero yo agarro su muñeca.

—No... —suelto, porque solo puedo imaginar lo que estos hombres le harán si la ven dejándome. La seguirán hasta su casa y la usarán como moneda de cambio para llegar a mí, y nunca me lo perdonaré. Aspiro y digo—: Llamaré a alguien.

Saco mi teléfono y busco el número de Vincenzo. Usó "Vinny" probablemente como broma ya que le dije que era un nombre estúpido. Ni siquiera sé qué voy a decir, pero marco.

Contesta al tercer tono.

—¿Leone? ¿Estás bien? —Su voz corta la línea como una cuchilla y en lugar de asustarme, me hace sentir más segura al instante.

—Me siguieron hoy. Me siguieron dos hombres fuera del trabajo. —Me pongo de pie y camino por la pequeña cocina, con un brazo

envuelto alrededor de mi cintura—. Puede que hayan herido a tus chicos. No los vi. —Enzo gruñe en el micrófono y murmura su respuesta.

—¿Estás en casa? —Odio lo exigente que suena, pero parte de mí se siente más segura sabiendo que es tan protector; ignoro la parte en que es posesivo.

—No. Estoy en casa de mi tía Rosa. —Me acerco a la ventana, comprobando la calle por costumbre. Está oscuro y no veo movimiento ni sombras extrañas. Pero eso no significa que no estén observando.

—¿El lugar es seguro? —Oigo un portazo de fondo en su línea, luego escucho un motor cobrar vida.

Miro hacia la puerta con su único cerrojo y frágil cadena, pero respondo:

—Sí. —Lo digo en voz baja, con los dedos aún alrededor del teléfono. Fuerzo la palabra y me apoyo contra el marco de la ventana, como si pudiera sostenerme. Rosa me sonríe desde donde está sentada en el sofá, observando. Espero que se dé prisa porque quiero salir de aquí antes de que vengan a llamar y descubran que tengo un familiar que me importa.

—Quédate ahí. —Es una orden, no una sugerencia. Enzo me cuelga y la línea queda en silencio antes de que me gire para ver la expresión esperanzada de Rosa.

Suspiro y dejo caer el teléfono en el bolsillo de mi abrigo. Rosa levanta una ceja.

—¿Era él? —pregunta Rosa, sin levantar la vista de la estufa.

—Sí —digo, caminando de vuelta para desplomarme en la silla y recoger el té otra vez.

—Vosotros dos no suenáis como amigos. —Se da la vuelta y me mira con desaprobación, de la forma en que mi madre lo haría si estuviera aquí, pero me lo sacudo de encima.

—No lo somos. —Ni amigos, ni amantes, ni siquiera conocidos. Está manejando mi vida como si fuera de su propiedad ahora mismo, pero ni siquiera es por una orden directa de mi padre. Fui una tonta al confiar en él, pero aquí estamos.

Pasan diez, quizás quince minutos; el tiempo suficiente para que el té se enfríe y para que Rosa empiece a juguetear con el dobladillo de su blusa. Sus sermones sobre cortar completamente los lazos con mi padre no son solo ruido blanco, y justo cuando empiezo a pensar que quizás no vendrá, alguien llama a la puerta.

Rosa se pone tensa. Sus ojos se abren de par en par mientras yo me levanto y miro por la mirilla. Es Vincenzo, y no en un momento muy oportuno.

Abro la puerta más y me hago a un lado.

—Pasa —digo bruscamente. No es ideal presentarle a Rosa hombres como él, y sé lo que pensará cuando vea los tatuajes asomando por su cuello. Pero vino porque le llamé.

Vincenzo entra con su habitual postura dominante, escaneando el apartamento instintivamente. Rosa está de pie detrás de mí, con los brazos cruzados y ojos entrecerrados.

—Tía Rosa —digo, girándome hacia ella con un suspiro que no me había dado cuenta que contenía—, este es Vincenzo Morelli. Él está... ayudándome.

Rosa no ofrece su mano, pero asiente una vez.

—Entonces puede sentarse, y ambos podéis dejar de fingir que solo es un extraño amable y servicial. —Me mira con conocimiento de causa y me tenso.

Mis hombros están rígidos y no puedo mirarla a los ojos debido a la vergüenza. Ha mantenido toda su vida alejada de esto y yo lo he traído directamente a su puerta. No quería que fuera así; solo tenía miedo.

La expresión de Vincenzo es indescifrable cuando dice:

—Gracias.

Me sigue hasta la sala de estar después de que cierro la puerta con llave, y se sienta en el borde de la silla frente a mí. Yo también me siento y recojo el té por nerviosismo. Rosa se mueve en su asiento y junta las manos frente a ella mientras Enzo comienza a hablarme.

—¿Quieres contarme sobre la citación policial, o debería adivinar? —No se anda con rodeos, ¿verdad? Dejo escapar un suspiro

mientras los ojos de Rosa se levantan para mirarme con preocupación.

Me muerdo una maldición.

—¿Ahora tienes gente leyendo mis correos? —espeto, con un calor ardiendo en mi pecho.

—Tengo gente manteniéndote con vida; gran diferencia. —No se inmuta cuando lo dice, pero extiende una mano tranquilizadora hacia mi tía, que no tiene ni idea de lo que está escuchando ahora mismo.

—No deberíamos estar hablando de esto ahora. No es por lo que te pedí que vinieras. —La humillación colorea mis mejillas mientras dejo el té que claramente no voy a beber y cruzo los brazos sobre mi vientre.

—No —dice, acercándose—. Estoy aquí porque aún no has tomado una decisión. —Sus ojos buscan los míos como si intentara clavarme en el sitio. Miro nerviosamente a la tía Rosa, pero ahora está mirando sus manos. Conozco esa postura también: está asustada. Sabe que esto podría volverse en su contra. Odio haberla arrastrado siquiera un centímetro más cerca del mundo de mi padre.

—¿Sobre qué? —pregunto, aunque sigo lanzando miradas a mi tía esperando que Enzo capte el mensaje.

—De qué lado estás. —Su voz es inflexible y rígida. Frunce el ceño y se gira hacia la tía Rosa, pero ella levanta la mirada y lo fulmina con los ojos.

Rosa nos fulmina con la mirada, agitando una mano como si fuéramos niños de escuela.

—Basta. Si vais a pelear, hacedlo fuera. —Rosa nos apunta con su cuchara como si fuera un arma. Luego suspira y se retira a la cocina, donde oigo el tintineo de ollas y sartenes.

—¿Crees que quiero que ella esté en medio de esto? —siseo entre dientes apretados—. Por el amor de Dios, Vincenzo.

—Puedo respetar que intentes protegerla —dice en un tono más bajo—. Es algo que Gordo nunca habría hecho. Pero tú estás justo en el centro. La única pregunta que queda es si sobrevivirás. —Se inclina ligeramente hacia delante y mueve con cuidado mi taza de té del borde de la mesa.

Odio lo acertado que está y lo profundamente que me duele no poder negarlo.

—Entonces, ¿qué? ¿Lo encubro? ¿Miento? ¿Finjo que no torturaron y tiraron a un hombre? —Mi voz se eleva y se quiebra—. ¿Pretendo que mi padre no es un ladrón asesino y un traidor? —Tartamudeo al hacer la confesión abierta, aunque dudo que Rosa me haya oído. Todo el mundo sabe cómo es mi padre, pero nunca me han juzgado para defenderlo y nunca he tenido una situación en la que mi vida dependiera de si decía la verdad sobre sus crímenes.

No se inmuta.

—Les dices lo que te mantiene respirando. Ese es el trabajo ahora. —Sus palabras son frías como el hielo y me envuelven, helándome hasta los huesos—. Es tu vida la que está en tus manos, no la suya.

—Me estás pidiendo que traicione todo por lo que he trabajado. —Me levanto y doy un paso atrás, de repente consciente del espacio, o la falta de él, entre nosotros mientras él se levanta y camina hacia mí.

—Te estoy diciendo que tus principios no significan mucho si estás en una bolsa para cadáveres. —Su voz es tan silenciosa ahora que me asusta. El silencio que sigue es espeso. Él no retrocede, y yo no tengo un argumento lo suficientemente bueno para echarlo ahora. Además, ¿quién me llevará a casa de forma segura? Esos idiotas podrían estar esperándome en cualquier parte.

Desde la cocina, Rosa llama:

—O os besáis o os matáis. Simplemente iros antes de que vengan más de su tipo buscándole —grita Rosa desde la cocina, completamente imperturbable.

Mis mejillas arden.

Los ojos de Vincenzo siguen fijos en los míos.

—No hemos terminado —gruñe suavemente; luego me toma del codo mientras pongo los ojos en blanco.

—No —digo—. Nunca lo hacemos. —Dejo que me arrastre hacia la puerta, pero ahora me siento acojonada.

Y que Dios me ayude, ni siquiera sé qué haré cuando me presente a esa citación y la policía empiece a hacerme preguntas.

12

VINCENZO

Alessia no protesta cuando la cojo del codo y la acompaño hasta mi coche. Hay una tensión en su mandíbula, una lentitud en sus movimientos. Y sus ojos siguen moviéndose nerviosos, lo que me dice que estaba realmente aterrorizada por lo ocurrido. Tengo que investigar a Leo y averiguar dónde está. Mi instinto me dice que está tirado en algún callejón desangrándose o ya muerto. Esos cabrones no se andan con tonterías.

Conducimos casi sin hablar. Roma pasa ante nosotros en franjas de oro y sombra. No hay mucho tráfico debido a la hora, pero hay el suficiente como para darme pausas y mirarla más de lo que debería. Ella no mira por la ventana ni se mueve inquieta. Su postura permanece rígida, inmóvil. Se aferra al abrigo como si fuera una armadura, manteniéndolo cerrado como si pudiera protegerla de todo.

—Pensé que iban a agarrarme —dice finalmente con un tono hueco. Sus ojos permanecen fijos en el salpicadero, pero veo que le tiembla el labio inferior—. Nunca había tenido tanto miedo. Ni siquiera cuando vi la ventana rota. —Sus dedos se aferran con más fuerza al cinturón de su abrigo.

Consolar a alguien no es mi mejor cualidad. Me gustaría pensar que podría gestionarlo, pero me mantengo callado y escucho en su

lugar. Me han entrenado para reaccionar con violencia como medio de autopreservación y defensa. Las cosas más suaves no son mi estilo.

—Aún no se me ha pasado —añade—. Esa sensación. Como si siguieran esperando. —Exhala lentamente, como si intentara liberar la tensión de su pecho.

Cambio el agarre en el volante y mantengo los ojos en la carretera. Eso lo entiendo. La sensación de estar siempre mirando por encima del hombro porque alguien te persigue. Tenemos eso en común.

Cuando llegamos a su edificio, apago el motor y me bajo. Cuando le abro la puerta, ella comienza a protestar, pero la hago callar con una mirada. —Voy a entrar y revisar todo. —Paso por delante de ella sin esperar permiso y ella me sigue hacia el edificio. Mi sensor de proximidad emite un pitido y escucho sus pasos apresurados mientras intenta alcanzarme y seguirme el ritmo.

Desbloquea la puerta y nos deja entrar. El apartamento huele a su champú botánico. Recorro cada habitación, compruebo en silencio las puertas de los armarios, las ventanas, el baño y debajo de la cama. No encuentro nada. La amenaza debe haber sido solo externa esta noche, pero eso no me hace sentir mejor al respecto. Si Leo simplemente se rajó, le voy a arrancar la garganta.

—¿Satisfecho? —dice cuando regreso. Está de pie con los brazos cruzados, la barbilla levantada como si intentara demostrar algo.

—Me llamaste porque tenías miedo —le recuerdo—. Si me estoy excediendo, dímelo. Pero no actúes como si no me necesitaras. —Encuentro su mirada, desafiándola a que cuestione la verdad de ello.

—No eres un guardaespaldas, Vincenzo. No tienes que... —Se interrumpe, con la frustración tensando su mandíbula.

—No llamaste a un guardaespaldas. Me llamaste a mí. —No levanto la voz, pero mi tono la deja helada.

Eso la calla el tiempo suficiente para que empiece a dirigirme hacia la puerta. Pero cuando mi mano descansa en el pomo, la oigo gemir y miro por encima de mi hombro.

—No te vayas —dice de repente—. No quiero estar sola. —Su voz es más queda ahora, los bordes suavizados con algo crudo. Su

frustración conmigo se transforma en desesperación por tener el control, y aunque no puede controlarme —y ella lo sabe perfectamente— me tiene completamente rendido a sus pies.

Me detengo y me doy la vuelta, sonriendo con suficiencia. —¿Por qué?

Ella se acerca, con los brazos aún firmemente envueltos alrededor de sí misma. —Me siento más segura cuando estás aquí. —Me mira entonces y, por una vez, no intenta ocultar el deseo. Tal vez sea solo para tener mi fuerza para poder dormir sabiendo que mataré a quien intente llegar a ella, o tal vez me quiere por mí mismo, porque hay una electricidad que chisporrotea entre nosotros.

Y no son las palabras las que me impactan. Es la honestidad en ellas. La forma en que su voz no se quiebra, pero quiere hacerlo. La forma en que sus hombros siguen rígidos con palabras que aún no está lista para decirme.

Mantengo su mirada durante un largo momento, leyendo su rostro como lo haría con una amenaza: cuidadosa y minuciosamente. Luego me quito el abrigo, lo cuelgo en el respaldo de una silla y vuelvo a entrar en el apartamento.

Al volverme hacia ella, veo la incertidumbre en sus ojos, una mezcla de gratitud y algo más que no puedo identificar. Aparto ese pensamiento y me centro en lo importante: mantenerla a salvo.

—Comprobaré las cerraduras una vez más —digo con aspereza, haciendo todo lo posible por mantener una barrera entre nosotros. Pero mientras inspecciono cada ventana y puerta, soy plenamente consciente de su presencia detrás de mí, como una corriente eléctrica entre nosotros. Esto no es propio de mí; nunca dejo que un objetivo se me meta bajo la piel. Pero Alessia es diferente.

Cuando termino de asegurar el lugar, me reúno con ella en la sala de estar. Está sentada en el borde del sofá, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo. Su abrigo aún está sobre sus hombros, y tiembla, aunque no sé si es por el frío en el aire o por algo completamente distinto. —¿Por qué no te cambias y te pones algo más cómodo? —sugiero, tratando de desviar su atención de su anterior confesión—. Prepararé un café.

Alessia duda, luego asiente bruscamente y desaparece en su habitación. Aprovecho esta oportunidad para revisar la puerta una última vez, asegurándome de que está cerrada antes de bajar las persianas. No confío en quienquiera que la acosó esta noche, y estoy decidido a mantenerla a salvo.

Pero antes de llegar a la cocina oigo movimiento detrás de mí y ella está usando una suave bata roja, ceñida a la cintura con un cinturón a juego. Entra en la cocina descalza y suspira. —Creo que no debería tomar café. No dormiré... —Sus movimientos parecen robóticos, pero le doy espacio.

—¿Entonces vino? —pregunto, y ella asiente, moviéndose hacia un armario en el extremo más alejado de la cocina. La curva de su trasero se acentúa por la forma en que la bata abraza sus caderas, y mis ojos la devoran. Cuando se estira para alcanzar un armario en lo alto pero no llega del todo, me acerco y lo alcanzo por ella. Nuestros cuerpos están tan cerca que puedo oler su champú, y ella no se aparta.

—Gracias —murmura mientras saco dos copas de vino y las coloco en la encimera. Ella alcanza una mientras mis dedos rozan los suyos y la carga eléctrica entre nosotros es palpable. Recuerdo la sensación de inmovilizarla contra su colchón y anhelo más. Así que no retrocedo, ni siquiera cuando ella se detiene y se gira, mirándome. —¿Qué? —respira, pero su corazón está acelerado. Observo el pulso en su cuello latir con fuerza.

—Eres jodidamente hermosa, Alessia.

Sus mejillas se sonrojan de carmesí, y levanto la mano para colocar un mechón de pelo detrás de su hombro. —Enzo... Yo...

—Shh —susurro, presionando un dedo contra sus labios—. No voy a hacerte daño, y no tienes que hacer nada que no quieras. Solo te estaba haciendo un cumplido.

Los labios de Alessia se oscurecen con excitación mientras levanta la mano para envolver sus dedos alrededor de mi muñeca y empuja mi mano hacia abajo. —¿Quién ha dicho que no quiero?

Exhalo ruidosamente, incapaz de controlar mi sorpresa. —Alessia, yo... —No sé qué más decir, porque cuando me mira así, con hambre y vulnerabilidad en sus ojos, me quedo sin palabras. Tal vez sea la

adrenalina por los acontecimientos de la noche o la tensión que ha estado creciendo entre nosotros desde que nos conocimos, pero sea lo que sea, el deseo corre por mis venas como fuego. No debería bajar la guardia por ella; debilitará mi determinación y mi capacidad de protegerla. Pero aquí estoy, dejando que me joda la cabeza otra vez.

Traga saliva mientras sus ojos bajan hasta mis labios y luego vuelven a mis ojos. —Enzo —susurra, luego se acerca más, cerrando la distancia entre nosotros. Sus labios son suaves y tentativos mientras rozan los míos, buscando seguridad. No puedo negarle nada en este momento, no cuando se siente como en casa entre mis brazos.

Mis manos se curvan alrededor de sus caderas, atrayéndola contra mi cuerpo mientras me siento endurecer.

Dejo escapar un gruñido de anticipación mientras profundizo el beso, saboreando su sabor, como calidez y sol y todo lo bueno en este mundo. Su respiración se entrecorta cuando mi lengua se desliza en su boca, explorando su dulzura. Los suaves gemidos que escapan de su boca solo avivan las llamas de mi deseo.

Las manos de Alessia encuentran su camino hacia mi pelo, los dedos enredándose en los mechones oscuros mientras me acerca más. Prácticamente gruño contra sus labios ante la invitación, deslizando mi mano por su bata para agarrar su trasero por encima de sus bragas. Gime en mi boca, y yo respondo con un gemido, desesperado por tocar más de su cuerpo deseable.

La levanto, sintiendo sus muslos envolver mi cintura como si estuviera hecha para mí. Sus codos se clavan en mis hombros mientras la giro y deslizo su trasero sobre la encimera. La botella de vino se desliza hacia atrás, pero las copas se caen, una de ellas rodando hasta el fregadero donde aterriza ruidosamente. Ella no pierde la concentración en mi boca y profundiza su adoración hacia mí.

Los labios de Alessia dejan los míos para sembrar besos por mi mandíbula, sus dientes rozando mi piel en el proceso. La sensación aumenta mi excitación, y aprieto los dientes para mantener algo de control. Pero con cada roce de su lengua y cada mordisco que deja,

mi resolución se desmorona más. —Joder, me vuelves loco —gruño, agarrando con fuerza su cadera. Su respuesta no es más que un gemido bajo mientras continúa su sensual asalto a mi cuello.

Mi polla palpita contra mis pantalones, ansiándola. Alcanzo entre sus piernas, deslizando mi mano dentro de sus bragas; está caliente, húmeda y lista para mí. Un gemido retumba en mi pecho mientras jugueteo con su entrada antes de deslizar dos dedos lentamente en su interior. Se arquea ante mi contacto, sus uñas clavándose en mis hombros mientras un gemido escapa de sus labios.

—Alessia... joder, te deseo tanto.

Sus párpados están pesados, una neblina de deseo los nubla mientras lucha por recuperar el aliento. —Cristo... —jadea, pero me inclino, silenciándola con un beso áspero. Una mano recorre su cuerpo, encontrando cada curva y hendidura, memorizándolas, mientras la otra busca mi cinturón. Sus manos encuentran las mías allí y hacen el trabajo por mí desabrochando mi cinturón y bajando la cremallera de mi pantalón.

Ella guía mi miembro duro a través de la bragueta de mis pantalones, y sus ojos se ensanchan con una mezcla de asombro y lujuria mientras mira hacia abajo. —Alessia... mira lo que me haces —gruño contra su oreja antes de chupar su lóbulo en mi boca. Su respuesta es mover sus caderas contra mi mano, hundiéndose más profundamente en mis dedos mientras se balancea en el borde de la encimera.

—Eres una pequeña zorra, ¿verdad...? ¿No puedes tener suficiente de mí? —Muerdo su lóbulo y ella sisea.

Las mejillas de Alessia se encienden ante mis palabras crudas, pero no lo niega. En cambio, se inclina más, su aliento caliente en mi cuello mientras mordisquea mi lóbulo. —Te deseo tanto —gime, su acento espeso de necesidad. Mi autocontrol, ya tenue, se hace añicos.

Rasgo el frente de su bata para revelar sus pechos perfectos con pezones como perlas. Sus manos desabrochan ávidamente los botones de mi camisa, separando el material mientras agarro uno de sus pechos y aprieto. Desliza una mano sobre mi piel, trazando las líneas de mis tatuajes y entrecerrando los ojos ante la tinta oscura,

pero le agarro la mano y beso su palma, luego la guío hacia mi polla, donde me agarra y comienza a acariciar suavemente.

—¿Te follas a todas las mujeres que proteges? —maúlla mientras chupo sus pezones uno por uno y mantengo los brotes endurecidos y maduros para el disfrute. Una de mis manos se desliza de nuevo dentro de sus bragas, enganchando un dedo a través de la entrepierna y tirando lo suficientemente fuerte como para romper la costura. Ella sisea y veo cómo sus caderas se mueven de nuevo.

—Solo a las zorras respondOnas que me lo suplican... —gruño mientras la acerco más al borde de la encimera.

—¿Te parezco del tipo que suplica? —Alessia se estremece mientras aparto su mano de mi polla y la alineo con su entrada empapada.

—Nena, puedo hacerte suplicar si quieres... —Mis caderas empujan hacia adelante, deslizando mi polla a través de sus pliegues húmedos y profundamente en su núcleo. Gime, mientras paso mi mano por su espalda y aprieto mis dedos en un puño, enredando su pelo alrededor de toda mi mano mientras comienzo a bombear.

—Hazme suplicar —gruñe. Su cuello está arqueado hacia atrás tanto que apenas puede hablar. Muerdo su punto de pulso con fuerza y ella sisea.

—Tú lo has pedido. —Gruño, mi agarre apretándose en su pelo mientras me hundo en sus profundidades aún más.

Jadea, cada inhalación es un gemido que me aprieta las costillas y aumenta mi excitación. Paso mi mano por su columna antes de agarrar su trasero y golpeándonos juntos con más fuerza. Su núcleo me aprieta, la estrechez volviéndome loco de lujuria. —Oh, joder, Enzo... —jadea, sus caderas embistiendo contra las mías. Un gruñido animalístico escapa de mis labios mientras se contradice, un momento diciéndome que pare, al siguiente instándome con el lenguaje de su cuerpo.

Muerdo su labio inferior con rudeza, robando un beso desordenado mientras mis caderas se mueven dentro y fuera de las suyas implacablemente. —Suplícame que te haga correr...

—Por favor —gime. Sus manos están extendidas sobre mi pecho, las yemas de los dedos rozando ligeramente, pero sin hacer contacto

con sus palmas.

—He dicho que supliques, maldita sea —gruño, y sus ojos se abren de nuevo. Recorren mi rostro y su labio tiembla. El pecho de Alessia se agita, su respiración entrecortada mientras gime bajo mi toque dominante. Inclino sus caderas justo en el ángulo correcto, golpeando ese punto dulce dentro de ella que la hace jadear, luego gritar.

—Fóllame —gruñe entre jadeos—. Fóllame más fuerte, Enzo. —Sonrío con suficiencia, mi ego acariciado por sus palabras. Mi agarre en sus caderas se aprieta mientras hago lo que me pide.

—¿Que te haga qué? —incito mientras muerdo su barbilla, luego su mandíbula, luego su cuello. Mi polla se contrae dentro de ella, el apretón de sus pliegues húmedos alrededor de mi eje casi suficiente para enviarme al límite. Nunca he deseado algo o a alguien tanto en mi vida, pero me contengo. Quiero saborear esto, prolongarlo y asegurarme de que nunca olvide esta noche ni a mí.

—Hazme correrme... Por favor... Oh dios, estoy tan cerca.

—¿Oh, te gusta eso? —gruño contra su oído mientras inclino mis caderas hacia arriba, golpeando ese punto dulce una y otra vez. Sus gemidos solo se intensifican, y con cada apretón de su centro húmedo alrededor de mi polla, mi control se desliza cada vez más lejos.

—Dilo otra vez —espeto en su oído, mis embestidas implacables —. Di que quieres que te haga correrte, y es tuyo.

—Sí —gime a través de dientes apretados, sus uñas clavándose en mi espalda—. Quiero que me hagas correrme, Enzo. ¡Por favor!

—Eso está mejor. —Me río oscuramente antes de golpear en ella una última vez, golpeando ese punto mágico tan profundamente dentro de ella que puedo sentir su orgasmo ondular a través de su cuerpo. Su coño se aprieta alrededor de mi polla mientras sus caderas se elevan de la encimera y grita de placer. La sensación me envía al límite también, y con un gruñido bajo, me vacío dentro de ella, todo mi cuerpo temblando de placer.

Ella tiembla y convulsiona, ordeñándome, y yo gimo y dejo que la plenitud de mi liberación drene cada onza de tensión de mi cuerpo.

Estamos jadeando, pechos agitados por el esfuerzo, y ella se aferra a mí, besando mi pecho suavemente.

Sus labios encuentran los míos en una exploración sensual mientras me retiro y dejo que mi semen se drene de su cuerpo. Ella gime cuando me alejo, pero la ayudo a bajar de la encimera y me aseguro de que esté estable sobre sus pies —débil de rodillas— antes de finalmente alejarme por completo.

Después, ella abre la botella y se sirve una bebida, luego se vuelve a poner la bata mientras me ofrece una copa. Sus manos no tiemblan, pero hay tensión en la forma en que sostiene el vaso, como si la adrenalina no hubiera abandonado completamente su sistema.

—No, gracias... Todavía tengo trabajo que hacer esta noche. —Recojo mi ropa, pero mi mente ya está pensando en lo que tengo que hacer a continuación. Ella está segura aquí, y necesito colocar a un hombre en su puerta ahora y averiguar por qué Leo dejó que esto sucediera.

Me visto rápidamente, arremangándome las mangas y revisando mi teléfono mientras lo vuelvo a meter en el bolsillo de mi chaqueta. Ella no intenta detenerme esta vez, y yo no explico por qué no puedo quedarme. No hay nada tierno en el silencio, solo comprensión, aunque todavía veo la vacilación en su expresión.

—¿Y si vuelven?

—No van a volver esta noche. Enviaré a Rory arriba y él vigilará. Tienes tu arma... Úsala sin importar quién entre. Mis hombres no entrarán a menos que se lo pidas. —Con mi ropa de nuevo en su lugar, le doy un beso en la frente y me detengo un segundo—. Estás a salvo, bella. —Se ha metido bajo mi piel. Ya no es solo un objetivo, o alguien a quien protejo. Es mía, y cada parte de mi ser lo sabe.

La beso una última vez y me escabullo antes de que pueda darme esos ojos tristes. Para cuando regreso al complejo, la puerta está cerrada y el patio tranquilo. Los perros ni siquiera ladran. No hay nadie en el perímetro. Subo los escalones de la entrada, ya en alerta, y es entonces cuando veo un sobre plano. El sobre no tiene etiqueta, ni dirección de remitente, ni marcas identificativas.

Mi nombre está impreso con claridad en letras mayúsculas en el frente, centrado como si se hubiera hecho con cuidado. No ha sido arrojado ni deslizado bajo la puerta: ha sido colocado allí intencionadamente. Destinado a ser encontrado por mí, y por nadie más.

Mirando alrededor para ver si puedo ver a la persona que lo dejó, lo recojo y lo llevo arriba, cerrando la puerta detrás de mí antes de abrirlo. Dentro hay un pendrive. Es del tipo que encuentras en un quiosco o tienda de conveniencia, sencillo y barato, destinado a ser usado una vez y descartado. Claramente desechable, claramente destinado solo para este momento... Inicio el portátil que no mantengo conectado a ninguna red y lo conecto.

El archivo se abre sin que lo solicite, y miro fijamente el primer fotograma mientras entra en foco. Es un vídeo. Alessia aparece en pantalla.

Está en el laboratorio, analizando muestras de sangre, cargando muestras, garabateando algo en un portapapeles. El ángulo es amplio, como si se hubiera tomado desde la unidad de vigilancia montada que es estándar allí. Lo que significa que alguien ha hackeado los servidores del gobierno. Alguien más la está observando, de cerca, con cuidado y sin que ella lo sepa.

Esto no es solo vigilancia. Es un mensaje, para mí, no para ella, lo que significa que quieren que sepa que están al tanto de mi papel en este juego que estamos jugando.

Miro hasta que el vídeo se repite, luego retiro el pendrive y lo coloco en el escritorio. No lo destruyo porque quiero saber quién lo envió, cómo obtuvieron acceso y cuánto tiempo han estado tan cerca de ella sin que yo lo supiera.

Me llamó esta noche porque tenía miedo. Me pidió que me quedara porque le hago sentir segura. Pero lo que no entiende es que no soy Dios y no puedo detener la tormenta que se avecina. Los Bianchis saben lo que está sucediendo ahora y no van a rendirse hasta que estén seguros de que están a salvo.

Esto no es solo una advertencia.

Es una amenaza.

13

ALESSIA

Despierto sola. La habitación está en silencio excepto por el leve tictac del reloj de pared y el murmullo del tráfico matutino en el exterior. Una luz dorada y suave se filtra a través de las cortinas. Me quedo inmóvil, mirando al techo, deseando que Enzo estuviera aquí. No tengo miedo, pero despertar con alguien en la cama conmigo suena agradable y atractivo. He estado sola durante tanto tiempo... quizás simplemente he bajado demasiado mis estándares...

Mis pensamientos divagan hacia ayer, hacia las pisadas detrás de mí. La forma en que se me erizó la piel. Intenté convencerme de que no era nada, pero cuando Enzo dejó a su amigo Rory fuera de mi puerta, no pude seguir ignorándolo. Incluso Enzo piensa que hay una amenaza adicional, y eso me revuelve el estómago.

Me obligo a salir de la cama y me fuerzo a ducharme y prepararme, pero para cuando llego al trabajo, mis nervios están al límite. El frío habitual del laboratorio no logra estabilizarme como normalmente lo hace un descenso de temperatura en el sistema nervioso. Inicio sesión, esterilizo mis instrumentos y comienzo la rutina. Es más fácil cuando mis manos están ocupadas, cuando la ciencia toma el control.

Hay un nuevo cuerpo en la camilla, una adolescente —víctima de un accidente de tráfico— así que me sumerjo en lo que parece normal. Pero la rutina se hace añicos rápidamente cuando el Dr. Bernardi me acorrala sobre la mesa de examen, agitando una carpeta como si fuera una sentencia de muerte.

—Los investigadores del 416-bis han retirado tu informe toxicológico —dice. Su voz es demasiado alta, demasiado satisfecha —. Lo han marcado como incompleto. ¿Por qué no está terminado?

Arroja la impresión sobre el mostrador y mi estómago da un vuelco. Es el informe preliminar que ejecuté sobre el panel sanguíneo de Matteo Vescari y sé que está limpio. No destruí pruebas, simplemente no presenté todo aún porque no estoy segura de qué hacer. Sé cuál es lo correcto, pero Enzo hace que sea tan difícil saber qué es lo mejor para mi familia.

—¿Qué quiere que le diga? —pregunto, volviendo a centrarme en la cavidad torácica expuesta de esta víctima. Sus padres quieren saber exactamente qué causó la muerte, como si decir "lesión física traumática debido a un traumatismo contundente a alta velocidad" no fuera suficiente.

—Di que te vas a adelantar —responde Luca—. Porque ahora mismo parece que eres descuidada o que estás arrastrando los pies. ¿Por qué no está terminado?

Espero hasta que se aleja —el muy presuntuoso— antes de exhalar.

No tiene sentido intentar negar que estoy procrastinando, pero como mi jefe está presionándome más de lo normal con este caso, tengo que hacer algo. No puedo simplemente publicar mis hallazgos. No me preocupa tanto si mi padre va a la cárcel como lo que Enzo pueda pensar de mí. Y si tiene razón y esto provoca algún tipo de colapso de las organizaciones criminales en la ciudad, ¿no sería eso algo bueno?

Pero entonces, ¿quién dejaría escapar mi nombre? Porque el legado de los Costa tiene tanto alcance que seguro alguien me vincularía a ello. No he hecho nada malo, pero simplemente por asociación me etiquetarían como peligrosa. Y dado que ya he

ocultado algunas cosas en este caso Vescari, podría enfrentarme a sanciones de todos modos. Me siento atrapada.

Esa noche, me quedo hasta tarde, mucho después de que las luces del pasillo se hayan atenuado y el personal de limpieza se haya marchado. Me encierro en mi despacho y dispongo las muestras de sangre originales, comprobando cada muestra por segunda vez como si pudiera haber pasado algo por alto la primera vez. Los datos son limpios y mi trabajo es bueno, pero las implicaciones son turbias. Si presento el informe completo tal como está, podría desentrañar la narrativa cuidadosamente elaborada que los Bianchis están promoviendo, la que Enzo quiere enterrar (es decir, la verdad). Si me retraso, corro el riesgo de que me marquen por obstrucción.

De cualquier manera, alguien vendrá a por mí.

Abro una nueva ventana de análisis en mi terminal y empiezo a redactar un informe revisado. No fabrico pruebas, pero añado suficiente ambigüedad para justificar un plazo más largo porque tengo que pensar en esto detenidamente. Ajusto los marcadores de toxinas, cito discrepancias adicionales de metabolitos e inserto un párrafo explicando la necesidad de pruebas confirmatorias adicionales.

Cada pulsación de tecla se siente como una traición. No estoy segura si es a la verdad, a mi profesión o a mí misma. Pero lo hago de todos modos. Tengo que hacerlo. Ganar tiempo es la única estrategia que queda que no acaba en consecuencias inmediatas.

Cuando finalmente le doy a guardar, la marca de tiempo digital me mira fijamente. Mis manos están temblando. Bloqueo el archivo, lo encripto y me recuesto en mi silla, con el corazón latiéndome en la garganta.

Las palabras de Vincenzo resuenan en mi cabeza: "Si juegas a dos bandas durante suficiente tiempo, alguien te obligará a elegir".

Cuando el agotamiento amenaza con mantenerme encerrada en el laboratorio, recojo mis cosas y salgo, camino por las calles en sombras hasta casa, cierro la puerta tras de mí y apago todas las luces excepto la de la cocina. Me siento en el borde del sofá durante un rato, todavía con la ropa de trabajo, tratando de convencerme de que lo que hice esta noche era necesario, pero la culpa es

empalagosa, acosándome como pájaros furiosos en esa película de Hitchcock.

Cuando suena el timbre, ya sé quién es. No cuestiono el momento ni pregunto por qué está aquí. Me levanto lentamente, cruzo el silencioso apartamento y quito las cadenas y cerrojos.

Abro la puerta y Vincenzo está ahí con un abrigo oscuro, sus ojos escrutando mi rostro. Tiene una ceja levantada mientras se apoya en la jamba y dice:

—Cambio de turno... Le di la noche libre a Rory. Estaré sentado aquí si me necesitas.

Es amable por su parte hacérmelo saber. Lo agradezco, pero me siento reservada.

Quizás piensa que me estoy quebrando. Quizás está aquí para pillarme en medio de algo incriminatorio. Pero cuando encuentro su mirada, no se siente como vigilancia. Se siente como un momento en el que está esperando ser invitado a entrar, como si porque he bajado la guardia con él, querré que entre, cuando yo dejaría que sus hombres simplemente se sentaran en el pasillo.

No se equivoca.

Me echo hacia atrás para dejarlo entrar.

—El sofá es tuyo —digo mientras cierro la puerta tras él, y esta vez me refiero al sofá, aunque no me importaría que me abrazara, pero las cosas ya están bastante revueltas y complicadas. Si acabo inclinándome hacia el Dr. Bernardi y dejando que el caso vaya a los investigadores, me gustaría tener un poco de protección para mi corazón, porque Enzo no estará contento conmigo.

Asiente una vez, se quita el abrigo y lo deja en el respaldo de una silla de la cocina. No me presiona con preguntas, ni me recuerda cómo se supone que debo estar ocultando pruebas y manipulando un caso. Agradezco eso más de lo que quiero admitir.

Voy a mi habitación sin decir otra palabra, me quito la ropa de trabajo y me meto bajo las sábanas. Pero no puedo dormir. Mi cuerpo todavía vibra por la elección que hice esta noche. Miro al techo de nuevo, consciente de cada crujido y cambio en el silencio de mi apartamento durante más de una hora.

Y lo sé: no dejé la puerta abierta por error.

14

VINCENZO

Me incorporo lentamente, frotándome la cara con una mano. El apartamento está en penumbra, con la neblina de la noche tiñendo de gris las ventanas. Durante un segundo, pienso que he imaginado el llanto. Entonces lo oigo de nuevo: una respiración entrecortada, un temblor en la oscuridad.

Me levanto sin hacer ruido. El sofá cruje bajo mi peso, pero nada más se mueve. La puerta de su dormitorio está entreabierta unos centímetros, con una luz tenue en el interior. Me acerco con pasos lentos y controlados; luego la empujo con dos dedos.

Alessia está encogida en el lado más alejado de la cama, con las rodillas pegadas al pecho, un brazo protegiéndole la cara. El otro está aferrado a las sábanas y sus hombros tiemblan.

Durante un segundo, mi mente repasa los peores escenarios posibles. Si alguien le ha hecho daño, si alguien ha pasado por encima de mí, nunca me lo perdonaré. Y Gordo... Gordo se asegurará de que nunca vuelva a respirar. Puede que no me haya enviado aquí por eso, pero los hombres son ferozmente protectores con sus hijas y esposas.

Pero no hay sangre. Ni signos de un allanamiento. Solo Alessia, desmoronándose bajo las sábanas por algo que la atormenta en su mente. Me quedo ahí de pie observándola un momento, escuchando

sus suaves sollozos y respiraciones entrecortadas, sin darme cuenta de que tiene los ojos abiertos y puede verme.

Gira ligeramente la cabeza cuando cambio mi peso para apoyarme en el marco de la puerta.

—Estoy bien —dice, con la voz ronca y tensa. No levanta la cabeza ni me echa, pero se sube la manta más arriba como si pudiera protegerla de mi presencia—. No tienes que...

—No mientas —digo suavemente. Mi mano sigue en el marco de la puerta, pero doy un paso dentro de su habitación para acortar la distancia entre nosotros. Cuando estaba aterrorizada la semana pasada, fui yo a quien llamó buscando consuelo, y esta noche llora sola. Ese hecho no se me escapa. Pero bueno, no soy el tipo de tío que ofrece un hombro para llorar muy a menudo.

Cuando me acerco a la cama, ella no protesta. No se incorpora ni intenta recomponerse para disuadirme. Permanece ahí tumbada, con la fuerza agotada, y me siento en el borde del colchón, sabiendo que esta noche no podré volver a dormir.

Pasan varios segundos en silencio, y entonces ella levanta una mano hacia mí, con la palma abierta en el espacio que nos separa. No es solo un gesto, es una respuesta a la pregunta que no hice. Me muevo antes de pensar. Me quito los vaqueros y me deslizo detrás de ella. No hago preguntas ni la presiono para que me explique.

Acurrucándome a su alrededor, respiro su aroma, y cuando sus dedos encuentran los míos, la dejo que me atraiga hacia ella. El colchón se hunde bajo mi peso, y durante un momento ninguno de los dos dice nada. Su espalda está contra mí, pero siento cada temblor que recorre su cuerpo. No se resiste. Si acaso, se acerca más.

Siento que su respiración se calma contra mi pecho. Su mano encuentra la tela de mi camiseta y la agarra. No hay nada que pueda decir para arreglar lo que la despertó, aunque tengo una buena idea de lo que es. Está en una situación imposible, donde se le pide que tome partido en una guerra que no es suya. No puedo culparla por luchar con eso, y si dependiera de mí, destruiría el mundo entero para liberarla.

Pero todo lo que puedo hacer es abrazarla.

Los minutos se alargan en silencio. Me quedo inmóvil, concentrado en el ritmo constante de su respiración, en el calor de su cuerpo contra el mío. Afuera, la ciudad empieza a despertar; el zumbido temprano del tráfico aumenta bajo la ventana del apartamento. Su temblor disminuye gradualmente, hasta que la tensión abandona sus hombros y se queda quieta entre mis brazos.

Cuando finalmente habla, su voz es tan suave que casi no la oigo.

—No creo que pueda soportar esto —eleva su barbilla para que nuestros ojos se encuentren.

Aprieto mi abrazo.

—No tienes que hacerlo sola —presiono mi palma contra su espalda, sintiendo el leve ascenso y descenso de cada respiración.

Exhala lentamente, luego susurra:

—Bernardi me acorraló otra vez. Dijo que la investigación del 416-bis está revisando mi trabajo toxicológico. Entré en pánico. No mentí exactamente... pero manipulé los resultados. Gané tiempo — sus palabras tiemblan tanto como lo hacía su cuerpo antes.

Deslizo mi pulgar por su columna.

—No puedo comprarte tiempo, Alessia. Todo lo que puedo hacer es prometerte que te apoyaré si haces lo correcto, por tu familia y por ti misma.

Se mueve en el silencio que sigue, luego se vuelve completamente hacia mí y me besa suavemente. Al principio pienso en apartarla, en sacudirla y recordarle lo peligroso que es esto. Puede que la esté vigilando, siguiéndola por la ciudad, pero no puedo estar con ella cada segundo del día. Y lo que le pasó a Leo — cómo lo encontré destripado detrás del laboratorio en un charco de su propia sangre, orina y heces— podría pasarle a ella.

Pero en cambio le devuelvo el beso con igual presión, porque nunca la coaccionaré para nada. Gordo lo intentó y ella huyó de él. No le haré eso. Pero haré todo lo posible por intentar mostrarle el camino.

Nuestros cuerpos encajan sin esfuerzo, como si estuvieran destinados a entrelazarse así. Profundizo el beso, mis manos agarran sus caderas para acercarla más mientras nuestras lenguas danzan

en caricias ardientes. Sus manos recorren mi espalda, enredándose en mi pelo, sus uñas arañando mi cuero cabelludo en una deliciosa tortura.

Con un gemido ahogado, se frota contra mi muslo y siento que empiezo a hincharme. Su aroma inflama aún más mis sentidos, nublando cualquier resto de autopreservación o contención que me quede. Empezar mi día con un buen polvo nunca ha sido tan tentador y ni siquiera lucho contra la sensación de que debería levantarme y marcharme. La coloco encima de mí y agarro sus bragas, deslizándolas sobre sus caderas.

A Alessia se le entrecorta la respiración mientras descubro sus muslos sedosos y separo sus pliegues, exponiendo su húmeda entrada al aire frío. Su disposición me hace más audaz en mi deseo. Arrastro sus caderas más cerca, frotando mi dura longitud contra su calor, provocándonos a ambos con la anticipación de lo que está por venir.

—¿Por qué me deseas tanto? —refunfuño mientras ella tira de mi camiseta, tratando de deshacerse de ella. Jadea y se ríe cuando me incorporo y me la quito de golpe, casi lanzándola fuera de mi regazo.

—¿Por qué sigues volviendo? ¿No puedes mantenerte alejado? —ronronea, deslizando sus dedos en la cintura de mis bóxers.

—¿Por qué querría privarme de esto? —Mis labios se cierran sobre los suyos de nuevo mientras levanto el borde de su camisón. Se separan momentáneamente mientras se lo quito por la cabeza, y luego empujo sus hombros mientras me tumbo, para que la luz de la ciudad fuera de su ventana ilumine su piel desnuda mientras me monta.

—Haz de mí tu juguete sexual, Enzo —ronronea Alessia, y no tengo ningún problema en hacerlo. Engancho mis pulgares en mis bóxers y levanto mis caderas para empujarlos hacia abajo, y ella gruñe y se mueve mientras despego la última tela restante que separa nuestros cuerpos.

La tela cae al suelo, y nuestros ojos se encuentran en la tenue luz de su habitación. Los suyos están entornados por el deseo y un toque de desafío, como si me estuviera retando a hacer lo peor. Mi polla palpita en anticipación, deseando estar dentro de ella otra vez.

Aprieto mi agarre en sus caderas, levantándola más mientras ella me coloca en su entrada. Lentamente, oh, tan lentamente, presiono dentro de su calor dispuesto, saboreando la exquisita sensación de su estrechez aprisionándome. Sus dedos se envuelven alrededor de los listones del cabecero sobre nuestras cabezas mientras libera un gemido gutural, sus caderas arqueándose contra mí mientras lo absorbe todo.

Es insaciable. Hambrienta de más de lo que puedo darle. Y estoy más que dispuesto a complacerla. Empieza a moverse, sus tetas balanceándose mientras echa la cabeza hacia atrás y deja que su pelo cuelgue por su espalda. Agarro sus tetas con fuerza, haciendo que sus pezones se ericen entre mis dedos. Sisea y gime mientras toma el control, y la dejo pensar que está al mando mientras presiono un pulgar contra su clítoris y lo hago girar en su humedad.

A Alessia se le corta la respiración cuando le tiro del pelo, mis dedos enredándose en sus oscuros mechones mientras se balancea adelante y atrás, empalándose en mi polla con un ritmo implacable. El sudor brilla en nuestra piel, la habitación impregnada con el aroma del sexo y la sumisión. Este acto suave y entregado está muy lejos de la mujer combativa que Gordo me contrató para proteger, pero no soy alguien que rechace algo bueno.

Sus paredes se contraen a mi alrededor, apretándome, exprimiéndome para obtener cada gota de placer que puedo darle.

—Más fuerte —jadea. Así que hago lo que ordena, embistiéndola más profundo y más rápido, nuestros cuerpos chocando con la misma intensidad desesperada que antes. Sus uñas arañan mi pecho, dejando ardientes marcas a su paso, y cuando ya no puedo soportarlo más, la volteo con fuerza, lanzándola sobre el colchón.

Jadea y sus ojos se abren de par en par momentáneamente antes de que la voltee de nuevo, dejando su culo en el aire y su cara enterrada en las almohadas. Agarro mi polla, acariciándola un par de veces mientras me alineo con su otro orificio y presiono allí.

—Necesito esto —le digo mientras empiezo a empujar con fuerza, y ella gruñe y escupe mientras penetro.

Los gemidos de Alessia se intensifican, amortiguados por la almohada bajo ella mientras empujo más. Su cuerpo se tensa a mi

alrededor, sus paredes contrayéndose alrededor de mi grueso miembro. Lentamente, entro y salgo, trabajando más allá de su estrecho anillo de músculos hasta que empieza a relajarse. Sus gemidos se vuelven más agudos y desesperados, sus caderas moviéndose para encontrarse con mi ritmo mientras me muevo dentro y fuera de su firme culo. Sus manos aprietan el edredón en puños a su lado, los nudillos blancos contra la tela negra.

—Oh, joder —jadea—, fóllame, Enzo —Como si necesitara más invitación... Presiono más fuerte y más rápido, golpeando su culo y dejando brillantes marcas rojas bajo mis dedos. Gime y se sacude contra mí, suplicando más. Alcanza entre sus muslos y se frota, intentando desesperadamente alcanzar el orgasmo, y le tiro del pelo un poco más fuerte mientras la embisto.

—Eso es... Te gusta duro, ¿verdad? Suplica por tu recompensa.

Temblando, grita:

—¡Sí, fóllame más fuerte! ¡Me-me encanta! ¡Por favor... te necesito tanto! —En respuesta, retrocedo y me hundo más profundamente en ella, provocando un largo gemido de ambos. Mis bolas se contraen; gruño su nombre mientras oleada tras oleada de semen estalla en su hambriento culo, su estrecho anillo de músculos exprimiendo cada gota de mí en un delicioso y prolongado orgasmo.

Alessia tiembla y se sacude. Necesito ambas manos en sus caderas para sostenerla mientras intento mantener el equilibrio, y ella convulsiona y sacude la cama. Su cuerpo comienza a ralentizarse y queda inmóvil.

Cuando salgo de ella, se desploma hacia un lado y yo me dejo caer en la cama junto a ella, atrayéndola contra mi pecho para abrazarla. Su respiración es tan pesada que puedo sentir todo su cuerpo pulsando con cada latido. Cierra los ojos; le doy un beso en la sien y despego un rizo de pelo de su mejilla que se adhiere con sudor.

—Gracias —susurra, y la abrazo más fuerte. Permanecemos en los brazos del otro durante un largo rato, mientras el sol continúa saliendo y la habitación se ilumina más.

Se queda dormida rápidamente, su respiración volviéndose regular mientras descansa contra mí. Su mano permanece enredada

en la tela de las sábanas, y no me muevo durante mucho tiempo. La luz exterior cambia lentamente, revelando el amanecer, pero dentro todo está quieto y cálido.

Estudio la forma de su boca, la delicada elevación de su mejilla y la tensión que finalmente ha desaparecido de su cuerpo. Durante un rato, me permito creer que está a salvo aquí. Que cualquier tormenta que nos espere no puede alcanzarla en este momento. Pero una elección equivocada, un movimiento en falso, y todo se desmoronará a su alrededor. Es por eso que tengo que irme.

Antes de que el sol salga por completo, me deslizo fuera de la cama, recojo mi ropa, me visto en silencio y salgo del apartamento sin despertarla. Para cuando llego al patio de embarque abandonado, donde el rastro de la tarjeta SIM me ha llevado a una oxidada verja de alambre fuera del antiguo laboratorio de investigación de Luca Bernardi, es casi mediodía. Antes de que le contratara el Ministerio de Justicia. Se supone que el edificio está cerrado, pero una luz tenue parpadea en el interior.

Abro la puerta muy lentamente y entro en un espacio de trabajo mayormente desmantelado. El polvo se adhiere a todas las superficies. Los armarios están medio abiertos, el aire es viciado por el desuso. En la esquina más alejada, Luca está inclinado sobre una caja de papeles, metiendo archivos en un maletín de cuero. Cuando descubrí que la información de la SIM conducía aquí, me pregunté por qué. Pero tiene sentido si Vescari estaba tratando de enviarle un mensaje. Uno que nunca entregaré.

Levanta la mirada cuando me oye. Su rostro permanece inexpresivo por un momento antes de fruncir el ceño. No se estremece ni retrocede, y tampoco se molesta en fingir sorpresa. Simplemente se endereza lentamente, como si estuviera esperando interferencias, y deja que su mano descanse deliberadamente sobre la caja frente a él.

—¿Haciendo limpieza? —pregunto, manteniendo un tono neutro.

Cierra la cremallera del maletín con una lentitud exagerada.

—Van a cerrar el laboratorio definitivamente. Pensé en llevarme mis recuerdos.

Me muevo con cuidado alrededor mientras le pregunto:

—¿Qué le has estado dando a la policía? —No tengo muchas esperanzas de que me dé respuestas reales, pero la curiosidad mató al gato.

Se ríe, realmente se ríe.

—No necesitan que les dé nada. El grupo de trabajo del 416-bis ya tiene suficiente para quemar todos los sindicatos desde aquí hasta Palermo.

Mi agarre se tensa.

—Si eso fuera cierto, habría una cacería humana en marcha y yo estaría en prisión en vez de aquí contigo —su expresión se oscurece aún más y recoge su bolsa defensivamente, tirando de ella hacia sí mismo.

Antes de que pueda responder, suena un estruendo metálico fuera. Retrocedo a un lugar sombrío junto a la ventana, sacando mi pistola con un movimiento fluido. Me oriento hacia la puerta justo cuando se abre de golpe.

La inspectora Elena Greco irrumpe con dos policías de paisano flanqueándola. Echa un vistazo y saca su arma antes de que pueda pensar. No dispararé primero y seré juzgado por atacar a un oficial de la ley, pero no dudaré en defenderme.

Greco parece molesta, pero sus hombres parecen aterrorizados. Saben quién soy por sus miradas, y la forma rastrera en que Bernardi se escabulle por la puerta hacia su propia escapatoria solo hace que esto esté lleno de interrogantes.

—¡Bájala, Morelli! ¡Ahora! —Greco apunta su arma hacia mí pero no dispara.

Aunque uno de sus hombres no espera; dispara y el proyectil pasa junto a mi oreja y perfora la pared detrás de mí.

Me agacho y devuelvo un disparo, lo justo para hacerles dispersarse. El hombre se lanza al suelo siguiendo a su compañero a su lado y Greco grita de nuevo, pero yo ya me estoy moviendo. Atravieso el pasillo trasero, empujo una puerta de salida oxidada y desaparezco en el laberinto de contenedores del patio.

Los disparos estallan detrás de mí mientras corro, el sonido rasgando el almacén como un trueno. Los dos policías de paisano se gritan entre sí, sus botas golpeando detrás de las mías. Salto sobre

un carro volcado y me escondo detrás de una columna de soporte mientras las balas se clavan en las paredes a mi alrededor. El polvo de cemento cae del techo sobre mí.

Recupero el aliento durante medio segundo, luego me muevo de nuevo rápidamente con concentración. Rodeo la esquina y los oigo separarse: uno va por la izquierda, el otro intentando flanquearme. La voz de Greco corta el caos, ladrando órdenes que no me detengo a descifrar.

La puerta trasera está oxidada, pero no cerrada. La abro de golpe con el hombro y salgo del patio de embarque a un callejón a solo unas manzanas de mi coche. La luz del sol se refleja en los contenedores metálicos, desorientándome por un segundo, pero sigo moviéndome, zigzagueando entre coches aparcados y atento a la persecución.

Uno de ellos dispara de nuevo. La bala golpea un contenedor con un sonido metálico hueco justo al otro lado de la valla, pero no pueden alcanzarme sin ir primero a la puerta. No me detengo. Me lanzo entre dos coches, salto un palé roto y desaparezco por un callejón lateral atestado de maleza y contenedores de basura.

Para cuando llegan al borde del patio, ya he desaparecido.

Greco probablemente pensó que me iba a atrapar en el momento en que me vio, y seguramente está muy cabreada por haberme escapado. Sus hombres no dejarán de oírlo.

Pero algo útil salió de todo esto. Bernardi está muerto de miedo. Está empacando cualquier rastro de viejos expedientes en los que ha trabajado porque sabe que no nos vamos a quedar de brazos cruzados. Cubrirse el culo es la única jugada que tiene, ya que no tiene pruebas suficientes para ir a por todas con la investigación sin Alessia.

La mala noticia es que ahora la presionará más fuerte y no estoy seguro de si podrá soportarlo.

15

ALESSIA

El zumbido de la centrífuga se mezcla con el suave tic-tac del reloj de pared, ambos marcando el tiempo en una habitación donde parece que todo se ha detenido. Me inclino sobre la estación de trabajo y etiqueto el tercer vial, comprobando dos veces el código de barras antes de colocarlo en la gradilla. Las muestras de sangre son de un caso más reciente —más pequeño, menos cargado políticamente—, pero mis manos se mueven con cuidado. La repetición es consuelo. El procedimiento es seguridad.

Introduzco los parámetros para un panel de toxinas y dejo que la máquina comience su ciclo. Mientras funciona, me giro hacia el congelador y saco una muestra antigua, que no forma parte de ningún informe abierto. Solo algo que he estado posponiendo. La registro extraoficialmente, fuera del sistema, y ejecuto una rápida prueba de degradación de proteínas, no porque sea necesario, sino porque quiero ver qué tan bien se ha conservado.

La pantalla se ilumina con los resultados iniciales, mostrando una estructura molecular limpia y solo signos menores de degradación. Los datos son sólidos: consistentes, intactos y adecuados para una secuenciación completa sin requerir otra extracción. Documento los hallazgos, escribo una breve nota para mis registros y archivo el informe manualmente. Después, hago una copia de seguridad del

archivo en mi unidad encriptada, guardándolo hasta que decida qué hacer a continuación.

No es lo que había planeado hacer hoy, pero mantiene mis manos ocupadas. Y ahora mismo, con todo lo que tengo en mente, es lo que necesito que haga. No dejo de mirar de reojo el perfil encontrado bajo las uñas de Matteo, incapaz de contenerme. Ya sé que es una coincidencia familiar, pero no saber exactamente a quién pertenece me está carcomiendo. Sigo preguntándome si podría ser del tío Emilio. Si todo este tiempo he estado asumiendo una traición mientras pasaba por alto otra. La única manera de estar segura es compararla con mi propia sangre.

Saco una aguja nueva de la bandeja estéril y me ajusto el torniquete alrededor del brazo. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras desinfecto la piel e introduzco la aguja. La sangre llena el vial en un flujo constante. Es brillante y cálida mientras sube hasta la línea de llenado, clara e innegablemente mía. Retiro el torniquete, presiono la gasa sobre la punción y etiqueto la muestra, pero no con mi propio nombre.

No puedo usar datos reciclados ni controles archivados. Necesito saberlo con certeza, no solo clínicamente, sino con todo mi ser. Así que cargo la muestra fresca en el analizador y comienzo a configurar los parámetros de comparación.

Esta prueba no es solo un paso en el proceso: es una decisión. Estoy comparando mi sangre con el perfil desconocido extraído de bajo las uñas de Matteo. Ya sé lo que mostrará, pero la certeza de verlo confirmado en la pantalla me obliga a enfrentarlo. Saberlo en teoría es una cosa. Ver cómo se desarrolla en tiempo real es algo completamente distinto.

Necesito que la verdad me mire fijamente para no poder apartar la vista. Para que me obligue a tomar finalmente mi decisión, la que Enzo está presionando.

La pantalla parpadea y luego comienza a procesar. Cada pasada aprieta algo en mi pecho. Ver la confirmación avanzar línea por línea en la pantalla se siente diferente.

La línea final aparece en la pantalla: probabilidad de coincidencia 99,9%. La comparación es estadísticamente concluyente. La muestra

de debajo de las uñas de Matteo Vescari comparte un perfil mitocondrial casi idéntico con el mío, reduciendo el origen a un pariente paterno directo. Eso deja solo una posibilidad. No un primo. No un tío lejano. Mi padre.

La pantalla no deletrea su nombre, pero no hace falta. La probabilidad no deja lugar a dudas. Me golpea como un puñetazo en el estómago y siento que voy a vomitar.

Mi mano se aleja de la consola. Me apoyo en el borde del escritorio, obligándome a respirar para superarlo.

Creía entender lo que significaban los datos. Me dije a mí misma que estaba preparada. Pero ahora que está confirmado, la realidad se siente como un derrumbe dentro de mi pecho. La certeza corta más profundo de lo que la sospecha jamás podría. Miro fijamente el resultado y siento que todo cambia. No sé cómo seguir adelante con esta verdad tan firmemente alojada dentro de mí, pero sé que no puedo fingir que nunca la vi.

Los datos confirman el contacto directo en el momento de la muerte de Matteo. El ADN no fue depositado días antes ni transferido por proximidad casual. Fue introducido durante el intervalo crítico, cuando lo mataron, y de una fuente tan genéticamente cercana que no hay alternativa plausible.

Vescari arañó el cuerpo de mi padre en algún lugar, y su sangre quedó alojada bajo las uñas del hombre muerto. Significa que si viera a mi padre, no habría forma de confundir los arañazos, probablemente en sus brazos, cuello o cara. Sacudo la cabeza y miro fijamente la pantalla.

Si presento esto, la investigación del 416-bis tiene lo que necesita para presentar los cargos. Este hallazgo vincula a mi padre directamente con el asesinato. Y si lo vincula a mi padre, vincula a Emilio y a Enzo, y a toda la maldita organización. Es una bala humeante, y soy la única que lo sabe.

Me recuesto en mi silla sintiendo mareos. Mi mano se cierne sobre la tecla de carga, luego cae a mi lado.

En su lugar, rápidamente guardo los resultados en una unidad local. Encripto el archivo, lo almaceno en una unidad local y lo aíslo del sistema principal. Permanece invisible a menos que alguien sepa

exactamente dónde buscar. No puedo obligarme a destruir la evidencia, pero bien puedo enviarla.

Unos segundos después, un correo electrónico del Dr. Bernardi ilumina mi bandeja de entrada. El mensaje es educado en la superficie, envuelto en profesionalidad, pero hay tensión detrás de cada línea. Es un recordatorio para cumplir con el grupo de trabajo antes del fin de semana, formulado como una cortesía pero con intención de presionar.

Miro la pantalla durante un largo momento, luego cierro el programa sin guardar nada más. Me aparto del escritorio, con el corazón acelerado, y saco mi teléfono. Mis manos están temblorosas mientras busco el contacto de Enzo y marco. Contesta antes del segundo tono.

—¿Alessia? ¿Está todo bien? —Su voz es instantáneamente reconfortante, pero no soy lo suficientemente tonta como para decir mucho por teléfono.

—Eh, estoy lista para ir a casa. Me gustaría que pudieras venir a la puerta trasera... —Mi voz se quiebra al hablar, y al mismo tiempo me levanto y recojo mi bolso y abrigo. No puede aparcar en la propiedad, pero la puerta trasera del laboratorio se abre a un callejón donde puede encontrarme en unos pocos pasos en lugar de los treinta metros de la manzana.

—Sí, por supuesto... Te noto alterada.

—Enzo... Era él. —No puedo decir mucho más que eso, pero por la forma en que cuelga el teléfono, sé que entiende que no lo haré.

Mis ojos se mueven nerviosamente mientras vigilo al Dr. Bernardi en mi camino hacia la parte trasera. No necesito otra charla sobre ser puntual con mi informe, y si me abordara ahora probablemente me rompería como una cáscara de cacahuete.

Enzo ya está esperando en la acera, con el motor en marcha, cuando salgo por la salida trasera y cruzo el corto tramo de pavimento. Abro la puerta del copiloto y subo sin decir palabra. Pone el coche en marcha y se aleja de la acera como si solo estuviéramos saliendo a cenar, no huyendo de una mentira que he estado pensando en contar.

Durante unas cuantas manzanas, no hablo. Mantengo los ojos en el parabrisas, con las manos apretadas en mi regazo. Finalmente, digo:

—La coincidencia mitocondrial ha dado un 99,9 por ciento. Es mi padre.

Enzo mantiene una mano en el volante mientras extiende la otra para posarla sobre mi rodilla. Es un gesto atrevido ya que no somos realmente pareja, pero no me importa. Me reconforta.

—¿Has tomado una decisión? —pregunta, lanzándome miradas.

—Estoy entrando en pánico. Quiero hacer lo correcto. —Me cubro la cara para ocultar mi vergüenza, pero no hay cómo esconderse de él.

Me mira de nuevo, luego vuelve a la carretera, y su agarre en mi rodilla se aprieta.

—¿Correcto para quién?

—No lo sé. No puedo pensar con claridad. —Estoy sacudiendo la cabeza, deseando que toda esta situación desaparezca para poder volver a ser normal otra vez.

Su voz es tranquila, pero firme.

—Si los Costa caen, te arrastrarán con ellos. No estás lo suficientemente alejada. Y si ellos caen, los Bianchi no tardarán en seguirlos. Yo estaré en prisión. No podré protegerte de ninguno de ellos.

Miro por la ventana, las luces de la ciudad difuminándose en el cristal mientras pasamos. Mi garganta se tensa, pero me obligo a respirar lentamente, para no desmoronarme frente a él. No puedo responderle todavía. Cada posible resultado parece una trampa. Cada elección lleva a que alguien sangre, tal vez incluso muera. Y todo ello vuelve a mí.

Presiono los dedos contra mis sienes, deseando que el mundo vaya más despacio.

16

VINCENZO

Emilio no se inmuta cuando digo las palabras. Se recuesta en su silla sin vacilación y exhala una larga columna de humo de cigarro como si lo hubiera esperado todo este tiempo.

—Así que es Gordo —se inclina ligeramente hacia adelante, juntando las manos, con el cigarro aún pinzado entre dos dedos. Su cabeza ligeramente calva brilla por el sudor mientras me mira con enfado.

—Es una coincidencia del noventa y nueve coma nueve por ciento. Sangre de debajo de las uñas de Matteo. Alessia misma volvió a analizarla comparándola con su propia sangre —observo su expresión buscando un destello de sorpresa, pero no hay ninguno.

Golpea la mesa una vez con los nudillos y se recuesta, frotándose la cara con una mano—. Maldita sea, Gordo, ¿en qué estabas pensando...

—Es suficiente para presentar cargos. Suficiente para activar el resto del caso —sé lo que va a decir. Va a decirme que elimine a Bernardi, pero no marcará ninguna diferencia a estas alturas. No creo que alguna vez la hubiera marcado. El impulso para la investigación vino desde arriba desde el principio.

Su mirada se agudiza—. ¿Y ella aún no lo ha entregado? —la forma en que entrecierra los ojos con escepticismo tampoco me

sorprende. Piensa que Alessia simplemente va a traicionarlo porque cortó lazos, pero no puede ver que incluso para ella la sangre significa algo. O tal vez sea mi advertencia sobre otras familias criminales persiguiéndola lo que la está frenando.

—Todavía no. Está nerviosa, pero creo que se está inclinando en la dirección correcta —mantengo un tono uniforme, aunque ya puedo sentir hacia dónde se dirige esta conversación.

Emilio asiente lentamente, luego se inclina hacia adelante otra vez—. Entonces es hora de apretar nuestro control. Mantenla contenida. Y quiero presionar a Luca Bernardi. Quizás podamos apretarle para que desista ahora —se aparta de la mesa y me mira fijamente como si ya hubiera dictado una orden que no puedo cuestionar.

Quiero protestar contra esta decisión, pero sé cuándo cuestionarlo y cuándo dejarlo estar. Así que me levanto y salgo con planes de encontrar a Bernardi y presionarlo un poco. No soy tan ingenuo como para pensar que funcionará, pero puedo intentarlo.

En cuanto estoy en el coche, empiezo a hacer llamadas. Conozco a Luca. Es escurridizo, el tipo de hombre que nunca aparca en el mismo lugar dos veces a menos que se sienta protegido. Me lleva unas horas, pero lo localizo en un hotel seguro al borde del Trastévere. El lugar es discreto, protegido de miradas externas y completamente equipado con cableado de vigilancia profunda por toda la propiedad que ellos llaman sistema de seguridad, pero yo sé cómo evitar las cámaras.

Aparco a dos manzanas y apago el motor y las luces. El hotel es alto y está encajado en una calle estrecha, con su entrada parcialmente oculta por una hilera de setos y un discreto quiosco de seguridad. Justo antes de las diez de la noche, un movimiento parpadea en el vestíbulo. Luca aparece vistiendo un traje planchado; su postura es relajada y satisfecha. La sonrisa burlona que lleva no ha cambiado desde el día en que lo conocí, y cada vez que la veo, imagino cómo se sentiría estamparle mi puño en ella.

Salgo del coche y comienzo mi aproximación. Mi plan es llevarlo a un lugar tranquilo donde pueda hacerle algunas amenazas serias.

Si está asustado cometerá errores, y quizás se sienta lo suficientemente intimidado como para alejar a Greco.

Sin embargo, mientras me acerco a la entrada principal, noto movimiento por el rabillo del ojo.

Elena Greco entra al vestíbulo desde un pasillo lateral, caminando con determinación. Sus hombros están erguidos y su barbilla alta. No muestra ninguna placa ni habla con el recepcionista. Camina directamente hacia Bernardi, quien se levanta y le extiende una mano para estrechar la suya.

Me quedo paralizado a medio paso y me escondo detrás de una columna, moviéndome para mantener a la vista el reflejo de la entrada de cristal. Luca la saluda cerca de los ascensores. Hablan sin mirar alrededor, sin comprobar las salidas y sin la rigidez que viene de la supervisión oficial. Su lenguaje corporal es tranquilo, coordinado. Están sonriendo y riendo como viejos amigos, como si fuera una cita o un encuentro casual. Se conocen bien, lo que significa que si presiono a Bernardi, no dudará en contárselo a Greco.

Entrecierro los ojos y retrocedo hacia las sombras, sintiendo cómo la ira me oprime el pecho. La policía estatal no está rondando; ya tienen todo el maldito plan trazado. Me sorprende que no se hayan presentado cargos ya.

No cometo el error de acercarme más. Me muevo rápido pero con cuidado, manteniéndome en los bordes del aparcamiento hasta que me deslizo por una puerta lateral hacia el garaje. Las luces del techo parpadean y mis pasos resuenan sobre el hormigón. Me obligo a respirar uniformemente aunque mi pulso se acelera por la ira.

Una vez que llego a mi coche, me meto en el asiento del conductor y cierro la puerta sin dar un portazo. El cierre encaja en su sitio. Espero a que la puerta se cierre detrás de mí antes de sacar mi móvil desechable y marcar a Emilio. Voy directo al grano.

—Ya han llegado a Bernardi —digo mientras miro a través del parabrisas, observando sombras que se arrastran por la fachada de hormigón del hotel—. Una agente del DNA, Greco, se está reuniendo directamente con él ahora mismo.

Puedo sentir la presión acumulándose en mi pecho mientras me acomodo en mi asiento y arranco el coche con el teléfono apretado contra mi oreja. Bernardi cree que Alessia va a producir, y eso significa una investigación masiva, más grande que la que ya tienen en marcha. Y si está con Greco en una zona segura federal, significa que no solo están construyendo el caso, están cerca de lanzarlo. Cada segundo que estuve fuera de ese hotel, sentí cómo se cerraba la ventana.

Están a punto de actuar.

—Necesitamos detener esto —espeta Emilio. Puedo oír movimiento en su lado, el crujido de papeles o quizás algo más pesado—. Mátalo.

—Jefe, es demasiado tarde para eso. A Greco no le importará si Bernardi desaparece. Todo lo que está esperando es el informe que Alessia entregue —mi voz baja mientras miro por encima de mi hombro, asegurándome de que no me han seguido.

Ya no son rumores. La evidencia es sólida y admisible. Tienen pruebas si Alessia las entrega. Tienen un respaldo sólido: documentación del laboratorio, archivos autentificados y una cadena de custodia verificable que conecta cada pieza de evidencia. Y están ejecutando una estrategia coordinada, apretando la red con cada movimiento.

Emilio jura en voz alta al otro lado, una cadena de maldiciones tan afiladas que aparto el teléfono de mi oído—. Ocúpate, Enzo. No me importa cómo. Simplemente haz que desaparezca —ladra, y luego la línea se corta.

Me quedo en silencio, agarrando el volante con ambas manos mientras miro a través del parabrisas. Todos los pensamientos chocan a la vez: Bernardi excavando, Greco acercándose, Emilio ladrando órdenes como si la sangre pudiera tapar agujeros. Parpadeo con fuerza y exhalo lentamente, tratando de calmar el caos que presiona detrás de mis ojos. Pero el silencio no me calma, agudiza las cosas. El momento ha cambiado. Pongo la marcha y me alejo del bordillo. No sé qué diré cuando vea a Alessia, pero sé dónde necesito estar.

Me detengo cerca de su edificio para comprobar el perímetro antes de subir. Es costumbre ahora después de lo que le pasó a Leo.

Un sedán oscuro está aparcado al otro lado de la calle con el motor apagado y las luces atenuadas, en una posición que ofrece una vista sin obstrucciones de la entrada del edificio. No es uno de los nuestros y lo estudio a distancia por un momento. Pero noto la placa de la policía estatal en la parte trasera y se me retuerce el estómago. Paso lentamente por delante, luego vuelvo por detrás de una fila de motocicletas y lo miro con rabia.

No puedo simplemente dejarlo pasar. Cruzo la calle, me acerco a la ventanilla del conductor y golpeo con fuerza. El cristal tintado no baja inmediatamente, así que golpeo de nuevo, más fuerte esta vez. Cuando finalmente baja, el hombre del interior me mira como si estuviera molesto. Cuarenta y tantos años, bien afeitado, esforzándose demasiado por parecer poco notable.

—¿Te has perdido? —pregunto, manteniendo mi voz uniforme.

No responde, pero mueve su mano hacia la consola, tal vez buscando una placa o quizás un arma, pero no retrocedo porque si están acampados aquí, tienen una razón. Necesito saber esa razón.

—Si la estás vigilando, será mejor que te asegures de que alguien te vigila a ti —el dobladillo de mi chaqueta se agita con la brisa y lo agarro, manteniéndolo abierto para que pueda ver a qué me refiero. El tipo es demasiado viejo para este trabajo, pasado su mejor momento, y a juzgar por el miedo en sus ojos, diría que entiende quién soy.

Murmura algo sobre hacer su trabajo, luego pone el coche en marcha bruscamente. Los neumáticos chirrían contra el pavimento mientras se aleja tan rápido que casi me atropella los dedos de los pies.

Corro hacia mi coche y me incorporo a la calle detrás de él. Acelera a través del cruce y lo sigo, los neumáticos chirriando mientras tomo la curva bruscamente. Cruza dos carriles de tráfico y se mete en una rotonda sin señalizar, forzando a un scooter a desviarse y maldecirlo. No pierdo terreno. Mi concentración se agudiza.

Acelera por una amplia avenida bordeada de casas adosadas y da otro giro brusco a la izquierda, casi rozando un cubo de basura. Me quedo pegado a su parachoques. Las bocinas suenan detrás de nosotros mientras atravieso el mismo giro, forzando el coche más de lo que debería. Se dirige hacia el borde del distrito, donde las farolas escasean y el pavimento tiene más baches que carretera.

Lo veo mirar atrás a través del retrovisor. No conoce la ciudad como yo. Ahora está entrando en pánico, virando hacia un estrecho paso subterráneo cerca del patio del tren. Lo sigo y el mundo se cierra: hormigón a ambos lados, luces parpadeantes en lo alto, el agudo chirrido de mis neumáticos haciendo eco.

Sale a una vía de acceso y gira bruscamente a la derecha. Pero hay un camión retrocediendo hacia un muelle de carga, bloqueando la mayor parte del carril. Me desvío ampliamente, tratando de mantenerlo a la vista mientras desaparece entre dos contenedores de envío al final del lote. Mi coche choca contra dos cubos de basura que estaban fuera para la recogida nocturna y me veo obligado a frenar bruscamente para evitar golpear el camión.

Para cuando tomo el giro, ha desaparecido.

Levanto el pie del acelerador y me detengo. Está fuera de vista, pero no olvidará el mensaje. Los Costa todavía están en este juego y no vamos a retroceder sin luchar.

17

ALESSIA

El bar del hotel está todo decorado con madera pulida y piel italiana, con una tenue luz ámbar que baña todo con el mismo resplandor indulgente. Saboreo un Negroni e intento no parecer nerviosa. Pero la parte trasera de mi vestido está húmeda donde se adhiere al terciopelo del reservado, y cruzo las piernas lentamente, con cuidado de no mostrar demasiada piel.

Luca Bernardi ya lleva tres copas cuando aparece. No se sienta inmediatamente. Se queda de pie al borde de la mesa como si estuviera esperando una invitación, como si esto fuera una cita para cenar en lugar del juego de poder que realmente es. Exigió que nos reuniéramos extraoficialmente, fuera del trabajo, dijo que no quería que ciertas cosas fueran escuchadas en los servidores del gobierno o que circularan por los chismes departamentales. No discutí, porque si él sabe algo, necesito saber qué es.

—Alessia —dice, con la voz arrastrándose por los bordes—. Si estás ocultando algo, pruebas, informes, incluso cabos sueltos, es hora de decidir cómo acaba esto —sus dedos rozan la superficie lisa de la mesa mientras me mira amenazadoramente. No voy a soltar lo que sé y nunca encontrará mis pruebas, a menos que yo quiera que lo haga. Pero para eso necesitaría garantías.

—Llega usted tarde —respondo, removiendo el hielo en mi vaso —. Pero supongo que está en su carácter. —Mi indiferencia es totalmente fingida. Mi corazón es un martillo neumático contra mis costillas.

Sonríe con suficiencia y se desliza en el asiento frente a mí mientras se desabrocha la chaqueta y se alisa la corbata sobre el pecho. No tiene ninguna bebida en la mano, pero en su rostro hay una sonrisa oscura y presuntuosa. Como si eso debiera intimidarme. No tiene ni idea de que he estado follando con el diablo. El Dr. Bernardi no me asusta en absoluto ahora mismo.

—Están a punto de cerrar el caso —dice, como si fuera una actualización casual—. Podrían faltar días. —Puedo oler el hedor a whisky en su aliento, lo que significa que estaba en el servicio de caballeros cuando llegué, habiendo bebido mucho antes de ese momento, o que estuvo en otro lugar emborrachándose antes de llegar.

Mi garganta se tensa.

—¿El caso Vescari?

Asiente, haciendo un gesto para pedir otra copa.

—No solo él. El nombre de Gordo Costa está apareciendo cada vez más. —Entrecierra los ojos mirándome sombríamente y su sonrisa se hace más profunda—. Y ya sabe lo que ocurre una vez que su nombre está en el papel. Atrae a todos los de su órbita bajo el microscopio.

Mantengo mi rostro neutral, pero mi corazón galopa. La insinuación me golpea con fuerza y rapidez. No pronuncia mi nombre específicamente, pero no hace falta. Oculté pruebas. Alteré cronologías. Incluso si corrijo el rumbo ahora, estoy contaminada.

¿Y por qué nombró a mi padre directamente? Podría haber sido un desliz o una advertencia. Pero si Luca ha descubierto quién soy, si sabe que Gordo Costa no es solo un nombre en un archivo sino el hombre que me crió, entonces todo ha terminado. Mi tapadera profesional, mi nombre, mi vida cuidadosamente construida... todo se derrumba.

Él no sabe lo que yo sé. No ha visto la coincidencia de ADN. Pero si empieza a conectar puntos y decide usar mi linaje en mi contra,

no necesitará una orden judicial para conseguir lo que quiere. Simplemente se inclinará y me recordará a quién pertenezco.

—El grupo de trabajo ya está elaborando su lista de acusaciones —dice, mientras el camarero se acerca—. No serán solo los jefes. Serán los lugartenientes, los encubridores, los profesionales médicos. Cualquiera que supiera y no actuara. —Su atención se dirige al hombre delgado y enjuto con tatuajes en los brazos mientras pide una copa, pero mi columna vertebral se tensa.

Miro a la pared de espejos detrás de él y veo mi reflejo oscilar, ligeramente distorsionado por el bisel del cristal. Mi piel parece pálida y húmeda; mis ojos están hundidos y los rodean círculos oscuros. Podría ser la iluminación, pero mi intuición me dice que es solo la ansiedad enfermiza apoderándose de mí.

Se inclina hacia delante.

—¿Cree que obtendrá inmunidad si comparte ahora?

—No he hecho ningún descubrimiento —digo cuidadosamente, porque esa es la narrativa que he establecido. Eso es lo que les dije. Necesitaba más tiempo para más pruebas, pero parece que el tiempo se ha acabado.

—Claro que no. —Sonríe, mostrando ligeramente los dientes—. Por eso está aquí, ¿verdad? Porque le gusta el suspense y el tira y afloja. O quizás sea porque sabe exactamente lo cerca que estamos. Quizás está intentando decidir si quiere hundirse con su padre o entregarnos algo que le permita salir ilesa.

Un escalofrío repentino me hace estremecer mientras proceso las implicaciones de lo que acaba de decir.

—¿Cree que Gordo Costa es mi padre? —Las palabras salen huecas porque me siento destrozada.

Inclina la cabeza.

—Se cambió el nombre, se mudó al otro lado del país. ¿Espera que me crea que lo hizo por las vistas? —El camarero trae un vaso con unos dedos de whisky y lo pone frente a él, lo que sirve como una ligera distracción de la forma en que me siento acorralada.

Tengo la garganta seca. Miro fijamente mi vaso mientras la adrenalina corre por mi cuerpo, haciéndome temblar.

—Esa es una acusación muy grave.

—He visto lo suficiente para saber quién es, Alessia, y tengo pruebas. —Deja que las palabras queden suspendidas entre nosotros, cargadas de implicaciones. Aprieto el bolso contra mi estómago, buscando desesperadamente una justificación que pueda desviar su objetivo. Pero no hay nada limpio a lo que aferrarme.

Todo lo que he hecho para protegerme —cambiar mi nombre, trasladarme de ciudad, construir un expediente limpio— de repente parece un desvío deliberado. Una fachada, una tapadera demasiado bien elaborada. En este contexto, parece que me hubieran colocado donde estoy precisamente para encubrir las actividades ilegales de mi padre.

Se inclina más hacia delante.

—Si Greco descubre que una Costa está trabajando en la oficina del médico forense, le revocarán la placa antes de que pueda redactar su dimisión.

Abro la boca, pero no sale nada. El horror de la situación me golpea a pedazos. Si él tiene razón —y sé que la tiene— entonces no solo estoy en riesgo, estoy comprometida. Bernardi lo ve ahora. Mi nombre es algo que puede usar, una historia que puede vender. Mi linaje me hace vulnerable; mi posición me hace valiosa, y la combinación le da todo lo que necesita para controlarme. Él lo sabe.

Y ahora, yo también.

Estudia mi silencio como si fuera la confirmación que buscaba.

—Si quiere mantener su trabajo, su libertad, incluso su apartamento, entonces deje de fingir que es una pequeña científica imparcial. Es una Costa, le guste o no. —Se inclina hacia delante, bajando la voz.

Mi pulso está por todas partes. Trago saliva y me siento más erguida, pero no digo nada.

—Debería pensar muy cuidadosamente en lo que está guardando, Alessia. Y para quién lo está guardando.

Ya no puedo seguir sentada allí sin derrumbarme, así que me deslizo fuera del reservado lentamente, dejando suficientes billetes de euro en la mesa para cubrir mi bebida. Mientras camino, me tiemblan tanto las manos que no puedo abrocharme la chaqueta.

—No espere demasiado para elegir un bando —me grita—. Nadie es neutral para siempre.

Fuera, el aire es más frío de lo que debería ser a finales de primavera, y corta a través de la tela de mi blusa mientras camino. El frío debería ayudar, pero mi cuerpo ya está temblando tan violentamente por todo lo que sucedió dentro del bar que tengo que apoyarme contra una farola solo para mantenerme firme. Una Vespa pasa zumbando. Alguien silba desde el otro lado de la calle. Roma sigue viva, iluminada, bulliciosa porque la vida continúa.

Pero para mí se ha detenido.

Camino el resto del trayecto a casa, apenas registrando el zumbido del tráfico o la charla de los cafés cercanos. Uno de los hombres de Vincenzo me sigue a una distancia respetuosa, sin hablar nunca, sin llamar la atención. Es una sombra para demostrar que no estoy sola, aunque siento que lo estoy.

Cuando llego a mi edificio, mis nervios están destrozados. Exploro la calle de nuevo por costumbre, luego subo las escaleras lentamente, con la mano aún temblando mientras me agarro a la barandilla. La puerta de mi apartamento está entreabierta y eso me hace detenerme.

La cerradura está intacta, no rota ni doblada, simplemente dejada abierta. Mi estómago da un vuelco. Pero cuando empujo la puerta para abrirla del todo, encuentro a Vincenzo en mi sofá, con los codos sobre las rodillas, una copa en la mano. No levanta la mirada de inmediato. Solo dice:

—Me he tomado la libertad de entrar. Espero que no te importe.

No le respondo verbalmente. Cierro la puerta suavemente, dejo caer mi bolso y cruzo la habitación sin decir una palabra. Me subo a su regazo, a horcajadas, con las rodillas presionadas contra el cojín a cada lado. Todo mi cuerpo tiembla mientras me tiendo sobre su pecho y me aferro a su cuello.

Sus manos van instintivamente a mis caderas, estabilizándome.

—Alessia —dice, con voz baja—. ¿Qué ha pasado?

Niego con la cabeza, tratando de formar las palabras, pero empiezan las lágrimas, y cuando lo hacen, es como si se hubieran abierto las compuertas del infierno.

Enzo espera pacientemente, acariciando mi pelo por la espalda, calmándome con arrullos y callándome cuando es apropiado. Y cuando he sacado suficiente emoción para poder expresarme claramente, hablo.

—Bernardi lo sabe —susurro finalmente—. Sabe que soy una Costa.

La mandíbula de Vincenzo se tensa. Sus dedos se curvan ligeramente contra mi cintura mientras sus ojos escudriñan mi rostro, pero no habla.

—Tiene pruebas —añado—. Y ha amenazado con todo. Mi licencia. Mi trabajo. Mi apartamento. Dijo que me entregaría a Greco. —Tengo un hipo y sorbo por la nariz, y él niega con la cabeza enfadado mientras me mira fijamente.

Veo cómo su rostro se contorsiona al darse cuenta del nuevo riesgo para mí, del desastre que se desarrolla ante sus propios ojos.

—No vas a enfrentarte a esto sola —dice finalmente—. ¿Me oyes? Ni un segundo de esto por tu cuenta.

Asiento, pero el nudo en mi pecho no se afloja. Porque sé que la siguiente pregunta llegará, y no sé cómo la responderé: ¿qué voy a hacer ahora?

18

VINCENZO

El sol no ha salido por completo cuando me detengo en Via del Colosseo, pero la ciudad ya está en movimiento. Camiones de reparto pasan rugiendo frente a tiendas que aún no están del todo abiertas esta mañana. Alguien rocía una acera con una manguera de jardín, la neblina elevándose desde los adoquines. Me siento tras el volante de mi coche con el motor apagado, estacionado donde tengo una clara línea de visión de la plaza. Sorbo un espresso quemado de un vaso de papel y espero.

El hombre aparece justo después de las seis y media, vestido con un traje oscuro, zapatos conservadores y sin corbata; ropa que sugiere un sastre del norte poco familiarizado con el ritmo y temperamento de Roma. Sus pasos son medidos como si estuviera contando los segundos entre movimientos. No tiene la energía errante de un turista ni la presencia distante de un oficial local. Tampoco es uno de los nuestros, y eso lo hace peligroso.

Da dos vueltas a la plaza antes de cruzarla en un ángulo que lo lleva cerca del quiosco. Su mano roza el interior de su chaqueta dos veces, un gesto sutil que no significaría nada si no lo hubiera visto cien veces en los peores tipos de hombres. Está comprobando el peso de algo. Probablemente una pieza que no tiene licencia para llevar.

Lo he visto antes, quizás en Milán o Florencia, uno de los ejecutores de los Bianchi que se mantiene oculto hasta que algo necesita limpiarse. No lo utilizan para trabajo de primera línea. Es un limpiador, de los que solo envían cuando un desastre ya está garantizado. El hecho de que esté aquí ahora, recorriendo esta ruta tan temprano, me dice todo lo que necesito saber.

Los Bianchi ya no están monitoreando desde lejos. Se están moviendo para matar. Se están preparando para lo que venga después, que para ellos parece ser una limpieza.

Cojo mi teléfono del asiento del pasajero y marco un número que no he usado en años, hablando bajo y rápido mientras mantengo los ojos en el hombre de fuera. Mantengo mi mano cubriendo mi boca en caso de que alguien esté intentando leer mis labios. Responde a la tercera llamada.

—¿Quién cojones es?

—Soy Enzo —. El nombre por sí solo debería decirle quién tiene los huevos de llamarle, y no doy más explicaciones.

Una larga pausa se extiende a través de la línea, solo el sonido de su respiración y el tráfico distante. Luego, una voz con bordes de gravilla responde:

—Tienes agallas para llamarme.

—No lo haría a menos que fuera cuestión de vida o muerte. Necesito cinco minutos —. Mis ojos permanecen fijos en el limpiador... Le llaman Señor Limpio porque eso es lo que hace, pero no se parece en nada a la mascota del detergente americano.

—¿De qué se trata?

—Gordo Costa, la detective sargento Elena Greco y un viejo expediente de Palermo. Todavía trabajas con los terminales de acceso interno, ¿no? —El limpiador se mueve de nuevo, llevando su periódico recién comprado y dirigiéndose hacia el centro a pie.

—Depende de quién pregunte.

Miro hacia arriba mientras el limpiador de los Bianchi se detiene en la ventana de un café y finge leer las especiales.

—Me debes una, Sal. Nápoles, ¿recuerdas? Mantuve el nombre de Luca Rizzo fuera de tu escritorio y su sangre fuera de los titulares. ¿Quieres que enumere los favores o prefieres saldar uno?

Sal no responde de inmediato. Oigo su respiración raspando el receptor, seguido del tintineo de lo que podría ser una cucharilla en una taza de café. Cuando finalmente habla, su voz es tensa:

—Detrás de la farmacia en el Corso. Veinte minutos. No me hagas arrepentirme.

—No lo haré.

Cuelga y dejo caer el teléfono en el portavasos, manteniendo los ojos en el hombre al otro lado de la plaza. Todavía finge no estar observándome. Eso hace dos de nosotros. Pero ahora tengo un lugar donde estar, y no voy a perder más tiempo con cabrones de los Bianchi si puedo evitar que la bomba detone en primer lugar.

Mi contacto me encuentra detrás de una farmacia justo al lado de Via del Corso. Lleva una chaqueta para la intemperie y unos vaqueros desgastados. Su sombrero, bajado sobre sus ojos, lo protege de miradas no deseadas, pero lo reconozco inmediatamente. Aparco y salgo del coche, dejando mi teléfono en el asiento por si por alguna razón alguien pudiera tener el valor de escuchar esta conversación, y me acerco corriendo a donde está apoyado en la pared de ladrillo.

—Esto no lo has oído de mí —dice, pasándome un papel doblado debajo de un folleto descartado.

Meto el papel en mi abrigo sin mirarlo. Ni siquiera tuve que pedirle que investigara, y la savia ya está fluyendo.

—No he oído nada —le aseguro, mirando hacia atrás a mi coche y la dirección de la que vine.

—La inspectora Greco sacó un viejo caso de Palermo. Estaba sellado hasta hace poco, pero logró desenterrarlo y reabrirlo a través de una reclamación de jurisdicción cruzada. Está vinculando a Gordo Costa con al menos tres asesinatos del sindicato, quizás cuatro. Ese es el gancho que está utilizando para saltarse el estatuto y mantener activo el caso contra el crimen organizado.

Mi mandíbula se tensa, pero no interrumpo. Cambia su peso, mirando hacia la boca del callejón.

—El nombre de su hija, Alessia, está en la lista de testigos. Era la médico forense encargada de uno de los viejos casos, y las cronologías del laboratorio la sitúan en custodia física de las pruebas

antes de que desaparecieran. Solo esa conexión les da influencia. Lo están llamando participación material.

Así que ese es el ángulo. No solo están construyendo un caso contra Costa. También están construyendo una soga alrededor de Alessia. Si tienen éxito, no importará que sea inocente. Está conectada. Usarán eso para desgastarla hasta que se rompa.

—¿Entonces por qué no están presentando cargos todavía?

—Están esperando la prueba definitiva. Creo que quieren a Vescari. Quizás no... Eso es solo mi conjetura —. Sal baja más el ala de su sombrero cuando una mujer con una falda larga azul pasa en bicicleta, sonriéndonos al pasar.

Le doy las gracias y me voy rápidamente, sin mirar atrás. Él se escabulle de vuelta a donde sea que vino, pero yo tengo la información que necesitaba. Todavía no tienen suficiente para presentar cargos contra Gordo o Alessia, y mientras ella haga lo que le digo, estará a salvo. Solo falta convencerla de que lo haga.

Cuando llego al complejo de Costa, la tensión en el aire es inmediata. Los hombres deambulan por el perímetro, fumando y paseando con una despreocupación forzada que no engaña a nadie. Veo a Emilio a través de la puerta de la sala de mapas, inclinado sobre una mesa con dos de nuestros lugartenientes y un forastero que no reconozco. Están en una profunda conversación y no levantan la vista cuando entro sin llamar.

Están discutiendo objetivos, y no de manera abstracta. Nombres reales están sobre la mesa: Elena Greco, Luca Bernardi y Alessia. Emilio se inclina sobre los mapas tácticos como si estuviera planeando el movimiento de tropas; su voz es cortante mientras lo llama una medida preventiva. Pero no es estrategia. Es una lista de eliminación.

Quiere que los problemas sean borrados antes de que se descontrolen. Para él, esto es un triaje. Eliminar el tejido infectado. Cortar la podredumbre antes de que se extienda. El nombre de Alessia se sienta entre los otros como una mancha que ya ha decidido no limpiar.

No les dejo terminar.

—Esto se acaba ahora —digo, lo suficientemente alto como para congelar la habitación—. No puedes sacarla del tablero.

Emilio ni siquiera levanta la mirada.

—Está comprometida. O actuamos, o esperamos a ser enterrados —. El trozo de papel quema un agujero en mi pecho. Si tan solo se detuviera y me escuchara, sabría lo malo que es este movimiento. No es algo que el limpiador pueda hacer desaparecer.

—No les ha dado nada —espeto—. Está tratando de mantener la línea. Y si me das cinco minutos, te diré por qué estás equivocado.

Levanta una ceja pero no dice nada. Los otros retroceden ligeramente, con los ojos moviéndose entre nosotros. Saben que estoy cruzando una línea, y la expresión que me da el recién llegado no es más que presuntuosa.

—Greco reabrió un viejo expediente de Palermo. Tiene a Gordo vinculado a tres asesinatos confirmados del sindicato y posiblemente un cuarto. Alessia está nombrada como testigo material porque procesó las pruebas en uno de esos casos. Eso es todo lo que necesitan para empezar a presionarla —. Banderas rojas ondean justo frente a la cara de Emilio mientras sus ojos se oscurecen.

—Así que estás confirmando que es una responsabilidad —dice Emilio.

—No. Estoy confirmando que es clave. El caso no es sólido hasta que ella testifique. Ahora mismo, todavía está indecisa. Si la presionas demasiado, forzarás su mano.

Se endereza, y su voz baja una octava.

—¿Y crees que la solución es qué? ¿Enamorarla para que guarde silencio? ¿Hacer que se alinee? —La risa oscura que estalla de su pecho me enfurece.

Aprieto los dientes.

—Creo que la solución es darle la verdad y dejar que vea lo que está en juego. Ella conoce el sistema y sabe cómo borrar las pruebas. No es una responsabilidad. Es un activo.

Emilio da un paso adelante y los hombres retroceden.

—No tomamos decisiones basadas en con quién te acuestas. Tuviste tu oportunidad de ponerla en su sitio, y ahora lo hacemos a mi manera.

—No es un peón —gruño.

—No es especial.

Eso es el final. Lo miro, realmente lo miro, y veo la línea claramente dibujada. La vida de Alessia de un lado, la familia del otro. Él piensa que esta es la única solución y nunca lograré convencerlo.

Me doy la vuelta y me voy. El pasillo se difumina en los bordes mientras paso furioso junto a Arturo, que se mueve para decir algo pero lo piensa mejor. Mi pulso es un martillo en mi garganta.

Porque ahora sé exactamente a qué me enfrento. Y tengo que elegir: seguir mis órdenes o protegerla y asumir lo que venga después por mi cuenta.

19

ALESSIA

La luz de la mañana golpea la encimera y se refleja en la citación judicial junto a mi taza de café. La leí ayer y esta mañana sigue ahí, mirándome. El sello dorado refleja una fina línea de brillo desde la ventana. Mi nombre está impreso en letras negritas. La redacción es clara y directa: se me ha ordenado testificar. Mi estómago se tensa mientras pienso en lo que eso significa y doy un sorbo al café aunque esté frío.

Chiara deja caer una cuchara en el fregadero con un ruido seco. Se da la vuelta, con los brazos cruzados, y se apoya en la encimera a su espalda. Con el uniforme sanitario parece mucho más profesional que su habitual yo, pero la preocupación en su rostro es la misma. Me observa con ese tipo de paciencia que tiene límites.

—¿Me vas a contar lo que está pasando ahora, o tengo que adivinarlo? —pregunta mientras golpea el suelo con el pie. La punta de su zapatilla deportiva se mueve y vuelvo la mirada a la citación.

Dejo la taza y me apoyo en la encimera.

—Es algo relacionado con el trabajo. Un caso que llevé hace unas semanas. Ha surgido algo —mi mano flota hacia arriba para descansar en mi cuello, y lo froto inconscientemente hasta que me doy cuenta de que me hace parecer nerviosa.

—Claramente —dice—. Pareces haber visto un fantasma.

Dejo escapar un suspiro lento.

—Está relacionado con una investigación del 416-bis sobre crimen organizado. El equipo de revisión marcó uno de mis informes, y ahora creen que o bien cometí un error grave o pasé por alto algo importante —las mentiras salen de mi boca sin control. No es como si pudiera decirle directamente que estoy ocultando pruebas o retrasando un caso, porque si lo hago ella sería cómplice y podría verse obligada a testificar en mi contra.

Chiara se endereza.

—¿Están diciendo que es culpa tuya? —Las palmas de sus manos presionan contra la encimera tras ella mientras sus ojos se desvían hacia la notificación y vuelven a encontrarse con mi mirada.

—Nadie lo ha dicho directamente —digo—, pero esa es la insinuación. Están revisando todo. Me han citado para testificar. Quieren saber qué vi, qué pasé por alto, cómo manejé el informe.

—Pero no hiciste nada malo, ¿verdad? —pregunta. Sus cejas se fruncen en el centro mientras muestra cuánto duda de mi capacidad para ser ética. Me amarga el humor, pero tiene todo el derecho a dudar y sospechar de mí. Estoy haciendo exactamente lo que creen que estoy haciendo.

Dudo.

—Hice mi trabajo. Seguí el procedimiento. Pero ahora es política. Y si piensan que estoy encubriendo a alguien, esto podría descontrolarse —un nudo se forma en mi garganta y empiezo a sentir un escalofrío que se eleva en mi cuerpo.

Chiara se deja caer en una silla.

—¿Entonces qué vas a hacer? —Se inclina, ajustándose los cordones de las zapatillas antes de alcanzar su bolso de mensajero. Sé que tiene que ir a trabajar pronto, y yo también. Pero la compañía esta mañana ha sido un cambio agradable.

—Aún no lo sé —digo—. No puedo ignorarlo. Eso lo empeoraría. Ni siquiera importa si renuncio a estas alturas; todavía tengo que ir a testificar. Estoy segura de que todo irá bien.

—¿Segura? Porque parece que estás hundida en arenas movedizas —Chiara se levanta y se cuelga el bolso al hombro con

una mirada de compasión. Estoy segura de que si pudiera rescatarme de esto, lo haría.

—Lo estoy —admito—. Pero si huyo, les doy la razón. Tengo que enfrentarlo.

Se pasa una mano por el pelo, su expresión tensándose.

—Suena serio, Lessi. Como... algo que puede cambiarte la vida.

—Podría serlo —digo—. Pero ya se me ocurrirá algo. Siempre lo hago —mi encogimiento de hombros despreocupado no la convence y entrecierra los ojos hacia mí.

Chiara no parece convencida, pero asiente.

—Deberías buscar un abogado. Uno con experiencia en este tipo de líos.

—Lo haré.

Agarra la correa de su bolso y camina hacia la puerta. Su mano descansa en el pomo.

—Si necesitas algo, estoy aquí. Sé que no puedo hacer mucho, pero puedo escuchar.

—Gracias —le digo mientras sale por la puerta y la cierra tras de sí.

No he sido más que un manojo de nervios últimamente y la ira crece dentro de mi pecho, haciendo que esa presión aumente hasta el punto de un dolor abrasador. Siento ganas de destruir, como si romper cosas me ayudara a liberar algo de tensión, pero no quiero romper mis propias cosas. Así que en lugar de eso, saco el informe falsificado del cajón, lo sostengo sobre el fregadero, enciendo una cerilla y lo quemo. El papel se encrespa y se convierte en ceniza, y dejo caer los últimos trozos llameantes en el metal del fregadero.

Me quedo quieta hasta que termina de arder y enjuago la ceniza por el desagüe mientras también lavo nuestras tazas de café.

Cuando Vincenzo llama a la puerta, ya he intentado limpiarme la cara y recuperar la compostura. Abro la puerta y retrocedo para dejarlo entrar. Me mira durante medio segundo y luego me rodea con sus brazos.

Apoyo mi frente contra su pecho y la confesión surge antes incluso de que la puerta esté cerrada.

—Recibí una citación ayer. Si digo la verdad, mi padre irá a prisión. Yo también podría ir. Podrían acusarme de obstrucción, tal vez incluso de conspiración. Y si descubren lo mucho que has hecho para ayudarme, también podrían ir a por ti —no me guardo nada porque hasta ahora Enzo ha sido lo único que me ha mantenido entera.

—Deberías habérmelo dicho antes —dice finalmente. Su agarre sobre mí se aprieta y siento que me da un beso en la parte superior de la cabeza—. Emilio ya piensa que algo no cuadra. Si descubre que te he estado protegiendo, no sé hasta dónde llegará. ¿Por qué no dijiste algo inmediatamente? —No parece sorprendido por esto, así que supongo que ya lo sabía antes de que se lo dijera. Pero no me molesto en preguntarle al respecto cuando me siento tan mal.

—Tenías a Rory aquí... —entrecierro los ojos—. ¿Qué estabas haciendo? —pregunto mientras me aparto lo justo para mirarlo.

—He estado ocupado, eso es todo... —su expresión severa me indica que no insista, así que vuelvo a centrarme en mi propio estrés.

—¿Qué se supone que debemos hacer? No puedo mentir bajo juramento. Ya falsifiqué un informe. Si voy y digo la verdad ahora, me preguntarán por qué esperé. No puedo echarlo atrás —mordiéndome el labio, pienso en cómo el Dr. Bernardi ha estado presionándome durante tanto tiempo para concluir el caso Vescari. Sé que cuando me vea de nuevo exigirá el informe inmediatamente. No estoy segura de qué hacer ahora.

—No se detendrá aquí —dice él—. Cavarán más profundo. Eventualmente alguien conectará los puntos de todos modos.

—Exactamente —digo—. Ambos estamos atrapados. No puedo exponer a mi padre sin exponerme a mí misma. Y tú...

—Conocía el riesgo —dice—. No me pediste que me involucrara. Lo hice de todos modos. Solo digo que ahora tienes que protegerte. No le sirves a nadie encerrada —sus manos se deslizan hacia arriba para acunar mis mejillas y me da un beso en la frente. Es tan gentil que resulta difícil imaginar que lo que hace en su tiempo libre es tan horrible e indecible que ni siquiera me dirá de qué se trata.

Nos quedamos en silencio. La cocina está tranquila excepto por el suave zumbido del frigorífico. Miro al fregadero, donde algunas motas de ceniza se aferran al borde.

—No veo una salida a esto —digo—. No hay versión en la que todos salgamos limpios.

Vincenzo alarga la mano y coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Entonces averigüemos qué versión deja menos cicatrices.

Antes de que pueda responder, su teléfono vibra en su bolsillo. Lo saca, mirando la pantalla. Su expresión se tensa.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Gira la pantalla hacia mí. Un nombre brilla en la parte superior: Gordo.

Mi corazón se salta un latido.

—No contestes —digo rápidamente—. Por favor. ¿Y si lo sabe? ¿Y si te llama para amenazarte?

Vincenzo no responde. Su pulgar se cierne sobre la pantalla mientras mira fijamente el nombre. El silencio se alarga, y puedo sentir cómo mi propia respiración se acelera cada vez que el teléfono vibra.

—Enzo —susurro—. Por favor.

Me mira una vez. Luego se lleva el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

20

VINCENZO

Espero en las sombras bajo el paso elevado donde la autopista se divide y el sonido del tráfico se difumina en un ruido blanco. Este tramo de carretera nunca duerme, y por eso lo elegí. Es demasiado público para ser una trampa y demasiado ruidoso para que alguien nos escuche. Una farola parpadea encima como si no pudiera decidirse. Mi aliento se condensa en el aire mientras me apoyo contra el frío pilar de hormigón.

Gordo llega tarde, por supuesto. No es descuidado, es metódico. Probablemente estaba observando desde la distancia, puede que tenga hombres en cada acceso para asegurarse de que he venido solo como exigió. Examina el aparcamiento antes de apagar el motor y salir. No lleva abrigo, solo un jersey negro y guantes.

—¿Lo has traído? —pregunta. Se detiene a unos metros, sin alargar la mano hacia el sobre hasta que se lo ofrezco. Sus ojos van de mi cara a las sombras que nos rodean, buscando problemas.

Asiento y le entrego el sobre. Dentro hay tres fotos impresas, dos transcripciones de audio y una memoria USB, cada uno cuidadosamente etiquetado y ordenado; y tengo duplicados de todo en la caja fuerte de mi casa también.

Lo abre y estudia el contenido sin hablar. Una de las fotos se agita con el viento, y él la golpea contra las otras con la palma de la

mano. Su mandíbula trabaja mientras lee. La transcripción describe la propuesta de Greco a Luca: incautar propiedades de los Costa bajo el pretexto de una ofensiva contra la corrupción. Las fotos muestran reuniones que no deberían haber ocurrido. Una de ellas tiene una fecha que coincide con el día que Emilio se reunió con el comité de supervisión financiera.

—Vienen a por nosotros —digo—. Rápido. Si no cambiamos el rumbo, nos aplastarán. —Cambio ligeramente mi peso, observando su cara en busca de alguna reacción. No he trabajado a menudo con el hermano de Emilio, y no quiero empezar ahora, pero si Gordo está dispuesto a ayudarme a mantener a Alessia fuera de problemas y Emilio no, no tengo elección.

Gordo vuelve a meter los documentos en el sobre y se lo coloca bajo el brazo. Su cara no cambia.

—No importa —dice. Se encoge de hombros como si ya estuviera fuera de sus manos, un hombre resignado a lo que venga después.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con que no importa? —Me acerco, intentando captar su mirada. Mi cuerpo está tan tenso que siento que podría romperme. Si este cabrón decide rendirse como hizo su hermano, voy a derramar sangre. Mucha.

—Me voy de Roma esta noche para siempre. Estoy harto de cubrir huellas, y no voy a seguir fingiendo que no se está desmoronando todo. —Aparta la mirada, hacia la autopista, como si ya estuviera a medio camino en su mente.

Mis puños se cierran a los costados.

—¿Crees que marchándote arreglas esto? —pregunto. Cruzo los brazos sobre el pecho, aferrándome a lo que queda de mi autocontrol, pero mi voz es más dura de lo que pretendía. Puede que Gordo no sea mi jefe, pero es un hombre peligroso por derecho propio. Simplemente no puedo comprender que abandone a su hija.

—No arregla nada. Pero no voy a arrastrarla conmigo. —Mira más allá de mí hacia la carretera, como si viera algo que yo no puedo ver. Su boca se tensa con algo cercano al arrepentimiento.

—¿Alessia? —digo. Ya sé la respuesta, pero necesito oírla.

No parece sorprendido.

—Es todo lo que quieres, ¿verdad? —pregunta. Inclina la cabeza, esperando confirmación. No hay emoción detrás de la pregunta, solo claridad. Es como si también se hubiera desentendido de ella. Me da asco.

—Estoy reclamándola —digo—. No voy a dejar que nadie más tome decisiones por ella. —Mantengo un tono uniforme. No hay disculpa en él, porque no lo siento. Ahora es mía, y no dejaré que esta familia la convierta en chivo expiatorio.

Su expresión se endurece.

—Entonces será mejor que la protejas... con tu vida, si es necesario —dice. Me señala con un dedo, con los ojos entrecerrados como si estuviera midiendo mi determinación—. Mantenla fuera de esto... ¿Esa citación? Destrúyela. No dejes que vaya a la audiencia. Mantenla a salvo.

—Ya lo estoy haciendo —digo. Sostengo su mirada sin parpadear. Mi postura es firme y sólida, pero no tengo ni idea de cómo hacer lo que me pide. No puedo obligarla a no testificar, ni puedo hacer que destruya pruebas.

Por primera vez, Gordo me mira como si me viera claramente. No ve al limpiador de Emilio o al músculo de los Costa; ve a alguien completamente distinto.

Mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña llave de latón y una hoja de papel doblada.

—Toma esto. Hay una cuenta bajo un alias. Es suficiente para empezar de nuevo en un lugar seguro... para ella. No la uses a menos que sea necesario —dice. Me lo ofrece como si me estuviera entregando el último trozo de sí mismo. Su mano se queda suspendida hasta que lo cojo.

Mis dedos se cierran sobre la llave, y nuestras miradas se encuentran. Es como si estuviera transfiriendo derechos o algo así, lo que sé que ella nunca aceptará, pero al menos como padre lo está intentando. Es más de lo que ha hecho en toda su vida.

—¿Y tú? —pregunto. Mi voz es más baja ahora, con el filo de mi rabia desgastado. La pregunta parece inútil, pero la hago de todos modos porque tengo que tener una respuesta para ella si me lo pregunta.

—Mi destino está sellado —dice—. El suyo no. Mantenla alejada del lío familiar o nada de lo que estoy haciendo importará. —Vuelve a meter las manos en los bolsillos. Para él, la conversación ha terminado. Ya se está dando la vuelta.

—Emilio no va a dejar que esto pase en silencio —digo—. Verá esto como una traición. Te llamará cobarde. —Doy un paso tras él, necesitando que lo escuche antes de que desaparezca en la noche.

Gordo asiente.

—Querrá sangre, quizás la tuya —dice. Mira hacia atrás, la mirada en sus ojos cargada con todo lo que no está diciendo—. Sé cómo acaba esto para mí. Solo quiero que ella esté a salvo.

—No la conseguirá —digo. Hablo con certeza, aunque sé que el riesgo es real y se acerca.

—Entonces sé más inteligente que él —dice Gordo—. Mantente por delante. Corta lazos donde puedas. Y no pienses ni por un segundo que puedes salvarnos a los dos. Tendrás que elegir. —Lo dice como un hombre que ya hizo las paces con la decisión porque sabe que tengo que elegir a su hija. Incluso si tenemos que usar su nombre para mantenerla limpia.

Miro la llave y el papel en mi mano. El latón está frío contra mi piel, conectándome a tierra.

—Ya lo he hecho —murmuro, pero algo en mi pecho se tensa mientras lo digo. No hay vuelta atrás.

Se da la vuelta sin decir una palabra más y camina hacia su coche, sube y se marcha sin comprobar si sigo mirándolo.

Me quedo donde estoy, de pie en el mismo lugar, llevando la carga de su seguridad en la palma de mi mano. La llave está fría, pero la responsabilidad que conlleva arde en mi palma.

No sé cómo todavía, pero tengo que encontrar una manera de protegerla y evitar que esta familia se destruya a sí misma. Puede que Gordo esté fuera, pero las consecuencias que dejó atrás son mías para limpiar. Y si quiero que Alessia esté a salvo, si quiero que cualquiera de nosotros sobreviva a esto, tengo que superar a Emilio, pensar mejor que Greco y encontrar un camino que no termine en sangre.

Porque la próxima elección que haga podría salvarla. O destruirlo todo.

21

ALESSIA

Son más de las tres de la madrugada, y he perdido la cuenta de cuántas veces he dado vueltas por el apartamento. El vino que me serví hace una hora sigue intacto en la encimera y completamente olvidado. Todas las luces del piso están encendidas, todas las persianas bajadas y todas las puertas cerradas con llave de nuevo. Las compruebo de forma compulsiva, como si algo pudiera haber cambiado en los últimos cinco minutos. Parece que la paranoia es el resultado inevitable de vivir demasiado tiempo bajo esta presión.

Rory está apostado fuera, lo que debería tranquilizarme, pero no lo hace. Lo único en lo que puedo pensar es en el hecho de que Enzo no está aquí. El apartamento se siente vacío sin él. Sin Enzo, no hay conversación, ni pasos, ni señales reconfortantes de vida. Se siente antinatural, no pacífico. Sigo atenta a cualquier cosa, lo que sea, que lo llene. Pero eso solo me está volviendo loca de miedo. El más mínimo crujido del edificio me hace dar un respingo.

Después de lo que escuché entre mi padre y Enzo —mi padre exigiéndole que se reuniera a solas, con la voz llena de amenazas— estoy empezando a entender cómo se siente realmente el miedo. No es solo el tipo que te mantiene despierta por la noche; es el tipo que construye un nido dentro de tu pecho y pone huevos. Se multiplica y

se extiende y convierte cada sonido en una amenaza y cada sombra en un monstruo.

Incapaz de dormir o incluso de estar quieta sin distracción, inicio sesión en mi portátil solo para distraerme, haciendo clic en pestañas que he dejado abiertas. Luego reviso mi correo electrónico, sin esperar nada urgente, simplemente haciendo clic sin pensar para mantener mis manos ocupadas. Mi bandeja de entrada es mayormente basura: promociones, actualizaciones y mensajes de spam. Pero un asunto destaca: "Cumplimiento Requerido". Mi estómago se tensa instantáneamente, un reflejo que no puedo controlar, y alcanzo el ratón para hacer clic y obligarme a concentrarme.

El mensaje contiene una sola línea de texto: "Actualización de Citación - Atención Inmediata". Hay un archivo PDF adjunto, en el que hago doble clic, y el estómago me da un vuelco cuando el documento se abre. Es la misma citación que recibí antes, pero esta está censurada, probablemente para evitar que la información confidencial sea robada electrónicamente. Indica la fecha de mi comparecencia ante el tribunal.

La audiencia es en tres días. Eso significa tres días para entregar el informe o decidir enterrar los hechos. Debajo de la fecha de la corte, otra imagen comienza a cargarse. Se me corta la respiración mientras la veo renderizarse. La pantalla se llena de imágenes de vigilancia. Hay imágenes mías y hay imágenes de Vincenzo.

Se me seca la boca.

Una imagen es del callejón cerca del laboratorio, donde me enfrenté a él después de que me siguiera. Otra es de la farmacia. Una tercera fue tomada fuera del apartamento de Rosa. Cada una tiene fecha y hora. Cada una es invasiva. Me han estado observando durante más tiempo del que me di cuenta. Y no solo han estado observando, han estado catalogando. Esto no es aleatorio; es estratégico.

Por esto el Dr. Bernardi me está presionando tanto, porque ha visto esta mierda. Alguien sabe que la familia Costa me está presionando y van a obligarme a incriminarme a mí misma o a ellos.

Es una situación horrible considerando que de cualquier manera que me incline, estoy jodida.

Desplazo las imágenes con manos temblorosas. En la parte inferior del documento, hay otra nota: "La no comparecencia o la presentación de un informe alterado puede resultar en arresto y procesamiento penal". Mi pulso se entrecorta mientras la releo. Está firmada por el Dr. Luca Bernardi, pero también tiene el nombre de la Detective Sargento Elena Greco.

Un escalofrío me recorre y se asienta en la base de mi cuello. Mis extremidades se sienten pesadas. Mi garganta está tensa. Las implicaciones están claras. No hay salida de esto para mí.

Mi primer instinto es cerrar el portátil de golpe. En su lugar, cojo mi teléfono y busco el número del Dr. Bernardi. Son las tres de la madrugada —probablemente está dormido— pero no me importa. Pulso llamar antes de que pueda pensarlo mejor. Se me corta la respiración cuando empieza a sonar.

Hay una pausa, confirmando que le he despertado de un sueño profundo, y contesta al tercer tono, con la voz áspera. —¿Leone? — Su tono es parejo, pero hay sueño detrás, y algo cortante debajo que me hace ponerme tensa.

—¿Qué coño está pasando? —siseo. Me pongo de pie, camino hacia la ventana antes de detenerme en seco y abrir la cortina un poco. Mis ojos recorren la calle mientras intento calmar mi respiración. Puedo ver el contorno de Rory cerca del coche. No está en el edificio donde debería estar, pero está bien mientras nadie entre aquí.

—Veo que has recibido mi pequeño recordatorio —dice el Dr. Bernardi simplemente. Está claramente adormilado, su voz aún atrapada en los bordes del sueño, y puedo imaginarlo buscando a tientas sus gafas en la oscuridad. Le he sacado de la cama, le he sacudido de cualquier fina capa de descanso que hubiera conseguido esta noche y su tono tranquilo ni siquiera está ligeramente cortante, lo que lo hace tanto más inquietante. Eso, más que nada, me pone la piel de gallina.

—¿Me han enviado fotos de mí misma? Fotos, Luca. ¿Para quién estoy trabajando realmente? ¿Por qué me amenazas cuando trabajo

para ti? —Mi mano tiembla mientras dejo caer la cortina en su sitio. Me pica la piel.

Exhala lentamente. —Sabías que esto iba a pasar. La DS Greco va a seguir adelante, contigo o sin ti. Está convencida de que has manipulado tus informes... y honestamente, creo que tiene razón. Nunca ibas a jugar limpio. —Casi puedo oír el encogimiento de hombros en su tono. Me hace hervir la sangre—. Una vez criminal, siempre criminal.

—No tienes derecho a comportarte así —espeto. Mis dedos se clavan en la base del marco de la ventana mientras aprieto los dientes—. Puede que comparta su ADN, pero no soy una criminal. No he hecho nada malo.

—Entonces sé inteligente —dice el Dr. Bernardi, su voz aún áspera por el sueño—. Averigua de qué lado estás realmente y actúa en consecuencia. —Su tono baja un registro, como si pensara que decirlo más suave lo hace más aceptable, pero sus palabras me golpean como una bofetada.

No le respondo. Presiono el teléfono con más fuerza contra mi oreja, con la mandíbula cerrada. Cada instinto que tengo me grita que reaccione, que me resista, que grite o cuelgue. Pero nada de eso me ayudará. Ya no se trata de lo que está bien o mal. Se trata de mantenerme por delante de cualquier trampa que hayan puesto. Tengo que ser realista, incluso si eso significa dejar de lado los principios que me separan del tipo de hombre que es mi padre. Nadie va a intervenir y arreglar esto por mí. Tengo que tomar la decisión correcta por mi cuenta.

Su voz se suaviza ligeramente. —Tienes opciones. Si colaboras, no se presentará la orden de detención. Pero si no lo haces... —Se interrumpe, dejando el resto para que mi imaginación lo complete. No necesito que termine.

No dice nada más. La línea queda en silencio, y la conversación ha terminado ahora. Si no hago exactamente lo que quieren, me aplastarán junto con toda mi familia. Nadie va a intervenir. Estoy sola.

Cuelgo sin despedirme y lanzo el teléfono al sofá, cerrando finalmente el portátil de golpe. Mi corazón late lo suficientemente

fuerte como para darme náuseas. Mi cabeza da vueltas. Si Enzo estuviera aquí me diría que la elección es mía. Diría que me respaldará, y que de alguna manera, de algún modo —incluso si significa usar recursos de los Costa y pagar a la gente para que haga la vista gorda— me sacará de esto.

Así que cojo mi teléfono de nuevo y escribo el mensaje con pulgares temblorosos, la presión detrás de mis ojos amenazando con desbordarse. Mis dedos se mueven rápidamente por desesperación. No me importa qué hora es. Solo necesito saber que está bien, y necesito verle antes de que me convenza a mí misma de no hacer esto.

Alessia: 3:14 AM: Tenemos que hablar. AHORA.

Presiono enviar, luego sigo mirando la pantalla, deseando que esos tres puntos aparezcan desplazándose por la pantalla indicando que está escribiendo. Mi pecho se siente oprimido. Si no contesta inmediatamente, voy a perder el valor. Porque todo lo demás ya parece estar desmoronándose.

22

VINCENZO

El pasillo que conduce al despacho de Emilio se extiende amplio e inmaculado, flanqueado por suelos de mármol e iluminación empotrada que brilla suavemente a ambos lados. Los suelos relucen con un pulido reciente, cada detalle está cuidado para proyectar riqueza y control. Uno de los lugartenientes me hace un gesto con la cabeza al pasar, pero no aminoro el paso. Tengo la mandíbula tensa.

Llevo el papel y la llave que Gordo me entregó antes, y mis pensamientos ya van diez pasos por delante. No me importa si al jefe no le gusta lo que tengo que decirle; tiene que escucharme. Nadie me ha dicho cuáles son sus órdenes respecto a toda esta situación, pero dado que ya se ha desentendido de Alessia, sé que no puedo enfrentarme a él. Solo soy un hombre, y si desata la furia de los Costa, acabaré en una bolsa para cadáveres junto a Bernardi, Greco y Alessia.

Cuando entro en su despacho, Emilio está solo, inclinado sobre un cuadro extendido en su escritorio. Parece una de las nuevas obras que creó la gallina de los huevos de oro de su hijo. No levanta la mirada de inmediato, pero puedo notar que sabe que soy yo. Soy el único en esta familia con suficientes cojones para entrar en su despacho sin llamar. Ni siquiera Victor hace eso.

Arrojo el papel y la llave sobre su escritorio con la suficiente fuerza como para que su whisky se agite cuando la llave lo golpea. Levanta la mirada lentamente, pero no espero cortesías que sé que no llegarán.

—Gordo se ha ido —digo, observando la expresión de Emilio en busca del primer atisbo de reacción mientras sus ojos se entrecierran ligeramente, con las manos aún apoyadas sobre el escritorio—. Está abandonando la ciudad y desvinculándose por completo de Roma. Cuentas bancarias borradas —mis ojos se posan en la llave mientras niego con la cabeza.

Continúo sin hacer pausa para ver su reacción, sin querer dejarle decir una palabra hasta que lo haya expuesto todo. Me inclino hacia delante, apoyando ambas manos en el borde del escritorio.

—Y Alessia está siendo cazada por ellos, Emilio —añado, enderezándome lo justo para evaluar cuánto le afecta esto.

Sus ojos se estrechan mientras da la vuelta al papel, examina los números y lo deja a un lado.

—Entonces encuéntrala y acaba con esto —dice, pero puedo notar que ya la ha descartado. Su tono no es de enfado, sino de algo zanjado. Como si fuera un problema que no necesita más conversación—. Ella quiso jugar en este mundo. Tomó su decisión. Que lidie con las consecuencias.

Aparta el papel con el dorso de la mano y coge la llave de nuevo, sopesándola por un momento como si estuviera decidiendo si le importa el resto. Luego la deja y finalmente me mira.

Su tono casual me pone la piel de gallina. Clavo los ojos en él sin parpadear.

—Si ella muere, el informe saldrá a la luz de todas formas. Lo tratarán como un silenciamiento. Sabes lo que eso significa. Investigadores acechándonos, equipos de noticias apostados en la calle, Greco y Bernardi utilizando cada fragmento de evidencia como un arma. ¿Quieres hablar de exposición? Eso es exposición.

Se levanta y rodea el escritorio; su ritmo es pausado y lento, cada pisada elegida como un depredador acercándose para matar.

—¿Crees que voy a permitir que una analista forense hunda a esta familia? ¿Crees que no puedo encontrar sus preciosos archivos

y eliminarlos? —gruñe, con los hombros hacia atrás mientras se yergue frente a mí.

—Deberías parar y pensar —le espeto—. Porque ella es la única razón por la que no nos han acusado ya. Tiene en su poder pruebas que pueden enterrarnos a todos... las ha ocultado por ahora. Y yo soy el único en quien aún confía —todas las alarmas están sonando. Emilio Costa no se anda con rodeos, y tengo suerte de que aún no haya sacado su pistola.

Se detiene frente a mí, demasiado cerca.

—¿Así que ahora es tuya? ¿La defiendes a ella antes que a mí? —espeta, elevando la voz mientras da otro paso hacia delante, desafiándome con la mirada.

—Estoy del lado que nos mantiene a todos con vida. Si quieres destrozar la operación para demostrar algo, adelante. Pero no te sorprendas cuando la unidad de delitos financieros congele nuestras cuentas y los investigadores empiecen a arrastrarnos a todos ante los tribunales. Tendremos suerte si conseguimos unos días más.

Habla más bajo, y hay una aspereza en su tono que hace evidente su frustración.

—Ella debería tener miedo, no yo. ¿Crees que estoy perdiendo el sueño por esto? —dice, frotándose la nuca como si la presión finalmente empezara a afectarle. Veo las grietas en los bordes aunque nunca las muestre. Sabe que tengo razón.

—Entonces piensa como un hombre que quiere conservar lo que ha construido. Está asustada, sí, pero si la acorralamos, reaccionará. Ahora mismo, todavía puedo hablar con ella. Puedo calmarla, conseguir que espere. Tal vez incluso logre que haga desaparecer el informe. Pero si haces un movimiento contra ella, no dudará. Lo quemará todo —mi pulso retumba en mis oídos porque no sé si realmente puedo hacer que Alessia haga algo. Estoy viviendo con dos horas de sueño y una plegaria a un dios que quizás ni siquiera existe.

Se gira y camina hacia su escritorio, mira el cuadro como si pudiera darle una respuesta.

—Los quiero a todos fuera —murmura, pasándose una mano por el pelo como si decirlo en voz alta pudiera hacer más fácil aceptarlo

—. Cada fragmento de evidencia destruido. Quiero a Greco y Bernardi, y a cualquier otro que esté involucrado... los quiero silenciados. Y quiero copias de sus pruebas como seguro.

Cuando se gira para mirarme, veo que su determinación finalmente flaquea. Hará esto mientras tenga información sobre ella para controlarla, pero si mi intuición es correcta, con suerte no la necesitará.

—Y tendrás todo eso —digo, con voz firme—. Pero no matando a Alessia.

—Estás apostando el futuro de esta familia por una mujer que ni siquiera quiere estar aquí —dice, mientras golpea con los dedos la superficie de su escritorio. Luego usa un dedo para mover la llave mientras frunce los labios.

—No. Estoy gestionando el riesgo. Ella es la amenaza y la solución. Si la matas, el informe se convierte en la declaración de una mártir. Si me dejas manejarla, tenemos la oportunidad de enterrar todo este asunto.

No habla durante varios segundos; el silencio flota entre nosotros mientras la decisión se asienta en la habitación. Regresa a su escritorio, se sienta en la silla con un gruñido cansado y mira fijamente la llave que dejé. Finalmente, habla.

—¿Dices que te escucha? Bien. Mantenla callada. Mantenla alejada de cualquiera que pueda hundirla más. Y mantén mi nombre fuera de su boca —dice—, y nunca vuelvas a mencionar el nombre de mi hermano en este despacho. Para mí está muerto.

—Hecho —respondo, sosteniendo su mirada una última vez antes de acercarme y tocar la llave—. Esto es una devolución. Todo lo que le diste y más te lo devuelve. Quiere que lo use para ella, y te lo estoy ofreciendo a ti.

Me doy la vuelta y lo dejo allí, sin esperar una respuesta, y atravieso el salón principal hacia la sala trasera, donde algunos de los hombres más jóvenes se encargan de las comunicaciones y los recados. Uno de ellos está adormilado en el sofá, otro desplazándose por los mensajes. Cojo uno de los nuevos móviles desechables del cargador cerca del aparador. Nadie pregunta para

qué es. Me lo meto en la chaqueta y me dirijo a las escaleras traseras.

Mientras bajo, saco el móvil de mi bolsillo y desbloqueo la pantalla. El brillo ilumina la escalera en ráfagas cortas mientras entro en mi hilo de mensajes con Rory, uno de los pocos hombres en los que confío para manejar esto discretamente.

Vincenzo: 3:21 AM: Duplica la protección de Alessia. Nadie se acerca a ella sin mi autorización. Eso incluye a Bernardi o Greco.

Me guardo el móvil en el bolsillo y abro la puerta trasera, saliendo al patio. El aire es fresco, y el silencio por fin parece paz. Nadie observa ni escucha. Me detengo en el extremo más alejado, cerca de la antigua fuente de piedra, y apoyo la mano en el borde mientras pienso. Mi mente ha estado revuelta durante días y necesito el silencio para dar sentido a este lío.

Necesito un plan. Algo que no implique más sangre, algo que la proteja sin hundir al resto de nosotros. Tengo ideas, a medio formar y desordenadas, pero sé que necesitaré ayuda. Esta vez no puedo hacerlo solo.

Pero el problema no es solo táctico. Es personal. Cada vez que voy a verla, pierdo el enfoque. Se me mete bajo la piel, confunde mi juicio, y acabo diciendo cosas que no debería. Deseando cosas que no puedo permitirme desear.

Mi teléfono vibra de nuevo, pero no es el desechable. Es mi móvil personal.

Lo saco justo cuando llego al coche y la pantalla está iluminada.

Alessia: 3:23 AM: Tenemos que hablar. Ahora.

Miro el mensaje durante un largo segundo. No se equivoca; necesito hablar con ella lo antes posible, pero no puedo hasta que tenga las ideas claras. No sin un plan establecido, no cuando todavía estoy tapando agujeros en este barco.

Escribo lentamente para asegurarme de no cometer errores.

Vincenzo: 3:29 AM: No puedo. Esta noche no. Dame 24 horas. Iré a verte. Es hora de hacer lo correcto.

Lo envío y vuelvo a guardar el teléfono, apoyando las manos en el techo del coche. Sé lo que hay que hacer. Y por primera vez en semanas, creo que veo una salida.

23

ALESSIA

Entro en el laboratorio intentando actuar como si todo fuera normal. Me siento en mi puesto y empiezo a registrar portaobjetos, pero tengo los nervios destrozados. Cada vez que se abre la puerta, me tenso. Siento como si vinieran a por mí y entro en pánico. Sigo esperando que alguien pronuncie mi nombre, que diga que están aquí para detenerme. Me obligo a seguir trabajando durante toda la mañana, revisando los registros de cadena de custodia. Hago los movimientos mecánicamente porque tengo que hacerlo, aunque mis manos no estén firmes.

Rory me acompañó esta mañana y no dijo ni una palabra sobre por qué Enzo no estaba cerca, o por qué de repente él estaba justo a mi lado en lugar de seguirme a distancia. Y su silencio decía más que cualquier advertencia que pudiera hacerme. Tuve la sensación de que no estaba contento con su trabajo de acompañarme al trabajo, pero no pregunté.

No he tenido noticias de Enzo desde el mensaje de hace más de veinticuatro horas. Me dijo que esperara, así que estoy esperando. Pero apenas puedo mantenerme entera.

Cuando el ascensor suena poco después del mediodía, sé que algo va mal. Hay un cambio en la sala —es sutil, pero siento cómo todos se tensan— incluso el Dr. Bernardi. Levanto la mirada, ya

temiendo lo que voy a ver, y la Detective Sargento Elena Greco entra como si fuera la dueña del lugar. Lleva el pelo perfectamente peinado, cada mechón en su sitio como si acabara de salir de la peluquería. Viste un traje gris pizarra y no hay ni rastro de sonrisa en su rostro. Lleva la placa enganchada en lo alto, y cruza el laboratorio con los ojos fijos en mí.

No saluda a nadie y el Dr. Bernardi apenas levanta la vista de su ordenador. Su sola presencia lo dice todo; despeja el espacio a su alrededor como si fuera radioactiva. Si las sombras pudieran huir, estoy segura de que lo harían.

—Señorita Leone —dice con voz neutra, deteniéndose a dos pasos de mi mesa. Sus ojos recorren la sala una vez antes de volver a posarse en mí. Ya ha decidido que nadie más en esta sala tiene importancia—. Un momento —inclina la cabeza hacia el pasillo, esperando obediencia sin necesidad de levantar la voz. Esa placa me dice que no tengo elección, así que suspiro y empujo el taburete hacia atrás lentamente y la sigo por el pasillo sin decir palabra.

Mi pulso es irregular, con la mano posada sobre el exterior de mi bolsillo donde puedo sentirlo vibrar si recibo una notificación. Quiero llamar a Enzo, pero claramente no es el momento. No habla hasta que estamos en una de las salas de conferencias sin usar, con la puerta cerrándose suavemente tras nosotras.

—Hemos revisado tus notas del caso. Cada revisión que hemos rastreado hasta ahora. —Permanece de pie, con los brazos cruzados sin apretar, su postura deja claro que considera esto una formalidad. Que simplemente presentándose aquí con su placa a la vista haré lo que ella quiera.

Mantengo mi expresión neutral a pesar de querer salir corriendo asustada.

—Entonces sabrá que aún no hay nada concluyente. —Estabilizando mi voz, coloco ambas manos a los lados para mantenerlas firmes, moviendo los dedos para que dejen de temblar.

Me estudia como si fuera un rompecabezas mientras sus ojos recorren mi cara.

—Hay bastante... suficiente para establecer una cronología, evidencia de juego sucio y un vínculo directo con la operación Costa.

—Sus palabras son breves y precisas. No está tratando de persuadirme en absoluto porque cree que lo sabe todo. Pero la única forma en que conocería los hechos sería si yo los hubiera informado, y no lo he hecho. Y nadie más ha tocado ese cuerpo excepto yo.

Mis brazos permanecen rígidos a los lados mientras estudio su cara. Sus labios se tensan al final de cada afirmación como si fueran signos de puntuación, su peso desplazándose ligeramente de un talón al otro. Se mantiene perfectamente contenida, como debería hacerlo una buena detective. Ya ha decidido cómo termina esto, y nada de lo que diga cambiará eso.

—Déjame ser clara —continúa—. No estoy aquí para presionarte como lo haría el Dr. Bernardi. Estoy aquí para decirte los hechos. Si no presentas un informe final para mañana, procederemos con una acusación de obstrucción. —Toca ligeramente su placa como si necesitara enderezarla. El gesto es intencional, destinado a señalar autoridad en lugar de invitar a la discusión.

Siento el pecho demasiado oprimido bajo mi blusa. Cambio mi peso y cruzo los brazos. El movimiento me hace sentir más segura, pero sé que me estoy retrayendo.

—No he completado la repetición del panel toxicológico. —Respiro superficialmente, tratando de no mostrar lo acorralada que me siento.

Levanta las cejas, sin impresionarse.

—No es lo que muestran tus datos con marca de tiempo. Estás retrasándolo. Y sé por qué. —Su voz se tensa ligeramente. Suena como si estuviera cansada de pretender que ambas somos profesionales aquí.

Sostengo su mirada sin parpadear.

—Entonces también debería saber que las acusaciones de manipulación funcionan en ambos sentidos. —La miro sin vacilar, con la espalda recta, aunque mi estómago se retuerce con la mentira. Nadie ha estado manipulando excepto yo, y mis palabras son acusaciones sin fundamento, pero me siento atrapada.

Elena sonríe levemente, pero no hay nada cálido detrás de eso.

—Crees que estás protegiendo a tu padre. Lo entiendo. La lealtad es algo complicado. Pero cuando se presenten las acusaciones, tú no

eres a quien le ofrecerán un trato. Es él. —Habla más lentamente ahora, pronunciando cada palabra con intención cuidadosa, como si quisiera que las recuerde todas—. Él tiene los secretos de los Costa y tú eres prescindible. Sé inteligente, Leone; no tires tu carrera por esto.

Siento que el ardor sube bajo mi piel, lo que me dificulta tragar. El fuego hierve en mi sangre, la ira burbujeando tan profundamente en mi pecho y estómago que casi no puedo contener el chillido de rabia que exige saltar de mi garganta en su dirección.

Se acerca más en un movimiento amenazador, pero su tono es tranquilo. Aun así, no deja espacio para negociación. Está lanzando una amenaza, no ofreciendo una advertencia.

—Coopera y sobrevive, Dra. Costa. O húndete con él.

Greco se gira hacia la puerta y la abre. Con una rápida mirada hacia mí para lanzarme un último conjunto de dagas ardientes, sale y deja que la puerta se cierre tras ella.

No me muevo durante treinta segundos completos. Mi pulso es tan fuerte que ahoga el aire acondicionado sobre mi cabeza. Dejo de pensar por completo. Mi cuerpo se mueve en piloto automático. Camino rápido pero no hacia mi mesa. Me dirijo a la escalera de servicio al final del pasillo y abro la puerta, saliendo.

La escalera está completamente vacía, silenciosa excepto por el leve eco de la puerta detrás de mí. El aire es más fresco que el resto del edificio, cortando contra mi piel y haciendo más difícil respirar. Me siento con fuerza en el escalón de hormigón y entierro la cara en mis manos, pero no salen lágrimas, aunque mi cuerpo siente como si estuviera colapsando hacia adentro. Todo lo que siento es presión acumulándose en mi pecho, demasiada para contener. Me inclino hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, e intento respirar a través de ello. Intento calmarme, pero no funciona. No funcionará, no con todo cerrándose y sin alivio a la vista. No tengo tiempo para desmoronarme, pero me quedo paralizada, incapaz de recomponerme o ponerme de pie otra vez.

No puedo quedarme aquí. Si lo hago, Bernardi encontrará otra excusa para acorralarme, y no tendré nada más que dar. Me levanto

y salgo por la salida trasera sin firmar. El pasillo está tranquilo y mantengo la cabeza baja mientras me muevo rápidamente.

Afuera, Rory está apoyado contra el lateral de un coche negro, con los brazos cruzados. Se endereza en cuanto me ve.

—Necesito ver a Enzo —le digo, apretando mi americana más firmemente a mi alrededor—. Ahora mismo.

Me observa durante un segundo, luego murmura:

—Sabes que no le va a gustar eso —mientras se gira y comienza a caminar.

—No te estaba pidiendo tu opinión, además he sido más que paciente. —No voy a ceder. Este hombre me llevará a Enzo o gritaré hasta que lo haga.

Resopla.

—¿Crees que eres la primera persona que destroza toda su vida por ese hombre? —Sacude la cabeza mientras saca su teléfono y comienza a enviar mensajes a alguien.

—¡No estoy destrozando mi vida! —espeto—. Estoy tratando de evitar que se queme por completo. —Mi garganta se siente como si una boa constrictora estuviera envuelta alrededor de ella.

Me mira de reojo.

—Cariño... —Pone los ojos en blanco y yo me tenso, pero no cedo.

Le lanzo una mirada.

—Si tienes algo que decir, dilo.

Ignorándome, continúa enviando mensajes y dice:

—Le he dicho que venías. No digas que no te lo advertí. —Y cuando comienza a caminar, lo sigo sin dudar, aunque miro por encima del hombro varias veces para asegurarme de que Greco no me ha visto y nos sigue también.

Doblamos la esquina hasta la entrada de un aparcamiento. Rory asiente hacia un lugar escondido detrás de una columna de hormigón, donde un coche oscuro está con las luces apagadas. No me acompaña hasta allí, solo mueve la cabeza y dice:

—Te está esperando.

Luego se gira y se marcha sin mirar atrás.

Me acerco al coche lentamente. Enzo está en el asiento del conductor, con las ventanillas entreabriertas, el motor apagado. Su postura es inmóvil, sus ojos fijos al frente. Cuando llego a la puerta, no se mueve, pero sé que me ve. Tiro de la manilla y me deslizo en el asiento del pasajero.

Rory desaparece, dejándonos solos, pero no siento que esto sea lo suficientemente privado para lo que necesito decirle. De alguna manera se siente demasiado expuesto, como si las paredes tuvieran ojos y en el instante en que finalmente diga lo que necesita ser dicho, se cerrarán y me arrastrarán a prisión.

—Es hora —le digo y finalmente me mira.

—Me alegro de que te des cuenta, Lessi. Porque se nos ha acabado el tiempo. —Enzo alcanza mi mano—. Pero tengo un plan. Solo necesito ocuparme de algunas cosas primero.

—¿Puedes protegerme? —Mi pecho late con fuerza. Estoy a punto de hacer algo que nunca pensé que me vería obligada a hacer. Quebrantar la ley es lo que hace mi padre y mi tío y mis primos. No soy yo. Me alejé de la vida que mi padre quería para mí y, aunque era libre, igual me arrastró de vuelta.

—Solo si confías en mí —dice, y me inclino hacia él, sintiendo demasiada presión en mi pecho para hacer otra cosa que no sea aferrarme a él.

Me atrae con fuerza hasta que estoy gateando sobre la consola central mientras él desliza el asiento del conductor completamente hacia atrás. Me siento a horcajadas sobre su regazo y me aferro a su cuello, sollozando, y él me sostiene tan fuerte que casi no puedo respirar.

Mi respiración se entrecorta contra su cuello, pero no me aparto. Ninguno de los dos dice nada de inmediato. Sus manos frotan círculos lentos en mi espalda, dándome estabilidad incluso cuando todo lo demás parece desmoronarse. Presiono mi cara contra su cuello y sorbo por la nariz, demasiado asustada para soltar lo único sólido que queda en mi vida.

Cuando finalmente me muevo para mirarlo, sus ojos están en los míos, como si estuviera comprobando si me he calmado o si estoy a punto de quebrarme de nuevo. Su palma se desliza desde la base de

mi columna hasta mi cadera, y descansa allí. El contacto no es apresurado ni posesivo. Es firme, cuidadoso, justo lo suficiente para decirme que me ha reclamado como suya.

—No debería haber venido —susurro.

—Quizás no... pero no lamento que lo hayas hecho. —Los ojos de Enzo me atraviesan y me inclino hacia adelante y presiono mi frente contra la suya. Su mano se mueve de nuevo, para apretar mi costado. Sus dedos suben un poco el lateral de mi blusa y puedo sentir el cambio en su respiración.

Alcanzo y suelto el botón superior de mi blusa y sus ojos siguen mis movimientos. Besa el lado de mi cuello lentamente, y cierro los ojos.

Ya no estoy pensando, solo sintiendo.

Y cuando su mano se mueve de nuevo, no lo detengo.

El tacto de Enzo es ligero como una pluma mientras desabrocha mi blusa botón a botón, sus dedos rozando mi piel con cada paso. Mi respiración se entrecorta, y me arqueo hacia su contacto, buscando más de su calor. Sus labios recorren mi mandíbula, enviando escalofríos por mi columna. Inclino la cabeza hacia atrás, invitándolo, y no me decepciona. Sus labios rozan los míos, suaves y tentativos al principio, luego más insistentes a medida que la pasión entre nosotros se enciende.

Nuestros besos se profundizan, las lenguas entrelazadas en una danza desesperada mientras nuestras manos exploran cada centímetro del cuerpo del otro. Tiro de su camisa, desesperada por sentir su piel desnuda contra la mía. Él accede, quitándosela rápidamente antes de volver a prestarme atención. Sus manos recorren mis muslos, arrugando la tela de mi falda antes de desabrocharse los pantalones y sacar su miembro erecto.

La erección de Enzo está dura contra mi centro, y puedo sentir el calor que irradia. Mi corazón se acelera en anticipación mientras me guía hacia abajo sobre su longitud, una mano acunando mis caderas para posicionarme. Su otra mano se desliza bajo mi falda, revelando la humedad de mi deseo. Gruñe bajo en su garganta, y arqueo mis caderas hacia él, anhelando más contacto. Su respiración se

entrecorta mientras empuja lentamente dentro, llenándome completamente.

—Enzo —gimo, arqueando mi espalda mientras comienza a moverse, embistiendo dentro y fuera en un ritmo lento y delicioso. Sus manos se deslizan bajo mi blusa, acariciando mis pechos, provocando mis pezones hasta que se endurecen bajo su tacto.

Acelera el ritmo, empujando dentro de mí con más fuerza mientras nuestros cuerpos se mueven juntos. El coche se balancea suavemente mientras aprieto mis muslos alrededor de su cintura, atrayéndolo aún más cerca mientras nos movemos sincronizados. El mundo exterior se desvanece, dejando solo a nosotros dos y la necesidad primaria que corre por nuestras venas.

Mientras nuestros cuerpos se mueven juntos, siento un calor familiar construyéndose en lo bajo de mi núcleo. Las embestidas de Enzo se vuelven más urgentes, su respiración entrecortada en mi oído. No puedo detener los gemidos y suspiros que escapan de mis labios, la intensidad del placer abrumando cualquier semblante de control. Enzo entierra su cara en mi cuello, murmurando palabras que no puedo entender bien mientras su agarre en mis caderas se aprieta.

Mi núcleo comienza a pulsar, los primeros dedos del orgasmo jugando con mi cuerpo. Y cuando me sacudo y tiemblo, él gruñe fuertemente y muerde con fuerza mi cuello.

Finalmente, con un estremecimiento y un gemido ahogado, se queda quieto dentro de mí, manteniéndome cerca mientras nuestra respiración se ralentiza a un ritmo menos frenético. No dice nada durante un largo momento, y yo tampoco. Solo permanecemos allí, enredados en los brazos del otro, tratando de recuperar el control de nuestros sentidos.

Todavía estoy en su regazo, con la respiración inestable, mi cuerpo suave contra el suyo. Presiona una mano contra la parte posterior de mi cuello, con los dedos entrelazados suavemente en mi pelo.

—Vendrás conmigo —dice, con voz baja.

Me separo lo justo para mirarle a los ojos.

—¿Adónde?

—Primero a casa —dice—. Vas a hacer una maleta, solo con lo que necesites. Después de eso, te llevaré a una casa segura.

Mi estómago se revuelve.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Frota una mano por mi columna, no para consolarme, sino para estabilizarme.

—Los Bianchi saben que has recibido una citación. Han decidido que eres un problema. No puedo protegerte si te quedas en casa.

Asiento lentamente, tratando de tragar el nudo seco en mi garganta. Los hombres que me seguían, los que intentaban entrar en mi casa... no era solo intimidación, después de todo. Tengo miedo.

—¿Y el resto?

—Estoy trabajando en ello —dice—. Tengo una idea. No es perfecta, pero si puedo llevarla a cabo, no solo te mantendrá a salvo. Nos sacará de todo este lío.

No me lo explica, y yo no pregunto. Pero puedo verlo en su cara: sea cual sea este plan, ya está en marcha. Quizás ha hecho llamadas o ha movido gente. Tal vez incluso ha tomado riesgos que aún no conozco.

Y si funciona, me salvará.

Si no...

Estoy demasiado asustada para preguntar qué podría pasar.

24

VINCENZO

El recinto de contenedores se extiende frente a mí en forma de media luna, rodeado de vallas oxidadas y esqueletos de hierro de cajones de envío apilados con demasiada pulcritud. No es una operación rutinaria; Emilio me ha enviado aquí como una especie de castigo silencioso por oponerme a lo que él quería que sucediera. Mantengo la mano cerca de mi arma, por si acaso, porque mis alarmas ya están sonando sin haber visto ninguna bandera roja en ninguna parte.

Se supone que es un intercambio rápido para mí. Cojo el maletín de dinero, entrego una llave y una nota que explica dónde están escondidas las armas, y me largo de aquí. Es un tipo nuevo, alguien a quien aparentemente Rory ha investigado, y Emilio no se siente muy seguro al respecto, pero no podemos dejar pasar la oportunidad de expandir el negocio.

Apago el motor y me quedo quieto, con una mano en la empuñadura de mi pistola. Las cigarras están en silencio; no hay brisa que mueva los árboles. No sale humo de cigarrillos desde detrás de los contenedores. El recinto contiene la respiración, de forma antinatural; parece abandonado, no simplemente vacío, como si alguien lo hubiera despejado y se hubiera olvidado de él.

El contenedor marcado con grandes números negros que coinciden con los del memorándum que indica dónde debo reunirme con el contacto está justo delante. Me dirijo hacia él con la carpeta en una mano y la otra descansando cerca de mi arma en la cadera, esperando entregar la nota y la llave sin problemas. Me acerco con cautela, buscando movimiento.

La pintura parece fresca, el metal demasiado pulido para haber estado aquí mucho tiempo. Saco mi arma mientras me acerco más. La puerta está entreabierta, lo suficiente para ver que la cerradura ha sido cortada limpiamente. Se balancea ligeramente sobre sus bisagras, que estoy seguro que chirriarán si intento abrirla.

—¿Hola? —llamo, esperando que el contacto empuje la puerta y salga, pero todo sigue en silencio por un segundo. Quizás he llegado un poco temprano, pero prefiero verlos acercarse a que me sorprenda alguien que me está esperando.

Me detengo a tres metros, me agacho y escaneo el terreno. Hay un andamio elevado a unos veinte metros al este. Otra fila de contenedores se encuentra al oeste, colocados con una clara línea de visión hacia la orilla del agua. El espacio es un desorden de contenedores oxidados y escombros industriales dispersos. Y puedo sentir ojos sobre mí y el ardor agudo de adrenalina en mi garganta hace que se me erice el vello. Alguien está ahí fuera, esperando.

Me están observando, quizás desde que salí de mi coche, y mi estómago se retuerce en un nudo al darme cuenta de que debería haber traído refuerzos. Pero no puedo echarme atrás en este trabajo ahora.

Abro la puerta del contenedor con mi mano no dominante, manteniendo mi Beretta apuntando al oscuro interior. El grueso metal de la puerta protege mi cuerpo mientras doy unos pasos vacilantes hacia atrás. No puedo ver dentro del contenedor, pero el destello de un cañón me hace saltar hacia atrás.

Estalla el tiroteo.

El destello brillante me ciega por un segundo antes de que mis instintos tomen el control. Me lanzo detrás de la caja, con las balas impactando en el metal justo por encima de mi cabeza. Fragmentos de óxido y pintura saltan a mi alrededor. El estallido concusivo de los

disparos resuena en las paredes del contenedor, dejándome sordo, pero no necesito mi sentido del oído para contraatacar.

Ruedo y disparo para cubrirme mientras intento retroceder hacia mi coche. Un disparo impacta en algo —un grito sigue, alto y descarnado. Uno menos. Me oriento y giro en la esquina del contenedor. Con mi arma en alto y apuntándoles. Con más de un tirador aquí fuera tras de mí, no tengo ninguna posibilidad. Tengo que volver a mi coche para ponerme a salvo antes de que me rodeen.

Un segundo tirador aparece desde detrás de un montón de palés mientras me guardo el sobre con la llave en el bolsillo interior de mi chaqueta. Disparo y golpeo la madera, lanzando astillas a su cara. Se encoge y trata de cubrirse, así que avanzo tres pasos, luego me agacho cuando las balas cortan el aire donde estaba mi cabeza hace un instante.

Hay otro tirador arriba, encaramado en el andamio, a unos seis metros de altura. Tiene un rifle con mira telescópica y elevación. Disparo dos veces en su dirección. Una bala le roza el brazo, haciéndole agacharse tras la barandilla oxidada. Devuelve el fuego, destrozando una caja a mi lado. La madera vuela, acribillando mi pecho y torso.

Entonces llega el que me flanquea. Oigo sus botas crujir en la grava con pasos rápidos y agresivos. Dispara bajo y cerca, tratando de inmovilizarme antes de que pueda cambiar de posición, pero logro esconderme detrás de un bidón y devolver el fuego, apuntando a su centro de masa. El disparo conecta y él se desploma, con el rifle repiqueteando en el suelo. Sus botas se contraen una vez antes de quedarse inmóviles.

El sudor me recorre la espalda. Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo en los dientes. Mi posición es mejor que antes pero sigue siendo vulnerable. He matado al menos a tres de ellos, pero he contado al menos media docena más de armas apuntándome. No tengo más remedio que huir.

El del andamio está recargando mientras rompo la cobertura y corro hacia la izquierda, zigzagueando por el patio de contenedores,

agachándome detrás de paredes de acero. Otro tirador grita —quizás el que herí antes— e intenta rodearme.

—¡Lo tenemos! ¡Está sangrando mucho! —chilla el hombre, pero no me detengo por nada. No sabe que ahora lo estoy cazando.

Trepo por uno de los contenedores, mis botas raspando la escalera oxidada, y aparezco detrás de él. No me oye hasta que estoy allí. Un disparo limpio a la espalda lo derriba y su arma cae mientras él grita. Salto, aterrizo sobre él y le clavo el codo en la mandíbula con fuerza. Un disparo a quemarropa en la sien y deja de gritar.

Agarro su arma, me cuelgo la correa al hombro y sigo moviéndome. El tiroteo estalla de nuevo desde la izquierda. Al menos cuatro tiradores más se acercan, cortando mi retirada al coche. Me agacho y disparo en dirección a los destellos de los cañones, obligándolos a dispersarse, pero ahora son más audaces. Ya no solo mantienen el perímetro —me están cazando a través del patio.

Una bala me desgarra el brazo mientras giro detrás de una pila de cajones. El dolor me aturde por un segundo; es tan caliente que siento como si alguien hubiera atravesado mi bíceps con un atizador al rojo vivo y sé que no podré levantar un arma para disparar. Aprieto los dientes y sigo moviéndome, con la respiración superficial y las piernas en movimiento. No puedo quedar acorralado. Si me ralentizo, acabarán conmigo.

Salgo corriendo de nuevo, todavía zigzagueando por el tramo abierto hacia la valla. Las balas golpean el metal detrás de mí, pero veo mi coche. Es mi única oportunidad. Me lanzo hacia él, con el hombro gritando mientras choco contra la puerta.

Con las manos resbaladizas por la sangre, la abro de un tirón y me arrojo detrás del volante. Una bala rebota en el guardabarros y arranco el coche a toda velocidad. La grava salta detrás de mí mientras los neumáticos avanzan, el coche atravesando la valla. La cadena metálica grita mientras cede y clava sus dedos de acero en ambos lados de mi vehículo, pero al menos estoy a salvo.

Cuando llego al terraplén, detecto movimiento en el espejo. Un sedán negro aparece en mi retrovisor —el mismo que pasé al entrar.

Eso confirma que no solo estaban esperando; también planearon una persecución.

Piso el acelerador a fondo. El coche se sacude hacia adelante, el chasis traqueteando al golpear un bache y saltar a la carretera principal. El metal gime bajo la tensión. El sedán se mete rápido detrás de mí, su motor gimiendo mientras intenta ganar terreno.

Mi coche no está construido para la velocidad, pero tiene peso. Si llega al contacto, ganaré yo. Acelero hacia una carretera secundaria, esperando que las curvas más cerradas los obliguen a cometer un error. El motor ruge mientras lo fuerzo más de lo que quiere ir.

Veo un carril estrecho y giro bruscamente a la derecha, bordeando un viejo muro de piedra a toda velocidad. El sedán me sigue, pero su giro es demasiado amplio. Freno con fuerza y hago un viraje; mi coche golpea la parte trasera del sedán, enviándolo a dar vueltas por la carretera salvajemente.

Choca contra una farola con un chirrido de metal retorciéndose. No me detengo a comprobar si el conductor sale. Sigo adelante, con los ojos en la carretera, ya buscando la siguiente amenaza.

Mi hombro está palpitando, la sangre brotando de mi brazo, pero logro acelerar en la oscuridad y escapar de la emboscada que claramente los Bianchis prepararon para mí. Cuando finalmente llego al borde exterior de Trastevere, mi camisa está empapada y mi costado arde. Abandono el coche detrás de un mercado, anotando su ubicación para enviar a alguien a recuperarlo. Mis piernas se sienten desprendidas, flotando mientras me tambaleo por un callejón lateral. Los edificios se difuminan, el color sangrando sobre el color.

Encuentro un bar de mala muerte para sentarme un segundo, y entro cojeando. Un adolescente limpia vasos en la barra. Ve la sangre, la cojera, el arma medio oculta en mi cinturón... y no dice nada. Pero cuando me desplomo en un reservado cerca del fondo, me trae un vaso de algún líquido ambarino que supongo es un whisky fuerte, y unas toallas con nada más que un asentimiento.

Saco mi teléfono con dedos resbaladizos por la sangre y escribo:

Vincenzo: 18:42: Quédate dentro y no envíes mensajes a nadie. Los bianchis han iniciado sus ataques. Creo que piensan que tú estás

acabando con todos.

Cuando pulso enviar, sabiendo que Alessia entenderá mi mensaje aunque esté enviado desde un móvil de usar y tirar que no reconoce, finalmente respiro aliviado. Eso fue una trampa, pura y simple. Ahora no toman prisioneros.

Me guardo el teléfono, me recuesto contra la pared y respiro a través del dolor pulsante en mi hombro. Fuera lo que fuese esto, no era solo una táctica de intimidación. No se trataba de detener una recogida de armas. Esto fue un intento contra mi vida porque me acerqué a alguien que es peligroso para todas las organizaciones criminales de esta ciudad.

Y alguien envió a críos para hacerlo.

25

ALESSIA

Hace horas que no sé nada de Enzo. Esta supuesta "casa segura" no me parece nada segura. Cada ruido en la noche me aterroriza. Me he bebido media botella de vino mientras espero, caminando de un lado a otro por el suelo de baldosas, revisando mi móvil cada cinco minutos aunque sé que me llamaría si pudiera. Algo va mal. Puedo sentirlo en mis entrañas.

Cuando por fin suena la cerradura, vuelo hacia la puerta y la abro de golpe antes de que él pueda y lo encuentro allí de pie, apoyado en el marco con un aspecto demacrado.

Está sangrando.

Tiene un corte profundo sobre la ceja y regueros de sangre le bajan por el brazo donde la tela de su manga ha quedado hecha jirones. Una mano aún sujeta la empuñadura de su pistola. Pero sus ojos se fijan en los míos como si yo fuera un alivio para su sufrimiento.

—No es tan grave como parece —gruñe mientras avanza, pero sus rodillas flaquean ligeramente. Está débil por la pérdida de sangre, algo que puedo ver claramente, y me alegro de que la sangre esté en su manga y no en su pecho.

Cierro la puerta de golpe tras él y le sostengo por debajo del brazo antes de que pueda caerse. Su mandíbula está tensa; su piel,

pálida. La cerradura hace clic cuando la giro con una mano y luego le guío hacia el desgastado sofá.

Mis manos tiemblan, y mi voz suena tensa por el miedo aunque intento mantener la calma.

—Siéntate. Déjame que te cuide —le ayudo a sentarse en el sofá, ya agarrando el borde de su chaqueta.

—El botiquín creo que está bajo el fregadero —las palabras de Enzo salen entrecortadas. Puedo notar que tiene mucho dolor, pero como la mayoría de los hombres de su calibre, nunca lo admitirá.

Se hunde en los cojines con un gruñido y me deja que le quite la chaqueta de los hombros. La sangre le resbala por un lado de la cara y ha empapado tanto su camisa que no puedo ver dónde está la herida. Me apresuro a coger el botiquín de debajo del fregadero y vuelvo, dejándome caer de rodillas junto a él.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, intentando que mis manos no tiemblen demasiado.

Agarro las tijeras del botiquín y corto la manga destrozada para poder ver bien la herida, necesitando ver lo profunda que es. Mi mente vuelve a los recuerdos de mi madre arrodillada junto a mi padre en noches como esta. La hemorragia no es abundante, pero lo suficientemente constante como para preocuparme. Presiono una gasa limpia sobre la herida y cojo un sobre estéril para preparar el desinfectante.

—Me han disparado. ¿Qué coño te parece? —puedo ver en su cara cuánto le duele, así que me trago las otras preguntas, pero no puedo evitar que la mueca de miedo aparezca en mi cara.

La herida atraviesa directamente su bíceps, que está muy hinchado, pero es lo bastante limpia como para coserla si consigo controlar la hemorragia. Empapo una compresa con antiséptico y la presiono firmemente contra la piel abierta. Enzo sisea entre dientes pero no se aparta.

Primero limpio los bordes, luego trabajo hacia el interior, eliminando la suciedad y la sangre seca con pasadas lentas y deliberadas. Mis dedos están firmes, pero tengo el pecho oprimido por el pánico. No sé quién le ha hecho esto y tengo miedo de

preguntar, porque no quiero saber cuánto ha empeorado todo este asunto.

—Dios mío —murmuro, más por miedo que por impresión. El disparo es de entrada y salida limpia, y parece que no ha tocado ninguna arteria. Sanará, pero podría haber muerto. Solo quince centímetros a la izquierda...

Cuando he limpiado bien el brazo, lo cubro con un cuadrado de gasa y lo vendo; luego tiro las compresas empapadas a la papelera y cojo otra tira de gasa para ocuparme de su cara. Él permanece callado, con la mandíbula apretada, confiando en que yo me encargue. Y no se estremece mientras limpio el corte sobre su ojo, aunque su respiración se entrecorta cuando accidentalmente me apoyo sobre su brazo.

Me observa todo el tiempo. Puedo sentir lo pesado que es su estado de ánimo, como si estuviera memorizando cada movimiento.

—Deberías haberme llamado —mi voz suena más dura de lo que pretendo, la frustración cruje a través de la preocupación. Él no me pertenece, pero una parte de mí desearía que así fuera; que esto no fuera un enorme desastre que ha forzado que nuestros mundos colisionen.

—No quería arrastrar esta mierda por teléfono —Enzo exhala con fuerza y aparta mi mano, pero le miro con el ceño fruncido y se relaja para dejarme terminar.

Pego la gasa con esparadrapo y me echo hacia atrás sobre mis talones, dejando que mis manos descansen sobre sus rodillas.

—Háblame, Enzo. Por favor.

Él apoya la cabeza en el respaldo del sofá. Las sombras acentúan los ángulos de su rostro, y su voz se vuelve baja.

—La investigación ya no es nuestro único problema. Los Bianchi quieren borrar su conexión con Matteo porque saben que si sale a la luz que está relacionado con ellos, todos caeremos —levanta el brazo como si quisiera tocarse la cara, pero inmediatamente hace una mueca de dolor y lo vuelve a bajar, dejándolo sobre su regazo. Entrelazo mis dedos con los suyos y espero.

Se me seca la boca.

—¿Así que me quieren muerta? —pregunto, confundida. ¿No saben que si desaparezco, Greco simplemente irrumpirá en mis archivos y todo lo que yo sé lo sabrán ellos? Sin mencionar el hecho de que, con mi autopsia sin finalizar, simplemente pondrán a otro técnico en ella, ¿y todo saldrá a la luz de todos modos?

Su boca se abre como si fuera a responder, pero no sale nada. Examino su rostro, y lo que veo allí es peor que cualquier cosa que pudiera decir en voz alta. No es solo agotamiento. Está convencido de que nos harán daño a ambos. Lo siento golpearme en la boca del estómago, asentándose sobre mí como una fría ola de terror.

—Emilio solo te mantiene con vida porque protege el nombre Costa —añade—. Si cooperas con el magistrado, estás sola. Tendrás a todas las familias criminales de Roma detrás de ti.

Le miro fijamente, con el pecho oprimido, luego me levanto del suelo y camino hacia la ventana. Fuera está completamente oscuro, el jardín apenas iluminado por la lámpara del porche. El cristal está frío contra mis dedos mientras apoyo una mano contra el panel y miro hacia fuera.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Exhala con fuerza por la nariz, moviéndose para sentarse más erguido.

—Robaré la bolsa de pruebas y cambiaré el ADN. Tengo acceso a sangre de cerdo. Suficiente para corromper lo que sacaron de debajo de las uñas de Matteo. Si la muestra está contaminada, no se sostendrá en los tribunales.

—¿Y el informe? —pregunto, todavía de cara a la ventana, aunque ya sé lo que va a decir. Puedo ver su reflejo en la ventana y observo cómo se frota la cara con una mano.

—Tú eres la única que puede hacer esto, Alessia. Tienes que sesgar los hallazgos o estás acabada —su voz es tranquila pero firme, como si ya hubiera tomado la decisión por los dos.

Me giro lentamente, con los brazos cruzados.

—¿Y si no lo hago? —la idea de mentir deliberadamente al gobierno, de falsificar pruebas... me revuelve el estómago. He descendido oficialmente al nivel de mi padre. Soy una criminal, y ya no hay vuelta atrás.

Me giro para mirarle mientras dice:

—Entonces no puedo protegerte —la honestidad en su tono corta la última atadura que me mantiene unida a una vida normal.

Por un momento no puedo hablar. Ni siquiera puedo respirar. Porque sé lo que esto significa. Perderé mi trabajo, lo único que he conseguido por mí misma. Nunca volveré a ver a Chiara... no podré llamarla, no podré explicarle. Y mi tía, la mujer que me crió cuando mi padre me dejó pudrirme... desapareceré de su vida sin decir una palabra. Pienso en todo por lo que he trabajado, todos los años que he intentado salir de la sombra de los Costa, y ahora estoy justo de vuelta bajo ella. Peor: soy cómplice. Me he convertido exactamente en lo que juré que nunca sería.

Camino hasta el sofá y me siento lentamente, con las manos descansando en mi regazo. Él se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas, pero no habla. Pienso en Chiara, en el último mensaje que nunca contesté. Pienso en las llaves de mi laboratorio que todavía están en el bolsillo de mi abrigo y en cómo nada de eso importa ahora. El peso en mi pecho es aplastante y nadie puede levantarlo, ni siquiera yo. Enzo me mira como si estuviera preparándose para verme desmoronarme y yo le miro tratando de averiguar cuándo dejé de resistirme a él y empecé a enamorarme.

—Si todo se viene abajo —dice, más tranquilo ahora—, tengo la llave de Gordo. Acceso a fondos, una salida. Una casa que nadie ha tocado desde los setenta. No aparece en ningún mapa... Y me iré contigo.

Le observo. Sus hombros se inclinan hacia adelante por el agotamiento. La sangre forma costras en su cuello y mancha los bordes de su camisa. Parece destrozado —piel demacrada, ojos oscuros— pero está erguido. No ha renunciado a mí, a pesar de lo mucho que me he enfrentado a él a veces.

Me deslizo del sofá, me arrodillo frente a él y apoyo mi cabeza contra su pecho. Su camisa huele a sudor y a pólvora. Hundo mi cara en ella y le rodeo con mis brazos.

—Ay —gruñe, pero no me aparto porque ahora que estoy en su bando de esta guerra, es lo único con lo que puedo contar.

Su mano se desliza por mi pelo y enreda sus dedos en él. El contacto es suave y reconfortante.

—Si sobrevivimos a esto —susurro, con la voz áspera—, no se te permite dejarme. ¿Me oyes? —Echándome hacia atrás, le miro directamente a los ojos—. No creo que pueda volver a mi antigua vida.

Él baja la cabeza hasta que sus labios rozan los míos y dice:

—No creo que ninguno de los dos pueda.

No discuto. Simplemente me quedo allí, respirándole, sabiendo que pase lo que pase después —cueste lo que cueste— este es el momento en que todo cambia.

26

VINCENZO

El tiempo de hablar se ha terminado. Hemos entretenido al magistrado, desviado las amenazas y conseguido que Alessia tenga espacio para respirar. Pero respirar es meramente sobrevivir en este mundo, no realmente vivir. Si existe alguna posibilidad de librarla de las consecuencias y proteger el apellido Costa del colapso, empieza aquí. El laboratorio es donde comienza todo. El cuerpo de Matteo es la pieza clave. El ADN bajo sus uñas es el riesgo. No me importa lo burdo que parezca o lo cerca que esté. Voy a hacer que sea imposible que alguien demuestre lo que ocurrió en esa habitación.

—La furgoneta se está moviendo —dice Diego por el comunicador, su voz firme en mi oído—. Diez segundos.

Compruebo mi reloj. Son las 2:17. La furgoneta gira en la esquina al final de la carretera de servicio y avanza hacia el muelle de carga trasero con las luces bajas. Tal como lo planeamos. Cambio mi peso detrás del contenedor, con los ojos fijos en el conductor, mientras Nico se coloca sobre el andamiaje del muelle y Rory espera junto a la salida. Estamos en posición para hacer nuestro movimiento tan pronto como la furgoneta se detenga. Este trabajo no requiere fuerza bruta. Requiere precisión.

—Posiciones —digo por el micrófono, mientras mis ojos examinan el muelle. La furgoneta frena silenciosamente. Dos falsos enfermeros con batas —los nuestros— bajan y miran alrededor, uno sacando un portapapeles mientras el otro teclea en su tableta. Y caminamos directamente hacia la furgoneta como si hubiéramos hecho esto cien veces.

—¿De verdad conseguiste meter a tres de los hombres de Emilio en la lista? —pregunta Nico en voz baja mientras nos acercamos. Nos costó una buena suma, pero lo conseguí.

—Los saqué de su equipo privado —digo—. Coloqué a dos en la rotación del turno de noche la semana pasada y soborné al supervisor de ruta para el tercero. Cree que está haciendo una entrega al depósito estatal. No tiene ni idea de quién está en la bolsa.

Nico silba por lo bajo.

—Te estás volviendo bueno en esto, compare.

—Demasiado bueno —murmuro, acercándome justo detrás de la furgoneta mientras nuestros falsos enfermeros nos abren las puertas traseras.

Subo a la furgoneta antes que nadie, con las fosas nasales dilatadas por el fuerte olor a lejía y desinfectante. La luz interior parpadea sobre mi cabeza mientras me coloco junto a la camilla. El cadáver de Matteo está metido en una bolsa para cadáveres estéril, con la etiqueta colgando flácida del tirador de la cremallera. Su cuerpo se ve peor bajo esta luz tenue, flojo y gris, como si fuera un ahogado que ya ha pasado la fase de hinchazón. No hay tiempo para detenerse en ello.

Abro la cremallera hasta la mitad y me pongo los guantes de látex mientras Nico me pasa las herramientas. Las uñas de Vescari están llenas de sangre seca y suciedad. Los hisopos de laboratorio no pasarían por alto eso. Así que cojo el cepillo y froto con fuerza los lechos ungueales, mezclando la espuma y el peróxido en una espuma rosada mientras repaso cada dedo. No me salto pasos. Un punto que se me pase podría hundirnos a todos. Mis guantes están empapados cuando termino, pero no disminuyo el ritmo.

—Jeringuilla —murmuro, extendiendo la mano. Miro hacia el callejón y lo veo vacío. Esta hora del día es un riesgo, pero no pudimos convencerles de trasladar el cadáver en otro momento.

Nico me la entrega. Extraigo la sangre de cerdo e inyecto en el tejido blando bajo cada uña. El truco no está en el volumen, sino en la contaminación. Si el laboratorio consigue una buena muestra, estamos jodidos. Pero si cada hisopo está sucio, cada resultado es basura. La sangre se filtra lentamente alrededor de los lechos ungueales mientras trabajo. Es tosco, pero efectivo.

—Tres minutos —dice Diego—. El conductor está listo para salir.

Termino la última inyección y seco las yemas de los dedos. La mano de Matteo cae inerte sobre la camilla, sin vida y arruinada. Antes de cerrar la bolsa, saco la hoja de mi bolsillo y levanto la sábana lo justo para ver el símbolo tallado en su estómago. Es profundo, claramente deliberado, y cualquiera que lo reconozca sabrá exactamente quién lo dejó ahí. Clavo la punta del cuchillo en la marca y lo arrastro con fuerza varias veces, convirtiendo la forma en un desastre de tejido destrozado. No es suficiente para ocultar completamente lo que había, pero impedirá que alguien esté seguro.

Después cierro la bolsa, la marco con los números alterados y hago un gesto a Diego antes de entregarle la jeringuilla y el cuchillo a Nico. El conductor sube. Nuestro hombre firma con la hora falsificada y asiente como si nada hubiera pasado. La furgoneta se aleja mientras nos quedamos mirando, con el cuerpo de Matteo en la parte trasera y nadie más enterado.

Me quedo donde estoy un momento, observando cómo los faros traseros desaparecen en la curva de la calle. Debería sentirse como un alivio. Pero en lo único que puedo pensar es en si ella será capaz de hacer su parte. No es como nosotros. No creció dentro de este mundo; estaba en la periferia, y apenas eso. Lo que acabo de hacer —lo que ella tendrá que hacer a continuación— no es algo de lo que se pueda volver. Si se bloquea, si duda, todo se vendrá abajo.

—¿Crees que está preparada?

Me giro para ver a Rory a mi lado, con las manos metidas en su chaqueta, mirando cómo desaparece la furgoneta. No suena escéptico. Solo curioso.

—No tiene la opción de estar preparada —digo, con los ojos aún fijos en la curva donde desapareció la furgoneta—. Ninguno de nosotros la tiene.

Rory saca un paquete de chicles del bolsillo de su abrigo y me ofrece uno. Niego con la cabeza, y él se mete uno en la boca, masticando lentamente mientras observa a Nico y Diego alejarse hacia el callejón lateral, con las chaquetas sueltas y las manos en los bolsillos. Ya no hay prisa. El trabajo está hecho.

—Esos dos hacen que parezca fácil —dice Rory, señalándolos con la cabeza.

—Han hecho cosas peores —respondo—. ¿Esto? Esto ha sido limpio.

—Sí, bueno —dice, balanceándose sobre sus talones—, los trabajos limpios suelen significar consecuencias sucias.

Me mira, moviendo la mandíbula al masticar.

—¿De verdad confías en que ella lo hará?

Respiro profundamente por la nariz y finalmente aparto la mirada de la calle.

—No es tonta. Sabe lo que está en juego. No me preocupan sus habilidades. Me preocupa su conciencia.

Rory levanta una ceja.

—¿Crees que se vendrá abajo?

—No —digo—. Creo que lo llevará dentro. Aunque nadie más sepa lo que ha hecho, ella lo sabrá. Y eso es un tipo diferente de daño.

Silba bajito y luego asiente como si eso lo zanjara.

—Supongo que lo veremos.

Me meto en mi coche al otro lado de la calle y tiro los guantes en una bolsa para quemar bajo el asiento. Mis manos todavía tiemblan por la pura adrenalina. Es una descarga hacer lo que hacemos, pero tengo la sensación de que Alessia también estará temblando, por una razón completamente distinta.

Si lo consigue, habremos pasado lo peor. Sigo pensando en lo que eso podría significar: qué tipo de vida podríamos construir en Roma una vez que esto esté enterrado. Ella podría volver a la medicina, si no a la vista del público, al menos entre bastidores. Yo

podría salir de las sombras sin alejarme de la familia. Empezar a gestionar las cosas de manera más limpia. Cortar la podredumbre antes de que se extienda. Todavía habría peligro, todavía habría sangre, pero estaríamos construyendo algo duradero. Un futuro dentro del mundo en el que nacimos, pero bajo nuestros propios términos. Pero nada de esto sucederá a menos que ella supere esta noche.

Vincenzo: 14:59: Mi parte está terminada. Te toca a ti.

Miro la pantalla un segundo antes de bloquearla y deslizar el teléfono en la consola central. No hay nada más que decir. Si ella puede mantener la línea como yo hice —si puede archivar el papeleo y suprimir la muestra— entonces podríamos sobrevivir a esto. Es lo suficientemente inteligente como para reescribir las reglas. Solo tengo que mantener la puerta abierta el tiempo suficiente para que ella pase.

27

ALESSIA

El cursor parpadea contra una pantalla blanca mientras permanezco inmóvil, con el dedo índice suspendido sobre el teclado. La pantalla de inicio de sesión espera mis credenciales, las mismas que he usado durante años. Las tecleo como si fuera cualquier otra mañana y no estuviera a punto de borrar la verdad.

El sistema carga más lento de lo habitual, y los registros de patología aparecen en una lista. Me desplazo hasta encontrarlo: Matteo Vescari, código de caso 411-23. Mi pulso se acelera cuando hago clic. Espero a medias que aparezca una alerta, que se active un cortafuegos, algo que bloquee lo que estoy a punto de hacer. Pero el software me obedece como lo hace todos los días.

Eso es lo que lo hace peor. Si hubiera resistencia, si el sistema se bloqueara, si marcara algo como sospechoso, podría parecer más difícil cruzar la línea. Pero todo responde como siempre. Parece demasiado fácil, y esa facilidad me revuelve el estómago.

La culpa se insinúa silenciosamente, no porque crea que mi padre merece justicia, sino porque sé lo mucho que trabajé para conseguir este acceso. Una vez me sentí orgullosa de ello. Creía en las normas y los registros, y ahora soy yo quien los está desmantelando.

Todo está en su sitio. Los archivos histológicos están registrados. El informe toxicológico está limpio. Las fotos de la escena están etiquetadas y las notas de la autopsia almacenadas en secuencia. Voy directamente a la pestaña forense y abro el registro de ADN: Muestra en Cadena #84723. Es el registro vinculado a la sangre bajo sus uñas. El mismo que señaló directamente a mi padre.

Abro los metadatos y desactivo la capa de visibilidad. Luego ejecuto un script de eliminación permanente. Me pregunta —¿Está segura?— como si se tratara de cualquier otra muestra mal archivada.

Hago clic en sí.

Cierro los ojos un segundo para alejar la vergüenza que siento. Cuando los abro, la pantalla se actualiza y el enlace desaparece. Ejecuto dos comandos más para borrar los datos en caché y luego elimino el archivo oculto. Todas las copias de seguridad quedan borradas. Se elimina cada registro de referencia y marca de laboratorio.

Pero eso no es suficiente. Conozco los protocolos al dedillo —sé cómo enterrar las cosas tan profundo que nunca volverán a salir a la superficie—, pero sigue pareciéndome como pintar sobre podredumbre. Imagino qué pasará si alguien decide excavar de todos modos. ¿Y si solicitan una auditoría? ¿Y si alguien reabre el caso por rencor o curiosidad? ¿Y si alguien más con quien me formé empieza a hacer preguntas que no puedo responder sin delatarme?

Ese miedo me sigue empujando, con más fuerza de lo que jamás podría hacerlo la culpa. Así que hago más. Reescribo manualmente los campos de entrada, cambiando el tipo de registro para que se lea: "Muestra degradada. No se obtuvo secuencia de ADN viable". Luego borro la marca de tiempo e inyecto una falsa serie de intentos de laboratorio para que parezca que intentamos repetirlo. Esa es la parte que mantendrá alejados los ojos correctos de mi espalda. No activará ninguna alerta de supervisor. No se enviará al magistrado.

Cuando termino, me recuesto y miro fijamente la pantalla vacía. Mi mano vuelve a dirigirse al ratón, con los dedos temblorosos. Abro el menú de impresión y envío el informe modificado a la impresora del laboratorio. El zumbido y el chirrido de la máquina parecen

demasiado fuertes en el silencio estéril, y yo también me siento acusada y juzgada. Tomo el papel de la bandeja, aún caliente, y repaso cada palabra de nuevo.

"Muestra degradada. Intentos secundarios sin éxito. No concluyente".

Lo firmo con mano temblorosa, y mi corazón late tan rápido que me duelen los dientes. Meto la hoja en una carpeta y me dirijo a Registros.

El pasillo exterior está bañado de una luz estéril que parece lo suficientemente brillante como para exponerlo todo. Mantengo la cabeza baja y me muevo rápidamente. Sé que las cámaras de seguridad están activadas, así que mantengo mis pasos firmes y no miro alrededor.

Abajo, registro el archivo en el gabinete central de patología y firmo el registro de transferencia. La enfermera del mostrador apenas me mira. No dice nada. Nadie levanta la vista. Asiento una vez, con cuidado de no llamar la atención, y me alejo con pasos firmes.

De vuelta en mi despacho, cierro la puerta y giro la cerradura, luego cruzo hasta el escritorio y abro el cajón con el USB encriptado. Lo conecto y accedo a la estructura de archivos oculta. Dentro, las carpetas contienen registros temporales, ediciones con marca de tiempo, clips de audio del examen inicial e imágenes escaneadas de notas manuscritas. Todo lo que utilicé para construir el caso. Todo lo que podría deshacer lo que acabo de hacer.

Los borro todos, una carpeta a la vez. La pantalla parpadea con barras de progreso mientras cada sección desaparece. Limpio la unidad tres veces antes de quitarla, envolverla en una toalla de papel, y partirla por la mitad. El metal se astilla y la placa se rompe por el centro.

Tiro los pedazos a la papelera, los cubro con archivos del contenedor de reciclaje y me siento en mi escritorio, respirando por la nariz. Mi corazón late con fuerza y siento que podría empezar a llorar en cualquier momento.

Esto es todo. Está hecho. No puedo deshacerlo, y no puedo cambiar de opinión ahora.

Tampoco puedo librarme del testimonio que se espera que dé ante la comisión de declaración y el Dr. Bernardi, donde la inspectora Elena Greco me interrogará y es muy posible que me quiebre. Ese pensamiento me revuelve el estómago y quiero coger el teléfono para llamar a Chiara, solo para oír su voz. La voy a echar tanto de menos.

En su lugar, compruebo el teléfono desechable en el bolsillo de mi chaqueta. No hay mensajes nuevos. La pantalla sigue en blanco.

Mi tarea está completa. Ahora todo lo que tengo que hacer es irme y reunirme con Enzo, y rezar para que todo salga como él dijo que saldría.

Mi estómago se anuda. La tensión no viene de la culpa. Viene de algo peor. La culpa se desvanece con el tiempo, disminuye a medida que pasan los días. El miedo no.

Si alguien descubre esto —si alguien rastrea un solo hilo hasta mí — no solo perderé mi trabajo. Perderé la protección que conlleva e iré a prisión junto a cientos de criminales que estarán haciendo cola al lado de mi celda para castigarme.

Pero si Enzo hizo su trabajo, entonces la verdad ya no existe en ninguna forma: ni registro en papel, ni archivo digital, ni archivo oficial, ni ningún fragmento de evidencia física que vincule a Gordo Costa con el asesinato.

Solo existe en mi memoria.

28

VINCENZO

Ha pasado una semana desde la emboscada, cinco días desde que realizamos el intercambio de cuerpos, eliminamos el ADN y nos compramos tiempo con un informe falsificado. Alessia no ha vuelto al laboratorio desde entonces y no la he presionado. La presión ha disminuido, pero un extraño silencio entre nosotros ha reemplazado la tensión sobrecalentada y no estoy seguro de cómo sentirme al respecto.

Todavía tengo hombres vigilando su apartamento, pero ni siquiera el Dr. Bernardi ha intentado acercarse a ella. Los Bianchi han retrocedido, y lo único que queda es que asista a la declaración para la que recibió la citación, y su vida quedará libre de cualquier vínculo con la de su padre. Excepto los lazos del alma que sé que la atormentarán.

Llamo una vez antes de abrir su puerta con la llave que me dio hace semanas. El cerrojo se atasca, como siempre. Entro y cierro la puerta detrás de mí sin anunciarme, pero sé que me está esperando. En algún lugar dentro del apartamento, escucho el leve roce de cartón deslizándose contra el suelo.

Sigo el sonido hasta que la veo en el suelo del salón, rodeada de cajas a medio llenar y carpetas apiladas. No levanta la mirada, pero sé que me ha oído. Está metiendo notas de laboratorio y fotografías

enmarcadas en una caja abierta. Otra caja está junto a ella, ya medio llena de abrigos, botas y las piezas desmontadas de una cafetera francesa que probablemente no necesitará de nuevo. Las cortinas están abiertas y la luz se derrama por el suelo, reflejándose en el dispensador de cinta adhesiva junto a su rodilla. El borde metálico afilado brilla bajo la luz del sol.

Avanzo lentamente y dejo que la puerta se cierre con un clic detrás de mí. —¿Te estás mudando? —Mi voz suena demasiado casual, pero no sé cómo empezar esta conversación de otra manera. Emilio me ha ordenado retirar a mis hombres ahora. El riesgo para nosotros ha terminado. Con la ayuda de Alessia conseguimos destruir cualquier vínculo que Gordo dejó entre nosotros y la víctima del asesinato, y él no desperdiciará recursos en asegurarse de que ella esté bien después de la declaración.

Pero personalmente no estoy listo para rendirme con ella. Hay demasiado sin decir entre nosotros.

Alessia no levanta la mirada. Desliza otra carpeta en la caja y dice: —No exactamente... Tal vez... No lo sé. —Su tono suena derrotado y reservado a la vez.

Me muevo hacia ella y apoyo un hombro contra la pared mientras observo las pilas de evidencia que la rodean en sentido contrario. —¿Entonces qué es esto?

Se sienta sobre sus talones y coloca las manos sobre sus muslos. —No voy a tener trabajo cuando esto termine. Mejor estar preparada.

Cruzo la habitación, saco el sobre de mi abrigo y lo coloco en la mesa junto a su taza de café medio vacía. Ella lo mira, pero sus manos permanecen en sus piernas. Levanta ligeramente la barbilla. —No quiero tu dinero, Enzo.

Me quedo de pie junto a ella mientras suspiro profundamente. —No es mío. Es dinero de Gordo, o parte de él, lo que dejó atrás. Se te debe esto. Hay más por venir. —La decisión de cuidar económicamente de Alessia siempre fue mía. Emilio se desentendió permanentemente de su hermano y estaba dispuesto a dejar que el dinero se quedara en la cuenta extranjera de Gordo sin tocar ni un

céntimo. Ahora le pertenece legítimamente a Alessia, y voy a asegurarme de que lo reciba.

Alessia exhala por la nariz y se frota la cara con las manos. Su mirada permanece fija en el techo como si pudiera ofrecer algún tipo de respuesta. —¿Crees que un soborno cambia lo que hice? —Veo cada línea de preocupación en su rostro, la forma tensa en que sus hombros llenan la blusa que lleva. Es una luchadora, pero todos tienen su límite. Puedo ver que ha alcanzado el suyo.

Me siento en el suelo frente a ella, con las piernas extendidas y los hombros encorvados. —No. Creo que te da espacio para averiguar qué viene después. —El dinero no es la respuesta, pero puede proporcionar alivio cuando más lo necesitamos. En su caso, podría proporcionar más que alivio si lo permite.

Levanta una rodilla y la rodea con los brazos. Su voz se vuelve algo tranquilo y cansado. —No hay un después, Enzo. No en ese trabajo. No en ningún laboratorio que espere manos limpias... He terminado aquí. No volveré a trabajar en Roma, tal vez ni siquiera en Italia. Si no me despiden, dimitiré. No puedo hacer este trabajo sabiendo que en cualquier momento el mundo criminal me apretará así de nuevo.

Muevo una de las cajas a un lado y apoyo los brazos sobre mis rodillas. —Entonces deja de permitir que ese lugar defina lo que haces.

Alessia suelta una risa seca, pero no hay sonrisa en su rostro. —¿Tan simple, eh? ¿Crees que alejarse del trabajo forense es como tomarse unas vacaciones? He pasado años tratando de creer que la ciencia podía resistir a la política. Resulta que estaba equivocada.

—No les debes nada —digo, y lo digo en serio. Su lealtad se ha estirado hasta romperse, y veo cómo la voluntad de luchar se desvanece lentamente en sus ojos.

Al principio no responde. La luz cambia en su rostro cuando una nube pasa por la ventana. Su expresión se tensa, no con ira, sino con claridad. —Me quedé porque pensé que podía hacer el bien. Esa es la única razón por la que acepté el trabajo. Pero me equivoqué. El legado de mi padre es demasiado grande para poder escapar de él.

Busco su mano. No se estremece; me deja tomarla y tiro de ella hasta que se acerca más, subiéndose a mi regazo.

—No eres esa persona —digo en voz baja—. Nunca lo fuiste. —Mi mano aparta el cabello de su rostro mientras se acomoda en mi abrazo. Es difícil ver cómo su espíritu ya no lucha. La parte de ella que es más preciosa es la parte que parece estar muriendo, y me siento completamente culpable por eso.

La voz de Alessia se adelgaza hasta algo crudo. —Lo seré si me quedo. Tal vez no mañana. Tal vez no el mes que viene. Pero eventualmente, perderé la parte de mí que todavía se preocupa. En el momento en que deje de estremecerme ante un encubrimiento o de mentir a la madre de una víctima, se acabó. Ese es el final del camino.

Rodeándole fuertemente la cintura con los brazos, la sostengo contra mí mientras digo: —Entonces déjame ayudarte a encontrar otra cosa.

Ella resopla. El sonido no es mezquino, solo cansado. —¿Haciendo qué? ¿Enseñando química a niños ricos aburridos? ¿Vendiendo suplementos para el cuidado de la piel a influencers?

Me muevo debajo de ella y reajusto su posición en mi regazo, luego alcanzo y empujo sus mechones oscuros detrás de su espalda. —Ven a trabajar para mí. —La solución me parece sencilla, pero sé que no será tan fácil para ella aceptarla.

Eso le provoca una risa. Alessia coge un rollo de cinta, lo hace girar una vez entre sus dedos y luego lo vuelve a dejar. —¿Haciendo qué? ¿Ayudándote a catalogar qué balas se deforman en el agua del lago? ¿Más encubrimientos? ¿Más pruebas para destruir?

—No —digo. Mi mandíbula se tensa ante esas palabras, pero sé que ella no pretende ser tan cínica—. Ayudándome a hacer algo con el legado de tu padre y a mantener a tu tío fuera de problemas.

Por fin me mira de frente. Sus ojos son escépticos pero alerta. —Hablas en serio... ¿Quieres que finja que no sé lo que hacen?

Asiento. —No tienes que trabajar para mí. Ni siquiera tienes que tocar nada ilegal. Pero podrías asesorar como especialista externa. Mantendrías tu título, tu autonomía y tu ética. Tal vez se llame supervisión clínica en tu campo, o revisión de mejores prácticas. Sea

cual sea la terminología, significa establecer estándares y vigilar la línea, algo que siempre has hecho de todos modos. Lo mantendremos separado de lo que hago con el resto del negocio. Mantente limpia. Estarías ayudando, no ocultando nada. Y estarías conmigo. No tendríamos que dividir nuestras vidas por la mitad solo para estar juntos.

Alessia vuelve a mirar hacia abajo. Su voz se suaviza. —Hablas como si tuviéramos un futuro. —Sus dedos juegan con el botón superior de mi camisa. Veo cómo se ha mordido las uñas hasta el fondo y agarro una de sus manos para llevármela a los labios y besarla.

No se resiste, pero al principio está tensa. Vuelvo a rodearla con mis brazos y espero. Su cabeza cae sobre mi hombro después de unas respiraciones.

—¿Crees que no sé lo que era mi padre? ¿Lo que he sido yo? —pregunto. No quiero decirlo en voz alta, pero ya no hay forma de evitarlo, no con ella en mis brazos, no después de lo que hemos sobrevivido. He vivido toda mi vida actuando por necesidad, no por deseo, y ahora estoy admitiendo que eso no es suficiente. Ese es el peso que siento: finalmente elegir algo para mí mismo, sabiendo que podría costarme todo lo demás.

Alessia permanece callada, pero sus manos presionan ligeramente contra mi pecho. Su cuerpo está rígido en mis brazos, y le doy un beso en la mejilla. De alguna manera, en medio de toda esta mierda de vida, encontré a alguien con quien puedo estar sin tener que mantener la guardia alta. No puedo dejarla ir, pero no la obligaré a elegirme. Tiene que hacerlo porque me quiere.

—No estoy orgulloso de ello. Pero lo hice porque creía que era necesario. Pensé que ser más inteligente, más rápido, más frío que el siguiente tipo era la única forma de mantener a la gente a salvo.

Ella inclina ligeramente la cabeza. —¿Y ahora?

Cierro los ojos por un momento. —Ahora creo que la supervivencia no es suficiente. —Me encojo de hombros mientras ella se apoya en mí, y aprieto mi abrazo alrededor de ella—. No puedes construir algo real si siempre estás planeando cómo soltarte.

Y no puedes mantener a distancia a una mujer como tú y esperar que espere.

Su respiración se entrecorta. No se aleja. —No sé cómo estar con alguien que vive en tu mundo. Alguien que se mueve a través de él como si la violencia fuera moneda corriente. Alguien como mi padre...

—No sé cómo ser otra cosa —admito—. Pero sé lo que quiero y eso eres tú.

Sus dedos se enroscan alrededor de mi cuello, aunque su agarre es incierto.

—No te estoy prometiendo nada, Vincenzo —dice después de un rato—. No sé qué es esto. Ni en qué se convierte.

Apoyo ligeramente mi barbilla contra su sien. —No te estoy pidiendo una promesa. Te estoy preguntando si puedes imaginar una versión de esto que no termine aquí, ahora mismo. —Tiene que sentir cómo late mi corazón. Hay muchas cosas que hacen bombear mi sangre, pero nada me asusta. Nada excepto la idea de que ella se vaya y nunca la vuelva a ver.

Alessia no habla durante mucho tiempo. Cuando finalmente gira la cabeza y me mira, no hay nada impostado en su expresión. —Podría decirte todas las razones por las que esta es una idea terrible —dice, con un tono casi irónico.

—Por favor, no lo hagas. Ya las he ensayado. —Sonrío y reprimo una risa, y ella también sonríe suavemente.

Levanta la mano hacia mi mandíbula, me estudia por un segundo y luego me besa. El beso se prolonga sin urgencia, sin teatralidades ni vacilaciones, solo el peso firme y honesto de una decisión tomada. Cuando intenta alejarse, profundizo el beso.

Una mano se desliza más arriba por su camisa, mis dedos encontrando el calor de su piel debajo. No se aleja; en cambio, se acerca más. Su lengua baila con la mía, probando y provocando, antes de mordisquear mi labio inferior. Gruño desde el fondo de mi garganta y profundizo el beso, mi otra mano amoldándose a la curva de su cadera.

Por mucho que desee esto, que la desee a ella, me obligo a moverme lentamente. A saborear cada caricia, cada sensación. Mis

dedos se arrastran sobre el encaje de su sujetador, trazando el contorno de su pezón a través de la tela. Su respiración se entrecorta, y gime en el beso. El sonido envía una sacudida a través de mí directamente hasta mi entrepierna.

Las manos de Alessia se dirigen a mi cinturón, desabrochándolo hábilmente. Gimo mientras sus manos se deslizan dentro de mis pantalones, envolviendo mi miembro que se endurece. Se muerde el labio y me sonríe con picardía antes de lamerme el labio y usar sus dientes para arañarlo.

—¿Es este parte de tu plan, Sr. Morelli? ¿Me pones sobre tu regazo y me excitas, luego me follas hasta que esté gimiendo tu nombre y eso me hace tuya indefinidamente? —Su tono es juguetón, y gruño en su boca mientras me besa.

—Bueno, Sra. Leone —ronroneo, teniendo cuidado de usar su nombre elegido en lugar de su nombre de pila para no estropear el ambiente—, si funciona, ¿por qué luchar contra ello?

Con una sonrisa traviesa, me levanto, agarrando su mano para ponerla de pie. Tropieza contra mí, sus pechos presionando contra mi pecho, y la rodeo con mis brazos por la cintura para estabilizarla. —Creo que necesitamos un lugar más... privado para esta conversación —digo, con voz baja y ronca en su oído.

Las mejillas de Alessia se ruborizan con un delicioso tono rosado, pero no protesta mientras la llevo por el pasillo hasta su dormitorio. La habitación está tenuemente iluminada con las cortinas cerradas, sumiendo todo en un resplandor sensual. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras cierro la puerta de una patada, cerrándola para privacidad. No quiero que nadie ni nada interfiera con este momento.

La tenue iluminación proyecta sombras tentadoras sobre su piel sonrojada, y no puedo evitar admirar la vista. —He estado esperando toda mi vida a alguien como tú —confieso, con la voz ronca de deseo. Pongo mis manos en sus caderas y me inclino hacia ella, listo para tomarla contra esta puerta.

Se lame los labios, con un brillo juguetón en sus ojos. —No eres el único, Enzo. —Alcanza el dobladillo de su blusa, levantándola por encima de su cabeza para revelar el sujetador de encaje debajo. Mi

visión se nubla con la lujuria mientras sus abundantes pechos quedan libres. Gimo bajo mi respiración, incapaz de apartar mis ojos.

—Eres tan hermosa —jadeo, con las manos temblorosas mientras forcejeo con mis propios botones.

Alessia me sonríe, su expresión es una mezcla embriagadora de deseo y vulnerabilidad. —Me alegra que lo pienses. —Lentamente, desabrocha sus vaqueros, dejándolos deslizarse hasta el suelo y revelando unas bragas de encaje a juego. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras me deleito con la visión de ella, tan increíblemente sexy y vulnerable al mismo tiempo.

—No tienes ni idea —logro decir, con la voz áspera de necesidad. Me quito la camisa y desabrocho mis pantalones, dejándolos caer al suelo junto con mis calzoncillos. Mi erección se tensa entre nosotros, y la mirada de Alessia parpadea hacia abajo antes de encontrarse con la mía de nuevo, sus mejillas sonrojadas pero sus ojos llenos de determinación.

—Quiero estar contigo tanto, Enzo —susurra, con la voz apenas por encima de un susurro. Su confesión me da valor, y agarro sus caderas, levantándola hasta el borde de la cama. Ella jadea, pero sus ojos se oscurecen con necesidad, y envuelve sus piernas alrededor de mi cintura.

Gimo mientras nuestros cuerpos se presionan juntos, su calor contra mi longitud encendiendo un fuego en mis venas. —Dime lo que quieres —gruño, mordisqueando su cuello mientras forcejeo con el broche de sus bragas.

—Te quiero a ti —jadea, arqueando su espalda para darme mejor acceso a su clavícula—. Quiero sentirte dentro de mí, Vincenzo. Quiero tener un futuro contigo... —Mis dientes se hunden en su piel y al mismo tiempo ella empuja sus bragas hacia abajo sobre sus caderas.

Recostándose, su cuerpo se aleja del mío, pero solo para poder quitarse las bragas, y luego estoy entre sus piernas, encontrando su húmedo centro. Mis manos luchan por desabrochar su sujetador y ella me rescata, y luego no hay nada entre nosotros excepto su húmeda humedad.

Gimo, el sonido gutural y primitivo, mientras la deliciosa humedad de Alessia cubre mis dedos. La humedad entre sus piernas demuestra su excitación, y no puedo evitar sonreír. —Estás tan mojada para mí, *bella* —gruño, antes de bajar mi cabeza para probar su néctar. Su sabor explota en mi lengua, dulce y salado, empujándome más hacia las profundidades de la lujuria.

Alessia gime fuertemente, sus manos agarrando las sábanas mientras lamo su centro. Sus caderas se mueven contra mi boca, instándome a ir más rápido, más fuerte. Obedezco, y mi lengua baila sobre su clítoris hinchado. Su aroma llena el aire, almizclado e intoxicante, espoleándome aún más.

Los gemidos de Alessia se vuelven más urgentes, sus caderas moviéndose más rápido contra mi boca. Sé que está cerca, y no quiero que se corra así. No sin mí dentro de ella. A regañadientes, levanto mi cabeza, mi cara brillando con sus jugos. Me encuentro con su mirada, y lo que veo allí me deja sin aliento. Confianza. Deseo. Amor.

—Enzo —jadea, con su cabello enredado alrededor de su cara sonrojada—. Te quiero dentro de mí ahora.

No puedo negarle nada en este momento. Con un gruñido de pura necesidad, alineo mi polla palpitante con su entrada húmeda y me introduzco en ella. Su calor se contrae a mi alrededor, y ambos gemimos al unísono mientras nuestros cuerpos se vuelven uno.

Las uñas de Alessia se clavan en mi espalda mientras arquea sus caderas, llevándome aún más profundo. —Enzo —jadea, sus ojos revoloteando cerrados—. Oh Dios, Enzo.

—Te tengo —gruño, agarrando sus caderas y comenzando a moverme en embestidas lentas y profundas—. Siempre te tendré, Alessia.

—Oh Dios, por favor... —Sus palabras son un bálsamo para mi alma, calmando los bordes ásperos de nuestra semana separados.

—Te he echado de menos —susurro en su oído, mis caderas acelerando mientras ella gime mi nombre. Sus uñas arañan mi espalda, y sé que está cerca; puedo sentir su coño apretando mi miembro. Quiero sentirla deshacerse en mis brazos, saber que esto es real, que tenemos un futuro juntos.

Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura, su cuerpo arqueándose fuera de la cama mientras su orgasmo la golpea. —¡Enzo! —grita. Está frenética, jadeando y gruñendo mientras convulsiona. Me entierro profundamente dentro de ella, tan profundo como puedo ir, sintiendo cómo pulsa a mi alrededor.

El momento se siente mágico, como si algo entre nosotros hubiera cambiado, y ya no tengo que pensar en absoluto en que ella se vaya.

Bombeo lentamente dentro y fuera de ella mientras mi liberación la llena y se drena. Nuestros labios se encuentran de nuevo, y aparto el cabello de su rostro mientras abro mis ojos para mirarla.

—Te quiero, Enzo... —Está sin aliento y su voz es entrecortada, pero es lo más hermoso que me ha dicho nunca.

—Eres mía, Lessi. Ahora y para siempre... —Y lo digo en serio. Nunca dejaré ir a esta mujer, sin importar contra quién tenga que luchar para mantenerla en mis brazos permanentemente.

29

ALESSIA

La sala de declaraciones es demasiado luminosa. No de forma exageradamente intensa, sino con ese tipo de luz natural que no parece pertenecer a este lugar, entrando a raudales por las ventanas altas como si esta fuera una reunión cualquiera y no la encrucijada final para mi carrera, mi nombre y lo poco que queda de mi independencia. Me siento en la silla de respaldo recto y apoyo las palmas de las manos sobre la mesa para evitar que tiemblen. Ya están sudando.

Frente a mí se sienta un juez federal cuya toga cuelga despreocupadamente sobre uno de sus hombros. Todavía no levanta la mirada. Está hojeando papeles como si esto fuera una de las docenas de cosas que tiene que resolver antes del almuerzo. A su derecha, Luca Bernardi. A su izquierda, Elena Greco. Ambos llevan carpetas y bolígrafos como si estuvieran aquí para tomar notas, no para diseccionarme centímetro a centímetro.

Intento no mirarlos. Trato de mantener la vista fija en la jarra de agua y en la única hoja de papel que han colocado frente a mí: mi juramento, mi nombre, la fecha. No hay nada especial en esta sala. Hay una rejilla de ventilación que emite un suave silbido cerca de la puerta y un reloj que hace clic cada seis segundos. No hay cámaras observando, ni un jurado sentado tras una mampara. Solo ellos tres

al otro lado de la mesa y yo, sentada sola bajo todo el peso de su escrutinio.

El juez levanta la mirada y se aclara la garganta, alzando la barbilla en mi dirección.

—Comencemos —dice; su voz es enérgica e impasible. Los dedos de la taquígrafa comienzan a volar.

Las primeras preguntas son sencillas. Mi nombre completo. Mi cargo. Mi trayectoria profesional. Contesto como si todavía fuera una parte funcional del sistema. Como si no hubiera comprometido la base de datos. Como si no estuviera aquí mintiendo por omisión.

—¿Dónde estaba usted asignada cuando se presentaron las pruebas en cuestión? —pregunta el juez, levantando la vista de su expediente, su voz aún uniforme.

Le sostengo la mirada y respondo con claridad:

—En la unidad de patología forense de Roma —mi voz es firme. Eso me sorprende.

—¿Cuál fue su papel en el procesamiento de la muestra? —continúa, golpeando ligeramente un bolígrafo contra el escritorio.

Respiro hondo antes de contestar:

—Era responsable de la extracción de ADN y la alineación preliminar con la base de datos.

—¿Y se realizó según el protocolo? —pregunta, levantando ligeramente una ceja como si buscara una grieta.

Asiento una vez, dejando que mis manos descansen aún más planas sobre la mesa.

—Sí.

El Dr. Bernardi no levanta la mirada. El bolígrafo de Greco rasga el papel más rápido; el sonido es constante, como un metrónomo que marca el ritmo.

—¿Y su determinación final? —insiste el juez, mirando de reojo el archivo—. ¿La sangre encontrada en la ropa de Matteo Vescari estaba vinculada a algún individuo conocido en la base de datos criminal?

Aquí está. La frase que he ensayado cien veces frente al espejo, la frase que Vincenzo me entrenó para pronunciar sin pestañear.

Me enderezo y digo:

—No. No lo estaba —pero un escalofrío de vergüenza recorre mi columna como un corredor de carreras.

Se mueve ligeramente en su asiento.

—¿Y esa es la conclusión final presentada en su informe?

—Sí —le sostengo la mirada, sin parpadear—. Esa conclusión fue registrada y archivada de acuerdo con nuestros protocolos.

El silencio que sigue es medido, pesado sin ser dramático. El juez se recuesta en su silla, entrelazando lentamente las manos. Bernardi hace lo mismo, con los dedos entrelazados. Greco es quien habla a continuación, y entrecierra los ojos al hacerlo. Está intentando hacerme quebrar.

—Señorita Leone, ¿hubo alguna irregularidad en la recogida de muestras? —pregunta, con un tono cortante pero educado, su postura más rígida que hace un momento.

Me enderezo y respondo:

—No.

Greco se inclina hacia delante, todavía con el bolígrafo en la mano.

—¿Ningún problema con la cadena de custodia?

—No —repito, manteniendo mi voz plana.

Deja el bolígrafo y levanta la mirada hacia la mía, entrecerrando aún más los ojos.

—Y según su conocimiento, ¿esta muestra ha sido alterada o manipulada de alguna manera desde su recogida?

Dudo, lo suficiente para registrar la trampa en su formulación. Un aliento apenas llena mis pulmones. La verdad presiona en mi boca, como un empaste agrietado que no puedo masticar sin sangrar.

—No —digo de nuevo, más silenciosamente esta vez, dejando que mis ojos caigan brevemente hacia la mesa.

Cambian de táctica. Greco se inclina, con los codos sobre la mesa, su expresión indescifrable.

—¿Por qué fue usted quien completó el análisis?

Mantengo las manos planas y la voz nivelada.

—Estaba de turno cuando se introdujo la solicitud —no estoy segura de por qué preguntan esto. Quiero decir que solo era mi trabajo, pero me doy cuenta de que están intentando presionarme.

Quieren que confiese que lo tomé porque sabía que estaba relacionado con mi padre.

—¿Era usted consciente de las implicaciones en ese momento? —pregunta, con los dedos entrelazados sobre la carpeta frente a ella.

—Era consciente de que la muestra era relevante para una investigación de homicidio en curso —digo, con el pulso acelerándose—. Nada más.

—¿Sabía usted que la familia Costa había sido implicada en el asesinato? —insiste, con los ojos fijos en los míos. El escalofrío en mi columna se extiende por mis brazos, hasta la punta de mis dedos, hasta los dedos de mis pies. No me quebraré.

—Sí —respondo, forzando mi voz a permanecer uniforme.

El tono de Greco se suaviza, pero el filo permanece.

—¿Y que su padre, Gordo Cost, estaba afiliado a su organización? —El martillo da justo en el clavo.

Mi estómago se revuelve. Sabía que esta pregunta llegaría. Vincenzo me lo advirtió. Levanto ligeramente la barbilla.

—Era consciente de que mi padre estaba bajo investigación —digo con cuidado—. Pero no estaba en contacto con él.

La voz de Greco baja un tono.

—¿Y su informe es definitivo?

—Lo es —digo, asintiendo una vez y dejándolo así. Mi pecho se siente como una bomba de relojería, y mis palmas están tan sudorosas que si cogiera mi vaso de agua se me escurriría de las manos.

—¿Y lo ratifica? —pregunta, observando mi cara atentamente.

Mi garganta se tensa. Asiento de nuevo, más lentamente esta vez.

—Sí.

El juez se aclara la garganta y cierra la carpeta con una silenciosa contundencia.

—Esto concluye la declaración inicial —dice, desplazando ya el siguiente expediente hacia sí mismo—. Nos reservamos el derecho de llamarla de nuevo si surgen nuevas pruebas.

La taquígrafa deja de teclear. Sus manos aún se ciernen sobre las teclas.

Me levanto demasiado rápido de mi asiento, con las rodillas tensas, los miembros torpes, pero logro salir de la habitación sin tropezar. El pasillo se siente frío, o tal vez sea solo mi ansiedad, pero también estoy sudando. Me muevo por el edificio como un fantasma y nadie me detiene para hablar.

Fuera, el calor me golpea. Roma a principios de verano es implacable. El pavimento irradia calor a través de las suelas de mis zapatos, y una línea de sudor brota inmediatamente bajo el cuello de mi camisa. Pero la declaración ha terminado, y estoy fuera. Se acabó.

Al otro lado de la calle, el coche de Vincenzo ya está esperando. Ha aparcado a la sombra de un árbol, con el motor en marcha, el codo apoyado en la ventanilla como si no hubiera estado vigilando la puerta durante la última hora. Cruzo sin mirar el tráfico, pero la calle está tranquila. Se inclina y abre la puerta antes de que llegue. Me deslizo en el asiento del copiloto sin decir una palabra y cierro la puerta tras de mí.

Vincenzo no dice nada de inmediato. Sale al tráfico, gira a la derecha, luego a otra, alejándonos del edificio estatal. Dejo caer la cabeza contra el asiento y cierro los ojos.

—Has mantenido la línea —dice después de un largo silencio y siento su mano en mi rodilla.

Abro los ojos y giro la cabeza hacia él.

—Lo he hecho.

—No volverán a por ti. Saben que no tienen pruebas para ninguna acusación. Querían una victoria fácil y no les has dejado ganar.

Me estremezco, trago la bilis de las mentiras y le asiento.

—Querían que me echara atrás... pero hice lo que me dijiste que hiciera.

—Lo has hecho muy bien —me mira brevemente, y luego vuelve a mirar la carretera.

—¿Entonces por qué me siento tan mal por dentro? —mis ojos se dirigen hacia la ventana y miro el paisaje que pasa.

Conducimos en silencio durante un rato. Mi respiración comienza a ralentizarse. Mi pulso deja de golpear el interior de mi garganta.

Veo cómo cambian los edificios fuera de la ventana, la ciudad se desvanece en las afueras.

—No soy como él —digo. No tenía intención de que saliera, pero sale. Vincenzo no pregunta a quién me refiero. Sabe que me refiero a mi padre y a todo lo que ha hecho en su vida. Nunca seré como él.

—No —dice—. No lo eres. Pero sigues siendo su hija.

La verdad de ello corta limpiamente, sin veneno. Dejo que las palabras se asienten en mi pecho. No escuecen ni me hacen estallar de rabia. En cambio, se asientan como verdad. Clarifican lo que siempre he sabido pero nunca me he atrevido a decir en voz alta.

Mi teléfono vibra en mi regazo. Bajo la mirada y veo el nombre: Papà.

Solo hay un mensaje. Una línea.

Papà 11:12 AM: Lo has hecho bien, figlia mia.

Lo miro durante un largo momento, luego giro la pantalla hacia Vincenzo.

Lo lee y asiente una vez.

—Se ha terminado.

—No —digo—. Ha comenzado... —mi mano alcanza la suya que descansa en mi rodilla y entrelazo nuestros dedos. Mi futuro es tan incierto, y nada de lo que planeé o quise para mi vida sucederá ahora, pero por dentro me siento estable. Por primera vez en mi vida siento que estoy en casa. Y si hace falta estar conectada con el mismo legado que intenté cortar para mantenerme estable, que así sea.

Porque no quiero un futuro si Enzo no está en él.

30

VINCENZO

Pasamos la puerta exterior justo después del mediodía. Alessia se mueve inquieta en el asiento del copiloto. No dice nada, pero sus manos se agitan en su regazo como si quisiera agarrar algo. Extiendo el brazo por encima de la consola y tomo una de ellas, y ella me lo permite. Es la primera vez que regresa al complejo de los Costa desde que era niña.

Sostiene mi mano mientras aparcamos y no la suelta hasta que yo lo hago. Entramos juntos. Alessia mantiene la postura erguida, la cabeza alta, aunque siento su pulso acelerado a través de nuestras manos unidas.

—¿Estás bien? —le pregunto. Para mí esto es rutina. He estado aquí varias veces al día durante la mayor parte de mi vida. Pero el corazón puro de Alessia es diferente al mío, y desde que rompió lazos hace mucho tiempo, este lugar no ha sido más que un recuerdo para ella.

—Sí —dice asintiendo, pero veo la aprensión en su rostro mientras la guío a través de las anchas puertas dobles hacia el vestíbulo.

En el comedor, Emilio ya está sentado a la cabecera de la larga mesa. Aún no han servido la comida, pero hay tres servicios colocados, vasos de agua llenos hasta la mitad y servilletas de tela

perfectamente dobladas en cada plato. La mesa parece cuidadosamente preparada e intencionada. Está haciendo una declaración que me pregunto si Alessia entiende. Esto aún no es familia, pero lo está intentando.

Emilio endereza la espalda y se pone de pie cuando entramos, con la mirada firme e indescifrable. —Alessia —dice. Deja escapar un suspiro silencioso, evaluándola como un hombre que mide a un oponente, no a su sobrina—. Te pareces a tu padre... —chasquea la lengua con desaprobación. Sé que hace mucho tiempo que no la ve, pero no puede sorprenderse de que se parezca a Gordo. Comparten el mismo ADN.

Ella no se inmuta. Levanta una ceja, mostrando un destello de divertida ironía a través de sus nervios. —Me tomaré eso como un cumplido —siento el humor en su tono, dado que Emilio y Gordo comparten un notable parecido entre ellos.

Emilio señala el asiento a su derecha. Vuelve a acomodarse en su silla y asiente una vez. —Lo es. —Nos sentamos. Ella toma el asiento junto a Emilio. Yo tomo el que está frente a ella.

Él la estudia por un largo momento antes de hablar de nuevo. —Has hecho mucho estas últimas semanas —su tono áspero me pone tenso, pero continúa diciendo—: Lo hiciste bien —e intento relajarme un poco.

Alessia junta las manos en su regazo. Habla sin la más mínima vacilación. —Hice lo que tenía que hacer.

Emilio asiente y la comisura de su boca se contrae. —No lo dudo. —Alcanzando su agua dice—: Pero no te traje aquí para repasar decisiones. Te traje porque las tomaste. Y ahora vives con lo que viene después.

—¿Y eso es...? —pregunto con un tono protector. Él sabe lo que siento por esta mujer y desde el momento en que entramos ha estado evaluándola. Sus ojos se dirigen a los míos y no veo malicia, después de todo este tiempo y la forma en que planeó matarla. Finalmente, Emilio ha dejado ir su enojo con su hermano; no continuará con la vendetta hacia la hija de Gordo.

Se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas frente a él. —Eres libre —dice—. Nadie aquí espera nada de ti. No después de lo

que hiciste. ¿Quieres desaparecer? Puedes hacerlo. ¿Quieres volver a tu ciencia? Nos aseguraremos de que nadie cuestione tus credenciales.

Los ojos de Alessia se entrecierran ligeramente. Inclina la cabeza, tanteando el espacio entre lo que se ofrece y lo que se debe. —¿Y si quiero otra cosa?

Emilio se encoge de hombros levemente, pero no hay nada casual en la forma en que observa su rostro. —Hay un lugar aquí si lo quieres. No ofrecemos eso a la ligera, pero te has ganado tu entrada. —Suspira—. Vincenzo me dice que podrías estar interesada en algo más...

Ella me mira, pero veo la pregunta oculta debajo. Asiento una vez, haciéndole saber que no está sola, pero también que este es su momento. No voy a intervenir. No hablaré por ella.

Se vuelve hacia Emilio y se reclina, sus dedos trazando el borde de su vaso sin levantarlo. —Siempre pensé que si dejaba el trabajo forense, haría algo más tranquilo. Ya sabes... hornear pan... dar clases a universitarios. Cualquier cosa que no viniera con acuerdos de confidencialidad y cristales antibalas.

Él se ríe por lo bajo, sacudiendo la cabeza. —No es exactamente lo que tu padre habría imaginado, supongo.

Ella inspira y exhala lentamente. —No estoy segura de que tuviera algo en mente para mí —dice, pero no hay amargura en sus palabras.

La observo al otro lado de la mesa y me maravillo de lo absolutamente impresionante que es y cómo cautiva la habitación. —Quiero... —el suave suspiro de Alessia llega hasta donde mi corazón se encoge—. Quiero quedarme exactamente donde estoy —dice, con voz baja pero clara, destinada solo para ella. Busco su mano bajo la mesa y envuelvo mis dedos alrededor de los suyos—. Con Enzo... Y quiero a mi familia. —Sus ojos son perspicaces cuando añade—: Simplemente no quiero estar involucrada en el crimen.

Emilio sonríe con orgullo como si Alessia fuera su propia hija y lo hubiera enorgullecido. —Creo que podemos arreglarlo... —Asiente hacia la puerta y el personal entra, colocando un festín en la mesa frente a nosotros.

El almuerzo es informal. Emilio habla sobre Gordo y Rosa, cómo los echa de menos, y cómo la vida los ha llevado a todos por diferentes caminos. Le dice cuán honrado está de tenerla en casa, y le asegura que mi trabajo no me impedirá atender sus necesidades. Cuando el almuerzo termina, llama de nuevo a su personal.

Una vez que el personal despeja la mesa, Emilio se limpia la boca con la servilleta y la coloca ordenadamente junto a su plato intacto. Consulta su reloj y luego levanta la mirada.

—Hay una cosa más —dice, levantándose lentamente. Su tono es menos formal ahora, pero sigue siendo mesurado—. Querréis tomar esta siguiente parte en la terraza. —Hay un destello de chispa en sus ojos que no es normal en él y siento curiosidad por ver qué ha planeado para nosotros.

Alessia se pone de pie antes que yo. La guío por el pasillo trasero, más allá del jardín mientras seguimos a Emilio. La terraza da a la cresta occidental, donde las colinas se aplanan y el cielo se abre. Ya hay un teléfono esperando en la pequeña mesa de piedra. Videollamada entrante.

Emilio lo señala y sonríe, diciendo —Es para ti —y ella lo coge como si pudiera quemarla.

El rostro de Gordo aparece cuando desliza para contestar, y ella me mira confundida. La señal es fuerte. Él está en una habitación con ventanas con contraventanas y un sillón de cuero. Algún lugar seguro.

Parece mayor que la última vez que lo vi, pero más lúcido. Como si el ruido a su alrededor se hubiera calmado y se sintiera más en paz. Gordo se inclina ligeramente hacia la pantalla, con ojos afilados pero cálidos. —Alessia —dice, alargando las sílabas de manera paternal—. Figlia mia...

Ella se sienta lentamente y yo permanezco detrás, con una mano en el respaldo de su silla y las yemas de mis dedos rozando su hombro.

Él se mueve en su silla, mirando brevemente fuera de la pantalla antes de volver a centrarse. —Vi la transcripción —dice Gordo—. Sé lo que hiciste. —Su cabeza se balancea en un continuo asentimiento y yo muevo mi mano a su hombro, apretándolo.

Alessia aprieta los labios. Su voz se mantiene firme, pero sus manos se entrelazan. —En realidad no lo hice por ti.

La cabeza de Gordo baja lentamente, pero cuando vuelve a mirar, algo orgulloso destella en su expresión. —Lo sé. —Asiente—. Pero lo hiciste por las razones correctas. Lo hiciste por la familia.

Ella no le responde, pero Gordo no insiste. La mira con una especie de ternura poco habitual en un hombre como él. —Estoy orgulloso de ti. Eso es todo. Solo quería que lo supieras.

La pantalla se vuelve negra, con las palabras «llamada finalizada» parpadeando en letras blancas brillantes, y su mano se eleva para tocar la mía, aún posada en su hombro. Deja el teléfono y exhala lentamente. El aire acaricia mis dedos cuando se gira para besar mis nudillos.

Detrás de nosotros, Emilio se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, su postura más reflexiva que vigilante.

—¿Necesitabas eso? —digo en voz baja.

Ella asiente, y sus dedos se curvan alrededor de los míos nuevamente. —No me di cuenta de cuánto.

La terraza queda en silencio excepto por la brisa que se mueve entre las enredaderas. Ella se levanta y me rodea con sus brazos.

La acerco más a mí. —Lo que venga después... lo afrontaremos juntos.

Por primera vez, no siento que esté protegiéndola... siento que está a mi lado. No como alguien que necesita ser rescatado, sino como alguien que pertenece aquí. Conmigo.

31

EPÍLOGO

ALESSIA

La voz del presentador sale del pequeño televisor montado sobre la cocina y la música suena en la cocina, algo que Enzo está reproduciendo con su altavoz y su móvil. No presto mucha atención a lo que dice el presentador hasta que oigo mi propio nombre. Es apenas perceptible, entre menciones sobre el atraso de los casos del artículo 416-bis y las próximas elecciones, pero está ahí. Mi nombre se desplaza por el ticker, vinculado a pruebas desacreditadas y un colapso procesal. Los cargos relacionados con la investigación han sido completamente desestimados.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos más con la taza a medio levantar en mi mano. Luego doy un sorbo a mi té y exhalo lentamente. El aire salado se cuela por las ventanas abiertas, enroscándose alrededor de mis piernas desnudas y agitando el borde de mi bata.

Vincenzo tararea detrás de mí, moviéndose entre la cocina y el frigorífico. Está descalzo, sin camisa, con el pelo aún húmedo por su baño matutino. Rompe otro huevo contra la sartén y lo vierte con destreza.

—¿Has oído eso? —pregunto, señalando con la cabeza hacia la pantalla.

Él mira por encima del hombro. —¿Algo sobre Bernardi?

Bajo el volumen y me giro completamente hacia él. —El caso se ha desmoronado. Le culpan de manipulación de pruebas. Asuntos Internos ha iniciado una investigación.

Desliza una espátula bajo los huevos y los voltea. —Mmm. —¿Es malo que me encante lo increíble que se ve con esos pantalones cortos oscuros y el pelo despeinado? ¿Estoy equivocada al querer fundirme en su fuerza y alegrarme de que el desastre de mi vida se haya convertido en algo tan maravilloso durante los últimos meses?

—¿Mmm? —Levanto una ceja—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se encoge de hombros, sin siquiera intentar parecer inocente. —Te dije que todo se solucionaría.

Me cruzo de brazos y me apoyo en la encimera. —Vincenzo.

No responde de inmediato. Simplemente sirve los huevos y añade una pizca de sal marina antes de colocarlos en la mesa. Cuando finalmente se encuentra con mi mirada, no hay petulancia en su expresión, solo una tranquila satisfacción.

—Me pediste que protegiera tu nombre —dice—. Lo hice.

—¿Y cuántos hilos has tenido que mover?

Coge una rebanada de pan tostado y le da un mordisco. —Los suficientes.

Niego con la cabeza, pero estoy sonriendo. Hace meses, habría insistido más. Habría exigido cada detalle, cada contacto, cada límite ético que hubiera cruzado. Ahora lo dejo pasar, porque cuando tu novio asquerosamente rico te invita a pasar una semana en la costa española, no cuestionas cómo gana su dinero.

Lo dejo pasar porque estamos aquí. Porque ha terminado. Porque el sol se cuela por las ventanas sin cortinas y el mundo, por una vez, no parece estar persiguiéndonos.

Me siento frente a él y pongo un poco de mermelada en mi plato. Mi apetito ha estado extraño últimamente: voraz un minuto, con náuseas al siguiente. Esta mañana es lo segundo. Doy un bocado al huevo y me disculpo, murmurando algo sobre necesitar un jersey. El pasillo parece más largo de lo habitual. El baño se siente más frío, especialmente las baldosas cuando mis rodillas tocan el suelo y

adoro a la diosa de porcelana una vez más. Ha estado ocurriendo con más frecuencia y sé que solo puede significar una cosa.

Cuando vuelvo a la cocina, Vincenzo levanta la mirada en cuanto pongo un pie en la puerta. Su tenedor se detiene en el aire.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Me siento lentamente. —Yo, eh... me ha faltado el período. —Mantengo la cabeza baja para que no pueda ver la pequeña sonrisa que estoy conteniendo. Me muerdo el labio mientras él deja el tenedor. Espero una docena de reacciones. Preguntas. Preocupación. Incredulidad. Pero lo que obtengo es silencio mientras me estudia por un largo momento, y luego se inclina sobre la mesa.

—¿Estás segura? —me pregunta, y con las cejas levantadas así puedo ver que está emocionado por la idea.

—Aún no he hecho ninguna prueba, pero ha pasado el tiempo suficiente para que lo haya notado, y no es propio de mí.

Alcanza mi mano. Su pulgar acaricia mis nudillos mientras la sonrisa se extiende por sus labios... —¿Voy a ser padre? —pregunta, inclinando la cabeza, y me río un momento.

—Creo que sí...

El jubiloso "¡yupi!" que suelta casi me sobresalta, y luego se levanta, me alza del suelo con alegría y me hace girar varias veces. Es mareante y tengo que aferrarme a él cuando mis pies vuelven a tocar las frías baldosas.

Cuando los labios de Enzo cubren los míos es cálido y apasionado. Me besa como si los últimos meses hubieran estado conduciéndonos exactamente a este segundo. Sus manos enmarcan mi rostro con firmeza, y su boca se mueve sobre la mía con un hambre que envía calor enrollándose a través de mí. Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento.

Pero no me suelta. Su frente descansa contra la mía. —¿De verdad crees que hay un bebé? —pregunta, más suave ahora, como si la primera vez que se lo dije no lo creyera y necesitara escucharlo de nuevo para asegurarse de que es real.

Asiento lentamente. —Sí. Nunca me he retrasado así antes.

Nos quedamos así por un momento, con los pechos tocándose, los corazones sincronizados, como si la tormenta que soportamos

nunca nos hubiera tocado. Me rodea completamente con sus brazos y me abraza contra él como si ya pudiera sentir el cambio en el aire, en mi cuerpo, en nosotros.

—No pensé que la vida sería así —murmuro, presionando mi mejilla contra su pecho—. Pensaba que si sobrevivía, tendría que pasar el resto mirando por encima del hombro.

Me acaricia la espalda. —Nadie te tocará ahora.

—¿Y si estoy embarazada? —pregunto—. ¿Qué pasará entonces?

Su mano se posa protectoramente en la parte baja de mi espalda. —Entonces hacemos espacio para ese futuro. Buscamos un lugar más grande. Me dejas construir una habitación para el bebé. Aprendo a instalar sillas para el coche y discuto contigo sobre los nombres.

Me río cálidamente. —¿Discutirías?

Se aparta lo justo para mirarme. —Solo si sugieres algo ridículo. Como Zeus. O Vito. —Me hace cosquillas en el costado y chillo mientras le empujo.

—¿Vito? —Arrugo la nariz—. ¿De verdad vas a correr ese riesgo?

Se inclina y me besa en la sien. —Lo resolveremos. Tú y yo. Siempre lo hacemos.

La música del pequeño altavoz Bluetooth cerca de la encimera cambia de pista, algo perezoso y cálido que se cuela en la cocina. Levanta una ceja. —Baila conmigo.

—Son las nueve de la mañana —digo, riendo.

Ya me está llevando hacia el espacio abierto entre la cocina y la mesa. —Entonces es tan buen momento como cualquier otro.

Nos balanceamos juntos, descalzos sobre las baldosas frías, mis brazos alrededor de su cuello y los suyos alrededor de mi cintura. Tararea contra mi pelo. No estoy pensando en los titulares, ni en el pasado, ni en los escombros de los que salimos. Estoy pensando en la forma en que su pulgar acaricia mi costado. En lo correcto que se siente.

Se inclina un poco hacia atrás. —¿Alessia?

—¿Mmm?

—Cuando nos casemos —dice, y no hay vacilación en su voz—, tu padre te llevará al altar.

Parpadeo mirándole. —En primer lugar, ¿eso es una proposición? —pregunto, riendo—. Y luego, ¿y si él no quiere?

—Entonces iré a buscarlo yo mismo y le convenceré. —Sonríe—. Emilio puede enfurruñarse en un rincón e insultarle. No me importa.

—¿Hablas en serio?

Me besa de nuevo, más suavemente esta vez. —Totalmente en serio. No quiero una boda sin que tú camines hacia mí con las personas que te hicieron apoyándote. Lo haremos bien.

Las lágrimas presionan la parte posterior de mis ojos, pero no dejo que caigan. De alguna manera, este hombre entiende la palabra familia más de lo que yo nunca he entendido, y tengo mucho que aprender de él.

Porque esto, esto es lo que significa elegir un futuro. No con seguridad perfecta. No con manos limpias. Sino con los ojos abiertos y ambos pies plantados, finalmente, en tierra firme.